

Marcelo Dos Santos

# El Manuscrito Voynich

El libro más enigmático de todos los tiempos



Edición revisada y aumentada por el autor

Lectulandia

El Manuscrito Voynich representa el mayor y más desconcertante acertijo literario de la historia. Se trata del único manuscrito medieval no descifrado que queda en el planeta. Está escrito en un código incomprensible, cuya clave no ha podido ser descubierta ni siquiera por los criptógrafos militares que rompieron los códigos alemanes y japoneses en la Segunda Guerra Mundial. Sus páginas están cubiertas de ilustraciones de mujeres desnudas, plantas inexistentes y constelaciones desconocidas para la astronomía. Analizado ya en el Renacimiento, el extraño libro cifrado desapareció durante siglos hasta ser redescubierto a principios del siglo xx. Se han aplicado con él todas las técnicas posibles a fin de arrancarle sus secretos, pero el Manuscrito Voynich aparenta ser inmune a los esfuerzos de los estudiosos.

**Lectulandia**

Marcelo Dos Santos

# **El manuscrito Voynich**

**El libro más enigmático de todos los tiempos**

ePub r1.0

Titivilus 21.03.15

Marcelo Dos Santos, 2005  
Diseño de cubierta: María Pérez-Aguilera

Editor digital: Titivilus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*En este temible volumen yace  
el misterio de los misterios.*

SIR WALTER SCOTT

*Para Olga Appiani de Linares y Eduardo J. Carletti,  
queridos amigos y grandes escritores.  
De no haber sido por ellos,  
este libro jamás hubiese sido escrito.*

## Introducción

En el estado norteamericano de Connecticut, sobre la costa del estrecho de Long Island, se encuentra la ciudad portuaria de New Haven. Pasando la intersección de las calles Prospect, College y Grove, luciendo su sólida mole de mármol blancogrisáceo entre Grove y High Street, el visitante puede admirar el señorial aspecto de la Biblioteca Beinecke de Libros Raros y Manuscritos de la Universidad de Yale.

Construido entre 1960 y 1963, el edificio fue recubierto del soberbio mármol de Vermont por una excelente razón: este material filtra la radiación de la luz solar para proteger mejor el contenido de la Biblioteca.

En su interior, junto a venerables glorias del ingenio humano como un ejemplar de la primera edición de la Biblia de Gutemberg (el primer libro impreso con una imprenta de tipos móviles), es posible observar un pequeño volumen en cuarto. Su número de catálogo es el MS 408 y su caligrafía es incomprensible.

Como el manuscrito no lleva título, siempre se le ha conocido por el nombre de su descubridor moderno: el Manuscrito Voynich.

Este libro fue considerado desde hace siglos como un manual de medicina, un libro esotérico o un herbario medieval. Estas apreciaciones están basadas sólo en el análisis de las profusas ilustraciones que cubren casi todas sus páginas, porque la escritura nunca ha podido ser descifrada. Resistiendo a todos los intentos de decodificación y traducción, el manuscrito ha superado incluso a los códigos que durante mucho tiempo se pensaron indescifrables. Ha batido las marcas de los jeroglíficos egipcios, de la escritura cuneiforme e incluso del intransigente pero al cabo vencido lineal B minoico. Ninguno de los procedimientos científicos utilizados para penetrar los secretos de otras lenguas y sistemas de escritura conocidos ha servido en absoluto para arrancar al Manuscrito Voynich de su silencio de siglos.

El Manuscrito Voynich constituye el enigma literario más asombroso de todos los tiempos. Su complejo e intrincado pasado se inicia de la Alta Edad Media para internarse entre los vericuetos históricos del Sacro Imperio Romano, la Guerra de los Treinta Años, la dinastía Habsburgo, la Compañía de Jesús y la Revolución Rusa, y su presente se imbrica con la más avanzada ciencia de los albores del siglo XXI. Los mejores científicos de cada época han trabajado sobre él, han expuesto sus teorías, han intentado descifrarlo por distintos métodos y todos y cada uno de ellos han

terminado confesando su fracaso.

¿Qué significa, en realidad, el Manuscrito Voynich? ¿En qué clase de lengua, código o sistema criptográfico está escrito? ¿Qué representan exactamente sus extrañas ilustraciones? ¿Por qué no hemos encontrado nunca un documento que se le asemeje? ¿Con qué motivos pudo elaborarse trabajosamente un libro entero destinado, según parece, a no ser leído jamás por nadie?

Los enigmas acerca del Manuscrito Voynich parecen no tener fin. Por cada pregunta respondida encontramos otros tantos interrogantes sin contestación. A cada metro allanado en el camino de su solución, el manuscrito responde con una legua de rocas y obstáculos en el sendero.

A pesar de los fracasos anteriores, estamos convencidos de que todavía puede obtenerse mucho conocimiento del estudio del libro. La investigación del manuscrito ha permitido a los científicos llevar a cabo interesantes descubrimientos acerca de las épocas que atravesó, de los hombres que lo poseyeron y lo estudiaron y de los avatares históricos que le tocó presenciar. La *voynichología*, como ha dado en llamarse al conjunto de esfuerzos y estudios sobre el manuscrito, se ha convertido en una ciencia, un pasatiempo y un tema de conversación inagotable y fascinante.

Acompañemos a conocer las mentiras y verdades, las conjeturas y certezas acerca de uno de los misterios más increíbles y desconcertantes de la historia del conocimiento.



## ¿Quién era Wylfrid Wojnicz?

### *Wojnicz, preso*

El hombre cuyo apellido terminaría asociado para siempre al misterio del manuscrito es, en sí mismo, también una figura misteriosa y difícil de estudiar, muy adecuada a las complejidades y tinieblas que envuelven a la obra que le dio fama. Fue bautizado Wylfrid Michal HabdankWojnicz, y tenía ascendencia polaca, como demuestra su apellido. En efecto, Habdank es el nombre de un clan heráldico polaco.

Wylfrid Wojnicz nació el 31 de octubre de 1865, la víspera de la fiesta de Todos los Santos, en la ciudad de Kaunas (Kowno), cerca de Grodno, Lituania. Era hijo de un oficial subalterno del ejército polaco, y el magro salario de su padre le permitió estudiar y llegar a las universidades de Varsovia y San Petersburgo. Su talento innato para las ciencias le ayudó, muy joven, a graduarse como químico en la Universidad de Moscú, y obtener más tarde una licencia para ejercer la farmacia.

El compromiso político con los nacientes ideales del comunismo y el anarquismo irrumpieron pronto en su vida: la influencia de Marx y Engels, así como la simpatía por los escritos anarquistas de Bakunin, lo arrastraron hacia el bando revolucionario y a la organización clandestina Narodnaya Volia (literalmente, «La voluntad del pueblo»), en donde, según algunos autores, también militaba Stepniak, nombre de guerra del militante anarquista Sergyei Kravchinsky. La Volia tenía la particularidad de ser la única organización revolucionaria rusa que preconizaba el terrorismo como método para realizar la revolución socialista.

En 1885, Wojnicz regresó a Varsovia para unirse a la organización revolucionaria polaca Proletarjat, que había formalizado un pacto con su análoga rusa un año antes. En Proletarjat, Wylfrid conoció a grandes revolucionarios como Rosa Luxemburgo. Allí militaba, además, un colega de su padre que había acabado siendo disidente y prorrevolucionario, el teniente coronel Bielanowsky. Éste, advirtiendo que Wojnicz venía del extranjero, y admirando la perfección con que hablaba el ruso —sin rastro de acento polaco—, lo reclutó para una peligrosa y difícil misión que debía llevarse a cabo de inmediato.

Bielanowsky prestaba servicios en la Ciudadela, en cuya cárcel el Estado polaco tenía prisioneros a dos revolucionarios que habían sido sentenciados a muerte: Piotr

Bardowski, de cuarenta años, y Stanislaw Kunicki, de tan sólo veinticinco. La idea era ayudarles a los dos a fugarse. Bielanowsky entregó a Wojnicz las contraseñas para entrar en la Ciudadela, y juntos elaboraron un minucioso plan de fuga para sus camaradas condenados.

Sin embargo un traidor los delató. Cuando intentaron huir las tropas los estaban esperando. Bielanowsky y Kunicki fueron ejecutados en la horca el 28 de enero de 1886. Wojnicz y otros revolucionarios fueron arrestados y enviados a prisión.

Horrorizado por las muertes de los dos compañeros que él debía haber salvado, Wylfrid Wojnicz medía a largos pasos la estrecha celda en que lo habían confinado, observando a través de los fuertes barrotes de la ventana la plaza de armas donde se levantaba el patíbulo que acaso también lo esperaba a él.

El domingo de Pascua de 1887, Wojnicz vio pasar a una muchacha, delgada y elegante en su vestido negro. Era muy joven y, a pesar de la distancia, el miserable prisionero quedó embelesado por su melena rubia y su altiva belleza.

La imagen de la muchacha quedó grabada en su mente: esta visión acompañó su triste vida de preso sin esperanzas. Desesperado, Wojnicz pensaba en el cabello de la joven desconocida mientras aguardaba el proceso que, quizá, terminaría con su vida.

### ***El destierro de Wojnicz***

La sentencia del tribunal llegó en mayo de 1887, y el lituano salvó su vida pero no su libertad: la sentencia fue el destierro a la gélida y remota Siberia oriental. Viéndose a sí mismo como al triste personaje de una novela de Gorki, recaló en Irkutsk, a orillas del río Angara y del lago Baikal, ubicada a pocos kilómetros de la frontera con Mongolia. Allí se encontró con una familia apellidada Karauloff, también simpatizantes del bolchevismo y amigos de Stepniak, que habían sido desterrados como él.

Todos en Siberia deseaban escapar algún día, y tramaban complicados planes para lograr tal objetivo. Los Karauloff informaron a Wojnicz de, que el anarquista ruso Stepniak había conseguido escapar contra todo pronóstico a los pogromos que siguieron al fallido intento de fuga de Bardowski y Kunicki y que vivía ahora, sano y bien, en Londres. Dieron al joven la dirección de Stepniak, y lo animaron a fugarse a Inglaterra para trabajar con él. Los Karauloff también le pidieron algo que el muchacho no comprendió en el momento, pero que tendría un alcance trascendental en su vida futura: «Cuando llegues a lo de Stepniak en Londres, saluda a Lily Boole de nuestra parte».

### ***Huida a Londres***

Varios años sufrió Wojnicz el destierro: sólo en 1890 pudo escapar subrepticamente de Rusia, y a pie, en carro o en bicicleta consiguió alcanzar Hamburgo. No tenía un centavo y no hablaba el idioma, pero sabía que tenía que sobrevivir lo suficiente para llegar a Londres. El hambre era su problema más urgente, de modo que vendió su único abrigo y sus gafas para comprar arenque ahumado y un pan. Con el dinero sobrante adquirió un pasaje de tercera clase en un viejo y destartado barco que transportaba fruta a Londres, y se puso en marcha.

Hasta la misma naturaleza pareció confabularse contra el pobre fugitivo: en medio del mar, varias tormentas violentas golpearon la cáscara de nuez en que viajaba, amenazando con echarla a pique. Sin embargo, el químico consiguió por fin alcanzar la costa inglesa.

Nada más desembarcar, Wojnicz comprobó con desazón que los tres idiomas que él hablaba —ruso, polaco y lituano— no servían de nada en Londres. Wylfrid escribe: «Sucio, hambriento y miserable, abandoné los muelles y llegué hasta Commercial Street». Allí, sin saber una palabra de inglés, detenía a los transeúntes mostrándoles con desesperación el papel con las señas de Stepniak que los Karauloff le habían anotado.

De pronto, un joven se detuvo junto a él, lo escuchó por un instante y le respondió en perfecto ruso. La alegría de Wojnicz no tuvo límites. Su salvador era un estudiante judío que le preguntó qué deseaba. Alborozado, Wojnicz explicó al muchacho su problema, y el estudiante se ofreció a acompañarlo hasta la dirección escrita en el papel.

Stepniak abrazó al amigo y colaborador y, con lágrimas en los ojos, lo hizo pasar. Una vez dentro, Stepniak le presentó a Wojnicz una hermosísima muchacha, de grandes ojos azules y preciosa cabellera rubia. Su nombre era Lily Boole.

## ***Lily Boole***

Ethel Lilian Boole había nacido en la ciudad de Cork, Irlanda, el 11 de mayo de 1864, de modo que tenía sólo veintiséis años cuando conoció a Wojnicz en casa de Stepniak. Era la quinta hija del matemático y filósofo George Simon Boole y de Mary Everest Boole, pedagoga, matemática y bibliotecaria sumamente interesada en las doctrinas espiritistas.

El trabajo del padre de Ethel Lilian (que fue conocida durante toda su vida por su nombre de guerra, Lily) es esencial para el mundo en que vivimos. Su obra *Análisis matemático de la lógica*, publicada en 1847, constituye la base de toda la tecnología digital del siglo XXI.

Desgraciadamente, George Simon Boole murió muy joven, cuando la más pequeña de sus cinco hijas, Lily, tenía apenas siete meses de edad, dejando a su esposa Mary en la más negra de las miserias. El estudioso polaco Rafal T. Prinke, uno

de los más documentados biógrafos del matrimonio Voynich, afirma que Mary Everest consiguió un trabajo como bibliotecaria en el Queens College, donde su tío materno, John Ryall, ocupaba la cátedra de griego clásico y también la vicedirección. Decidida a impedir que sus hijas se muriesen de hambre, Mary obtuvo una recomendación de su tío, y con su vasta cultura y su capacidad consiguió el empleo.

Pero el salario de un bibliotecario no alcanzaba, por aquellos tiempos, para mantener y alimentar a una mujer y a cinco niñas pequeñas. En 1872, cuando Lily contaba ocho años de edad, Mary Everest envió a la menor de sus hijas a vivir con su tío paterno, Charles Boole, gerente de una mina de carbón en Lincolnshire. Sin embargo, se cree que Charles Boole fue posiblemente un psicótico violento y maníaco religioso que disfrutaba azotando a los niños. Muchos años después, Lily Boole describe al hermano de su padre como un hombre «sumamente religioso ... y sádico», y relata en detalle cómo la golpeaba permanentemente y sin motivo.

La pesadilla y el suplicio de Lily duraron dos años. En 1874, a los diez años de edad, sufrió un colapso nervioso provocado por los golpes y el maltrato. La crisis fue tan grave que, creyendo que la pequeña se moría, su tío la envió de regreso a Londres a vivir con su madre.

Pero todo cambiaría pronto. Al cumplir dieciocho años, Lily recibió una herencia que, sin ser cuantiosa, le permitiría vivir dignamente y cumplir el sueño que había acariciado en su infancia: estudiar música. La bella adolescente viajó a Alemania y consiguió matricularse en una de las mejores escuelas de música de la época, la Hochschule der Musik de Berlín. Durante los tres años que pasó allí, Lily descubrió una nueva fascinación que la acompañaría muchos años: la política. Su primera aproximación a *El Príncipe*, de Nicolás Maquiavelo, la llevó a profundizar en teorías y doctrinas políticas cada vez más radicales, hasta toparse con una obra que la impresionó especialmente: *Underground Russia (La Rusia subterránea)*, de Stepniak.

Etkel Lilian regresó a Londres en 1885, y cimentó una entrañable relación con su amiga Charlotte Wilson, teórica del anarquismo británico y dirigente de *Fabian*, primera organización socialista europea en la que militaban, entre otros, sir George Bernard Shaw, H. G. Wells y sir Bertrand Russell. Charlotte era amante del célebre príncipe ruso Peter Kropotkin, el filósofo, ideólogo y virtual fundador del anarquismo internacional, que vivía como refugiado en Londres tras haber sido expulsado de numerosos países.

A comienzos de 1886, Lily deseaba visitar las organizaciones clandestinas comunistas y anarquistas en Rusia.

Como no conocía el idioma, solicitó a Charlotte que la pusiera en contacto con Kropotkin para que le enseñara su lengua. Su amiga le dio a elegir entre dos soberbios profesores de ruso y líderes anarquistas: Kropotkin y Sergyei «Stepniak» Kravchinsky. Stepniak había asesinado al general Mezenzov, jefe de la siniestra policía secreta zarista en 1878, y este crimen político le había valido una sentencia de muerte en su propio país. Había huido a Italia, donde había ayudado a organizar la

revolución, y luego a Herzegovina, donde sus actividades revolucionarias le habían hecho merecer otra condena a la horca. Sin embargo, había conseguido escapar, y ahora vivía en Londres como refugiado y perseguido político.

Entre Kropotkin y Kravchinsky, Lily eligió a este último, y junto con su hermana Lucy Boole se volvieron íntimas amigas de Stepniak y su esposa. Stepniak enseñó ciencias políticas y ruso también a Lucy. La capacidad lingüística de Lily era tan enorme que llegó a dominar, en un tiempo increíblemente corto, el idioma que Kravchinsky le enseñaba. Stepniak llamaba a Lily, cariñosamente, *Bulochka*, que significa «rollito». Se trata de un doble juego de palabras entre los rollos de gordura (aunque Lily era alta y delgada) y la obvia similitud fonética del apodo ruso con el apellido Boole.

La relación entre Lily y Stepniak se convirtió, también, en una profunda colaboración profesional. El exiliado prologó la mayor parte de los libros de Lily y escribió los prefacios a las traducciones que ella publicaría más tarde. El estilo literario de Stepniak se nota claramente en la obra de Ethel Boole, y su influencia política marcó su vida para siempre.

Lily conservó la amistad de Kropotkin hasta la muerte de éste en 1921, y conoció y frecuentó también al otro teórico del anarquismo, el revolucionario italiano Enrico Malatesta. Ethel Lilian Boole escribiría, muchas décadas después, que Kropotkin y Malatesta eran «los dos únicos verdaderos santos» que ella había encontrado sobre la Tierra.

Tras estudiar anarquismo y ruso con Stepniak durante dos años, Lily viajó finalmente a Rusia en 1887, acompañada por las hermanas de Fanny Kravchinskaia, la esposa de Stepniak. Debía llegar a San Petersburgo pasando por Varsovia, y se detuvo en esta última ciudad en la mañana del domingo de Pascua. Llevaba un vestido negro y la blonda cabellera suelta sobre los hombros. Pasó frente a la prisión de la Ciudadela y se entretuvo durante un instante en mirar el edificio, sin saber que desde una de las ventanas embarrotadas un triste prisionero la observaba, grabando en su mente cada detalle de la portentosa hermosura de la joven.

Stepniak le había dado la dirección de su cuñada Preskovia a Lily, a fin de que la inexperta joven británica se alojara con alguien de total confianza. Preskovia, una notable médica de San Petersburgo, estaba casada, pero su esposo se encontraba preso en la fortaleza de Schlizeburg por sus actividades revolucionarias. Su nombre era Vasili Karauloff.

Lily se ganó la vida durante su estancia en Rusia dando clases de inglés, hasta que, a principios del verano, Preskovia la invitó a viajar con ella a la provincia de Pskov para brindar asistencia médica gratuita a los campesinos y obreros indigentes. De ese modo, el servicio social también comenzó a ser parte de la vida de Lily. Al año siguiente, en 1888, Lily decidió que no tenía por qué evitar al enemigo si podía obtener de él algún beneficio para su causa. De tal forma, pasó otro verano dando clases de inglés a los hijos del chambelán del zar en su residencia de Voronzeh.

El 14 de mayo Lily asistió al funeral del escritor revolucionario Saltykov Schedrin y volvió a San Petersburgo a compartir la angustia de Preskovia mientras esperaba la sentencia de su esposo Vasili. Por suerte, la condena no fue de muerte sino de exilio a Irkutsk, y Lily lloró mientras veía a Preskovia y los suyos subir al tren que los conduciría a Siberia. A juzgar por lo que dijeron a Wojnicz tiempo después, los Karauloff nunca olvidaron a Lily Boole.

Poco tiempo después, Lily Boole regresó a Londres, demostrando su temple y su valor al llevar fuera del país, ante las mismas narices de la policía política del zar, un manuscrito prohibido que Stepniak le había solicitado y que esperaba ansiosamente.

Ya de regreso, Ethel Lilian fundó con Stepniak la Society of Friends of Russian Freedom (Sociedad de Amigos de la Libertad de Rusia), un grupo de anarquistas rusos en el exilio, y editó con él el órgano oficial de la asociación, *Free Russia* (Rusia libre), una publicación mensual revolucionaria editada por la Russian Free Press Fund (Fundación para la Prensa Libre Rusa). En las reuniones de la casa de Stepniak, Lily conoció a muchos líderes comunistas, anarquistas y revolucionarios. Así trabó conocimiento con el autor del *Manifiesto comunista*, Friedrich Engels, fue amiga de Eleonor —hija de Karl Marx—, departió muchas veces con el soberbio filósofo y escritor sir George Bernard Shaw, se relacionó con los más importantes exiliados rusos como Plekhanov, Minski y Luniev, conoció a William Morris y fue amiga y confidente de Oscar Wilde.

De este modo transcurrió la vida de Lily Boole en Londres hasta que en una fría noche de 1890, unos golpes a la puerta de la casa de Stepniak le llamaron la atención. Al abrir, dos jóvenes esperaban ver al dueño de la casa.

## ***El reencuentro***

El estudiante judío manifestó a Stepniak y a Lily que había encontrado al otro, aparentemente polaco, vagabundeando por el East End, y que afirmaba ser un refugiado político escapado de Siberia.

Mientras Stepniak interrogaba a Wojnicz acerca del otro muchacho —al fin y al cabo él debía proteger su seguridad y la de su familia—, Lily observó que el recién llegado no le quitaba los ojos de encima.

En determinado momento, el joven polaco le hizo a ella una extraña pregunta:

—¿Estaba usted, señorita, frente a la Ciudadela de Varsovia en la mañana del domingo de Pascua de hace tres años, en 1887?

Ella respondió afirmativamente, sorprendida. A continuación, los asombrados, presentes se enteraron de que Wylfrid había visto a Lily desde su celda, supieron de las penurias de su condena, ostracismo y fuga, de su relación con los Karauloff en Irkutsk y de los saludos que Preskovia había enviado a Lily en caso de que Wojni consiguiese llegar a casa de Stepniak.

Más tarde y a solas, Lily supo también que su imagen —vestido negro, cabello rubio— nunca se había apartado de la mente de aquel joven, y que el recuerdo de la belleza entrevista apenas, como una imagen soñada pero nunca perdida, lo había acompañado a través de su penosa historia de miedos, persecuciones, hambre y soledad.

Se casaron un año más tarde.

## El hallazgo del libro imposible

### *Los primeros años del matrimonio Wojnicz*

La increíble serie de improbables casualidades que marcó las vidas de Wojnicz y Lily Boole, a través de cuatro países y una terrible revolución manchada por la violencia y la persecución política, encaja perfectamente con los hechos posteriores y los múltiples enigmas que tiñen la historia de ambos y del manuscrito.

Durante los años siguientes y ya casados, los Wojnicz se convirtieron en los colaboradores principales de Serguei Kravchinsky. Mientras el ruso firmaba como Stepniak, Wylfrid comenzó a escribir junto a él bajo el seudónimo de «Ivan Klecevski». Por su parte, la simpática Lily, la dulce Bulochka, se ocupaba de poner en marcha la primera imprenta de los conjurados en el exilio. A pesar de que Wojnicz y Lily eran una generación más jóvenes que los demás exiliados, pronto adquirieron gran influencia sobre las organizaciones en las que participaban, y la esposa siempre secundó a su marido con incommovible lealtad en todas las disputas en que se enredaba con los otros revolucionarios.

Wylfrid Wojnicz era un hombre capaz, tenaz e incansable. Nadie se atrevió a criticar jamás su desempeño, y pronto llegó a manejar los fondos de la Fundación Free Russia gracias a su gran eficiencia. Tenía, sin embargo, aspectos muy conflictivos en su personalidad, que acababan causando fricción con otros miembros del grupo y que, a la larga, pudieron haberlo impulsado a retirarse de él. Se veía a sí mismo como un gran teórico y odiaba verse relegado al papel de simple administrador. Los miembros más veteranos e importantes, en cambio, lo consideraban un aprendiz inmaduro e incapaz de participar en la importante tarea de delinear la política de la organización.

El carácter de Wojnicz llegó a comprometer la seguridad de sus compañeros. Hizo con algunos de ellos dos viajes clandestinos al continente buscando apoyo financiero para la agrupación, pero sus modales eran insufriblemente maleducados y gritaba muchísimo. En Rusia, estuvo todo el tiempo maltratando y enloqueciendo a sus compañeros, conducta que quedó debidamente registrada en los informes de la policía secreta rusa.

Pronto Stepniak y los Wojnicz comenzaron a imprimir e introducir



clandestinamente en Rusia las traducciones al ruso del *Manifiesto comunista* de Engels y de *El capital* de Marx, así como todo tipo de literatura revolucionaria y anarquista.

Los clásicos tuvieron también la atención de Lily: tradujo al inglés a los más importantes autores rusos, publicando varias colecciones a partir de 1893. También tradujo al inglés la colección completa de los panfletos y artículos de Stepniak al año siguiente.

El año 1894 fue muy productivo para Ethel Lilian: viajó a Lvov (entonces Polonia, luego perteneciente a la URSS y hoy a Ucrania) para hacer nuevos contactos que le permitieran agrandar su red de contrabando de literatura ilegal hacia Rusia, y trabó amistad, gracias a su personalidad abierta y espontánea, con destacados escritores y revolucionarios ucranianos, como Ivan Franko y Mihail Pavlyk. Conoció también la poesía y las canciones folclóricas de Taras Shevchenko y decidió aprender ucraniano para poderlas traducir al inglés y al ruso. Esta facilidad de Lily para los idiomas se evidencia en que, en fecha tan tardía como 1931, fue capaz aun de aprender polaco para traducir la correspondencia completa de Chopin.

En 1895, a su regreso a Londres, los Stepniak presentaron a los Wojnicz a un exiliado llamado Sidney Reilly. A pesar de su nombre, no se trataba de un inglés ni de un norteamericano, sino de un polaco ruso, hijo ilegítimo de un médico judío de Viena con la esposa polaca de un coronel de la guardia zarista. Su verdadero nombre era Georgi Rosenblum y su primer nombre de guerra —probablemente— Sigmund. Georgi había vivido en Sudamérica, donde fue contactado por un militar británico llamado Fothergill y convencido de trasladarse a Londres.

Una vez allí, Fothergill lo recomendó a la inteligencia militar inglesa, el célebre MIS, quienes lo entrenaron, lo rebautizaron con un nuevo nombre de guerra —Sidney Reilly— y lo enviaron a espiar a los alemanes.

Las misiones de Reilly fueron tan exitosas que pronto se convirtió en la estrella del espionaje británico, y se le comenzaron a asignar misiones en Rusia, considerada el destino más difícil y peligroso para los espías occidentales. Reilly fascinó a Lily y pronto se convirtieron en amantes. Lily le dijo a Wojnicz que debía trabajar en los archivos de los revolucionarios italianos y viajó hasta allí con Reilly, con quien pasó el verano en la isla de Elba, en Roma y en Florencia.

Durante esa estancia, Reilly le contó a Lily la historia de su vida, que ella convertiría en su célebre novela *The gadfly* (*El tábano*). Fue publicada en junio de 1897 en los Estados Unidos, en septiembre en Inglaterra, y de inmediato se convirtió en el máximo *best seller* ruso. La administración soviética decretó su lectura obligatoria. En vida de Lily, el libro llegó a vender más de dos millones y medio de ejemplares solamente en la Unión Soviética.

En diciembre de 1895 Stepniak murió en un accidente de tren, y, con su ausencia, Wylfrid y Lily Wojnicz abandonaron para siempre toda participación activa en los movimientos revolucionarios. También ella suspendió —en apariencia— su relación

con Sidney Reilly y regresó con su marido.

### ***Del Wojnicz revolucionario al Voynich librero***

Wylfrid Wojnicz abandonó su nombre heráldico debido a que consideraba que era muy difícil de pronunciar para los ingleses. En la misma línea, anglicanizó su nombre completo, y de Wylfrid Michal HabdankWojnicz pasó a ser conocido como Wilfred (a veces firmaba también como Wilfrid) Michael Voynich.

En las oficinas de Free Russia había conseguido reunir la más completa colección de libros sobre los movimientos revolucionarios del siglo XIX. Voynich se había ocupado de obtener las donaciones y de organizar el catálogo. Paralelamente había desarrollado un talento administrativo y comercial que había llevado las finanzas de la organización de no poseer un chelín en 1891 a ingresos anuales de unas respetables 427 libras en 1895, ya bajo la dirección financiera de Voynich. La principal fuente de ingresos de la Fundación —un tercio del total— era, por aquellos tiempos, la venta de los libros políticos que el mismo Voynich había conseguido como donación.

Cuando abandonó la Fundación se llevó consigo una lista de sus corresponsales políticos y fundó el Sindicato de Libreros, que él mismo definió como «un repudio al estrecho nacionalismo y a la estrechez partidista» de la Fundación. La editorial sería «la encargada de transmitir literatura en polaco, armenio y hebreo para todos, estudiantes, políticos, etc.», esto es, algo similar a Free Russia pero en una escala mucho mayor. Por desgracia, como no tenía dinero y sólo contaba con la ayuda de Lily, la única publicación que salió de sus prensas fue un pequeño folleto. Esta iniciativa frustrada fue probablemente el primer contacto de Voynich con el oficio de librero y editor.

Su innata curiosidad y su hasta entonces oculto talento comercial lo impulsaron a interesarse por los libros antiguos, raros o incunables, y a comenzar a traficar con ellos. Uno de sus primeros empleados, Herbert Garland, a quien había contratado como cataloguista y que estuvo en su negocio entre 1906 y 1919, declaró años más tarde que «un tiempo después había amasado una importante colección de literatura relacionada en el movimiento revolucionario polaco, incluyendo algunas proclamas que se creían imposibles de conseguir.» El material político de la colección de Voynich se encuentra actualmente en la biblioteca de la Facultad de Ciencias Económicas de Londres.

De algún modo, Wylfrid se convirtió en un importante librero, coleccionista y vendedor de primeras ediciones y libros incunables en 1897. Cómo llegó a ser en apenas doce años un distribuidor de libros muy conocido y propietario de una librería con depósito en una lujosa zona comercial es todavía hoy otro de los interrogantes que rodean de oscuridad la historia del manuscrito que lleva su nombre. Según Garland, fue el doctor Richard Garnett quien le sugirió que debía dedicarse a esa

tarea para la que parecía tener un gran talento. No existen registros ni documentación que atestigüen de dónde obtuvo Voynich el dinero necesario para establecer su negocio, cómo pudo hacerse con las primeras colecciones y manuscritos para ofrecer a sus clientes ni cuáles fueron las bases financieras que le permitieron llegar en 1902 a ser llamado por los coleccionistas «un vendedor muy conocido» de libros y manuscritos antiguos en pleno centro de Londres. Sí podemos comprobar documentalmente la actividad revolucionaria y anarquista de Voynich y Lily en las organizaciones que hemos mencionado, y corresponde recordar que algunos de sus dirigentes preconizaban el terrorismo como medio para alcanzar el poder. ¿Fueron el extraordinario librero y su esposa responsables de algunos de los atentados y asesinatos que conmovieron a Europa durante aquel período? Sólo podemos conjeturar acerca de ello. Sabemos que se codeaban con dirigentes que llevaban más de una muerte sobre sus conciencias, pero no podemos afirmar que ellos cometieran algún crimen. Convengamos, sin embargo, en que las actividades prorrevolucionarias de Lily y Wilfred contrastan enormemente con su actividad y modo de vida posteriores, ya que la clientela de la librería estaba compuesta, esencialmente, por millonarios y gentes poderosas.

En 1898 Wilfred se encontraba en Italia, supuestamente en viaje de negocios. No conocemos el objeto de este primer viaje a la península italiana, pero, a la luz de los acontecimientos posteriores, podemos suponer que acudió a comprar libros antiguos para revenderlos posteriormente en Londres.

### ***Los «Catálogos Voynich»***

En 1898 Voynich publicó el primer volumen de su catálogo de libros raros. Esta colección cuenta con nueve tomos, el último de los cuales vio la luz en 1902, y esos cuatro años resultan también un tiempo demasiado breve para publicar la monumental obra de 1.117 páginas —prolijamente numeradas en forma consecutiva— en impresión lujosa.

Los llamados «Catálogos Voynich» constituyen en sí mismos otro punto interesante, cuya existencia está también llena de misterios aún no explicados.

El primero de esos misterios consiste en la frenética actividad de Wilfred durante los cuatro años (1898-1902) en los que da luz pública a nueve grandes tomos. ¿De dónde obtuvo la enorme cantidad de información necesaria para componer el más de un millar de páginas de sus catálogos? ¿Cómo pudo organizarla y publicarla en tan sólo cuatro años? ¿Quién lo apoyó financieramente para lograr tal fin? Garland nos informa acerca de interesantes detalles:

Empleaba para realizar sus catálogos su método propio: no darse nunca por vencido. Incluso después de haber dejado de publicarlos, creyó siempre que

cada uno de sus libros —de mucha o poca importancia— había de ser descrito con un grado de detalle bibliográfico que nunca más, antes ni después, se ha visto en ningún catálogo de ventas de una librería.

Los catálogos de Voynich muestran una perfección técnica que necesariamente debió costar muchísimo dinero, más aún en la época en que fueron publicados. Contienen numerosísimas ilustraciones de gran calidad, folios desplegados, multitud de facsímiles (muchos de ellos a cuatro colores) y gran cantidad de mapas (algunos también en color).

Como hemos dicho, el Tomo I fue publicado en 1897 o 1898, posiblemente mientras Voynich se encontraba en Italia. Se trata de una lista de sus primeros libros, catalogados y poseídos en sociedad con un tal Mr. Edgell. A éste siguieron los demás hasta el Tomo VI, que incluye un prolijo índice del contenido de los seis primeros, compilado por Francis C. Weale. Las ventas del Catálogo debieron de ser buenas, porque en 1900 apareció una segunda impresión del Tomo I. El Tomo V salió a la venta en septiembre de 1901, y el VI en noviembre del mismo año. Hay una edición de los catálogos I al VI en un volumen, de los cuales el I es una segunda edición. Este libro se publicó en 1902. El Tomo VIII se publicó en el mismo año y lleva la indicación siguiente: «Esta lista consiste exclusivamente en libros desconocidos y perdidos». Se trata, en efecto, de una relación de libros de los cuales Voynich poseía la única copia conocida. «Generó una considerable expectativa, y la colección fue vendida en bloque y por suscripción», dice Garland. Los libros contenidos en el Tomo VIII del catálogo se conocen como «Colección Voynich» y se encuentran hoy en el Museo Británico. El noveno y último volumen de la serie también apareció en 1902, aunque publicó algunos otros más adelante.

Su capacidad de autopromocionarse quedó demostrada en un anuncio aparecido en 1908 con motivo de uno de sus últimos catálogos:

Todos los libros descritos en este catálogo fueron impresos antes de 1700, y casi todos poseen valor literario, importancia histórica o interés artístico. Algunos son de gran importancia, algunos son incluso monumentos de la imprenta antigua o contienen ejemplos de grabados primitivos sobre madera. El hecho de que un libro no esté en el Museo Británico no es prueba concluyente de su rareza; a pesar del enorme tamaño de ella —la más grande de las bibliotecas—, muchos libros, tanto comunes como importantes, todavía faltan en su colección. Para esta lista, sin embargo, he elegido libros raros, y de los quinientos veinte que enumero sólo diecisiete son imperfectos en algún sentido. Me complace entonces informar a los libreros, estudiantes y coleccionistas que he obtenido el control de la bien conocida casa Librería Franceschini, sita en el Palacio Borghese de Florencia, que en el futuro

operará a la par con mi negocio de Londres. Dispongo ahora de un stock de medio millón de libros y folletos que tratan casi todas las materias, coleccionados por sus anteriores propietarios durante 55 años. En breve publicaré una lista especial de estos libros, que tratan cada uno de un tema diferente. Los coleccionistas que quieran recibir esta lista deben solicitarla a mi dirección de Londres, porque sólo se imprimirá una tirada limitada.

¡Ya quisieran nuestros modernos expertos en marketing contar para sus productos con un redactor publicitario como Wilfred Voynich!

### ***La tienda de libros de Voynich***

La tienda de libros de Voynich estaba ubicada en el número 1 de Soho Square, Londres, y había logrado su fama por vender, en palabras de su biógrafo Prinke, «su colección de libros extremadamente raros, incunables y ediciones desconocidas por los bibliófilos».

El matrimonio Voynich había permanecido en contacto con George Bernard Shaw durante los años posteriores a la Sociedad de los Amigos de la Rusia Libre, y esta amistad fue tan cercana que el literato inglés escribió la versión teatral de la novela de Lily, *El tábano*. Se conserva al respecto de la actividad de Voynich como librero una carta que Shaw le dirigió en diciembre de 1907, la cual, citada por Prinke, dice textualmente: «La mayor parte de los libros que usted vende están tan muertos como un cordero a los dieciocho meses de nacer». La mercadería ofrecida por el local de Soho Square incluía cientos y cientos de libros raros, muchos de ellos ejemplares únicos.

George R. Allen, dueño de la editorial Allen & Unwin e hijo del célebre librero William H. Allen, escribió en los últimos años de su vida (1997-1998) la historia de la empresa familiar; en esta obra afirma:

En el curso de los años tuvimos muchos clientes, y algunos de ellos sobresalían por su rareza. Uno era W. M. Voynich, quien solía visitar a mi padre. Era un librero de origen polaco que había trabajado en Londres y Nueva York. Mi padre decía que Voynich hablaba seis idiomas, pero todos con acento. Lo recuerdo sentado en un taxi en la puerta de nuestro negocio, charlando con mi padre durante largo rato. Aunque había vivido en ciudades mucho más grandes que Filadelfia, siempre venía en taxi porque decía que la esquina de 22 y Woodland Avenue era la zona más peligrosa del mundo, aunque nosotros pasábamos por allí todos los días. A principios de siglo, Voynich publicó catálogos con libros incunables anteriores al año 1500.

Vendía los catálogos a entre 5 y 10 dólares.

Voynich fue también pionero en otro aspecto de su negocio: fue el primer librero en comenzar a viajar y recorrer remotas regiones de Francia, España e Italia con el fin de comprar libros raros para su tienda.

### ***El hallazgo del manuscrito***

En 1912 Wilfred Voynich volvió a viajar a Italia, decidido a buscar libros raros perdidos, ocultos o guardados en iglesias o monasterios. Llegó así al colegio jesuita de Villa Mondragone en Frascati, una población cercana a Roma, donde sabía que los monjes tenían libros antiguos para vender. Presentado al bibliotecario del lugar, éste le ofreció una colección de varios volúmenes, entre los cuales Voynich encontró uno muy extraño que le llamó inmediatamente la atención: se trataba de un pequeño libro en cuarto, prolijamente encuadernado, escrito a pluma sobre pergamino de ternera. El manuscrito estaba plagado de ilustraciones de extrañas plantas, lo que parecían ser tuberías o cisternas, y dibujos de ninfas o mujeres desnudas.

Sin embargo, lo más desconcertante era el texto: a pesar de examinarlo minuciosamente, la amplia experiencia de Voynich no le sirvió para reconocer la lengua ni la escritura. El idioma era desconocido y los caracteres también. Este fue el momento del encuentro de Wilfred Michael Voynich con el manuscrito que hoy lleva su nombre.

En 1914, dos años después de haber obtenido el libro, las relaciones personales del matrimonio Voynich se habían enrarecido. Hacía muchos años que Lily llevaba adelante su relación clandestina con Sidney Reilly, y puede que Wilfred descubriera la infidelidad, porque ese año tomó la decisión de mudar su negocio a Nueva York acompañado de su secretaria Arme Nill y se llevó consigo el manuscrito.

¿Tuvo Voynich con su secretaria una relación similar a la que Lily entabló con Reilly? La tuviera o no, su esposa le dejó ir y permaneció en Londres —base de operaciones del espía británico— hasta 1920. En consecuencia, el matrimonio Voynich estuvo separado de hecho durante seis años.

El Manuscrito Voynich permaneció en la oscuridad hasta el año 1915, en que Wilfred, seguramente frustrado por la imposibilidad de descifrar su contenido, decidió exhibirlo al público y a los expertos.

En efecto, en la página 100 del volumen IX del *Bulletin of the Art Institute of Chicago* (*Boletín del Instituto de Arte de Chicago*) se menciona su presentación pública.

Todos aquellos que lo vieron se sintieron ante él tan desorientados como su mismísimo propietario. La extraordinaria dificultad de descifrar la lengua y el significado del libro no permitió en aquellos días más avances que los descritos.

¿Quién había escrito la extraordinaria obra? ¿Cuáles eran los conocimientos de que trataba? ¿A qué período histórico pertenecía? Todas eran preguntas sin respuesta que debieron de atormentar a su dueño, un experto en la materia que probablemente se sintió tan perdido como un profano.

Sin embargo, afortunadamente, el libro no había venido solo. En el momento de comprarlo a los monjes de Frascati, Voynich halló una carta antigua que se llevó con él y que supuso el primer paso para los estudios más serios y concretos sobre el entorno histórico del volumen.

Dicha carta estaba adherida a la cara interna de la tapa, se ha conservado siempre junto al manuscrito, y tanto su remitente como su destinatario son personajes históricos bien conocidos y estudiados, célebres en su tiempo, y que pueden ser rastreados minuciosamente. Lo importante de todo esto es que la misiva es tan auténtica como el manuscrito, su contenido no contradice en ningún punto los hechos técnicos e históricos aceptados, y su asunto puede arrojar muchísima más luz sobre el libro que el libro en sí.

La carta hallada en el interior del Manuscrito Voynich habla sobre el propio manuscrito y de la dificultad para descifrarlo.

## El Manuscrito Voynich

### *El «manuscrito Cifrado»*

En la Biblioteca Beinecke de Libros raros y Manuscritos de la Universidad de Yale, una de las más prestigiosas del mundo, existe un volumen que ha desafiado durante siglos los conocimientos de los expertos. Su existencia se ha hecho célebre, y aunque se le conoce como el Manuscrito Voynich, la Biblioteca Beinecke lo tiene catalogado sencillamente como «manuscrito Cifrado». Las medidas exactas del manuscrito son de 225 por 160 mm, y su registro bibliotecológico en la Beinecke lleva el número 2002046.

La ficha bibliográfica del volumen reza escuetamente:

TÍTULO: manuscrito cifrado

PUBLICADO O CREADO: Europa Central (?) Siglos xv a xvi (?)

DESCRIPCION FÍSICA: 102 folios encuadernados, 23 × 16 cm

NÚMERO DE CATÁLOGO: MS 408

NOTAS: texto científico o mágico en un lenguaje no identificado, cifrado, basado aparentemente en caracteres romanos en minúsculas.

Siguen a continuación algunos limitados datos acerca de la supuesta autoría y de las pretendidas soluciones al enigma. Lo que hace la Biblioteca Beinecke, en realidad, es remitir al ilusionado lector a varias de las obras que se han escrito sobre el manuscrito, especialmente durante la década de 1970.

Pero es necesaria una descripción más detallada del documento que tenemos entre las manos. Es esencial conocer en detalle el libro con que Wilfred Michael Voynich se encontró aquel día de 1912.

El Manuscrito Voynich consta (según sus actuales propietarios) de 102 folios cubiertos de escritura e ilustraciones por ambas caras. Los folios están numerados sólo por los anversos, a pluma, en nuestro sistema de numeración arábigo. Sin embargo, no todas las páginas llevan número. Se ha determinado por medio de estudios científicos incontestables que la tinta y el trazo de la foliación son casi



contemporáneos a la fecha de elaboración del manuscrito, es decir, que han sido incluidos entre fines del siglo xv y principios del xvi.

La numeración correlativa, sin embargo, es imperfecta, porque el manuscrito lleva varios folios desplegados, que no siempre están numerados correctamente. Así, encontramos en él 5 folios dobles (es decir, 20 carillas), 3 folios triples (18 páginas), uno cuádruple y uno séxtuple. Si los números de la foliación eran en su origen consecutivos, entonces debemos concluir que el manuscrito ha perdido o le han sido extraídos 28 folios (acaso 56 páginas o más, si este grupo incluía hojas desplegadas). De esta manera, tampoco conocemos el número total u original de folios y páginas del Manuscrito Voynich. La cantidad actual, según los distintos autores y el modo en que se cuenten los folios desplegados, oscila entre 234 páginas (según Pedro Alberto Gallardo), 235 páginas (Juan Ignacio Cuesta), 246 (Gordon Rugg) y 252 (Biblioteca Beinecke/Universidad de Yale). De modo que si los folios ausentes eran todos simples (una sola hoja escrita por ambas caras), la cifra total de páginas del Manuscrito Voynich pudo haber sido de 256, 290, 291, 302, 310 o incluso más si las hojas que nos faltan incluían algunas dobles, triples, etcétera.

Agregaremos, por un afán de precisión, la lista de las páginas ausentes del Manuscrito Voynich. Faltan los folios f12 y f74, que parecen haber sido arrancados. Sus márgenes centrales (raíz en la parte central del libro) aún son visibles. Están ausentes, además, los folios f109 y f110 (desprendidos de la costura del cuadernillo) y los folios f54 al f56 por el mismo motivo. Es interesante destacar que Newbold, uno de los supuestos «traductores» del libro, describe estas páginas, por lo que es dable pensar que aún existían en su época (a partir de 1919). Por último, nos faltan dos cuadernillos completos: el 16 y el 18. Esto es llamativo, porque parecen faltar hojas de cada una de las secciones en que se ha dividido el volumen para su estudio. Es casi como si alguien hubiese querido quedarse con una especie de catálogo de los diversos asuntos que el libro recorre.

## ***La escritura del manuscrito***

Todo el texto del Manuscrito Voynich está escrito de manera corrida y sin errores. Su escritura es elegante y fluida, obviamente obra de un hombre educado y culto y experto en ese sistema de escritura. El autor escribe en cursiva, enlazando cada carácter con los dos contiguos, no con letras aisladas, lo que demuestra que estaba perfectamente entrenado en esa tarea. No presenta tachaduras, correcciones, raspaduras ni enmiendas (salvo una excepción). Las letras son incomprensibles, aunque parecen basadas, como proclama la biblioteca que lo alberga, en caracteres romanos minúsculos. Está dividido en palabras aparentes, pero no se encuentran en él signos diacríticos, ortográficos ni de puntuación.

El análisis detallado de los caracteres utilizados en el manuscrito permite a los

expertos —por ejemplo, al italiano Sergio Toresella— definir la caligrafía como «cursiva humanista italiana», un estilo de escritura que estuvo en boga durante un par de décadas del siglo xv, lo cual es completamente coherente con las fechas que se conocen acerca de su composición. No hay un solo código cifrado de su época que se le parezca siquiera remotamente.

El sistema de escritura *voynichés* parece estar compuesto por entre 19 y 28 caracteres distintos, dependiendo de cómo se considere que se dibujaría cada letra aislada.

Una página típica está compuesta por entre 10 y 40 líneas de escritura, cada una de las cuales suele incluir entre 8 y 12 palabras. La mayor parte de las palabras son de longitud media —de 4, 5, 6 o 7 letras—, encontrándose una notoria escasez de palabras más largas o más cortas. Esta es sólo una de las numerosas y extrañas regularidades que se observan en el texto del libro.

El manuscrito contiene, en total, unas 40.000 palabras, y casi todas sus páginas están ilustradas. Solamente 33 de ellas consisten sólo en texto.

Como dato importante, diremos que en la primera página del manuscrito puede verse una firma, acaso de uno de sus propietarios. La misma es casi ilegible porque ha sido borrada con mucho cuidado intencionadamente y sólo ha podido leerse mediante cierto proceso fotográfico o con luz ultravioleta.

## ***Rasgos técnicos del manuscrito***

Además del texto principal, el Manuscrito Voynich presenta también otras características importantes. En la última página hay una especie de clave. En dos páginas se ven anotaciones en alemán y, en la sección astronómica, los nombres de los meses aparecen en latín, aunque no todos los académicos coinciden en la identificación de la lengua. Todas las hojas están foliadas o numeradas a pluma (seguramente entre algunos años y un siglo después de la elaboración del libro) en el ángulo superior derecho de cada anverso<sup>[1]</sup>. En otras páginas (f66v y f86v3) se encuentran anotaciones (en realidad, poco más que garabatos) escritas en unos caracteres aún más raros que los del *voynichés* y completamente incomprensibles e inidentificables. Tres páginas —que dan inicio a tres cuadernillos sucesivos— están identificadas correlativamente como «a», «b» y «c» a lápiz. En la primera página hay, como se ha dicho, una firma borrada y un comentario ilegible en el margen superior de f17r. En la página 116v hay tres renglones de palabras mágicas, acaso intentos de traducir parte del texto.

El manuscrito presenta numerosos epígrafes (o «etiquetas») que parecen indicar los nombres de los objetos dibujados junto a ellos. Son palabras aisladas o cortas frases junto a los dibujos. Se las encuentra bajo plantas enteras (f2r, f41v —incierto— y f65r), junto al cadáver de la inscripción en alemán (f66r), junto a las estrellas de

la sección astronómica y en las páginas que parecen representar zodíacos (f70v2, 1; f71, f72 y f73). También aparecen cerca de muchas secciones de las ilustraciones biológicas y al lado de las plantas de la sección Farmacéutica.

Asimismo, hay palabras o frases aisladas al final de algunos párrafos. John Grove las bautizó «títulos», porque parecen precisamente titular el párrafo siguiente. Suelen estar centrados o alineados a la derecha.

Encontramos letras aisladas o secuencias de palabras en los diseños circulares o en los márgenes de ciertas páginas. Se las suele llamar «claves»: una tabla o cuadro sinóptico borrado en el folio 1r y varias palabras al margen de f49v. Una frase de 17 letras se repite cuatro veces, así como muchas otras repeticiones en f57v, mientras que hay letras sueltas y palabras cortas en el margen izquierdo de f66r (la página del cadáver).

Para terminar, hay letras sueltas numeradas (en romanos) I, II, III, IV y V, en el margen izquierdo de f76r.

## ***Las cinco secciones***

El Manuscrito Voynich ha sido dividido, para su estudio, en cinco partes o secciones. Es muy importante aclarar aquí que, a causa del hecho de que el texto no ha podido ser descifrado, esta división se basa solamente en la naturaleza de su enorme cantidad de ilustraciones, por lo que muy bien nuestro esquema podría estar completamente equivocado. Las figuras han sido pintadas exclusivamente con los colores marrón, azul, verde, amarillo y rojo. Los ornamentos visibles en el manuscrito corresponden poco más o menos al año 1400 y el estilo de los peinados de las figuras femeninas es el que estaba en boga desde 1480 hasta 1520.

La primera sección se ha llamado Herborística. Es, con diferencia, la más extensa y compleja del manuscrito. Ocupa unas 130 páginas, es decir, poco más de la mitad del total del libro.

Normalmente, cada página lleva el dibujo de una planta, muy detallado, acompañado de un bloque de texto que se supone que contiene una descripción o explicación de la planta en cuestión. En algunas páginas se muestran los diagramas de dos vegetales de distintas especies, pero en ninguna aparecen tres o más. Si nos atenemos a la distribución y organización de los folios de esta sección, claramente el Manuscrito Voynich se parece a un herbario o tratado medieval de plantas medicinales.

Hace casi un siglo que las plantas retratadas en el Voynich han venido siendo sometidas al análisis de los botánicos, agrónomos y biólogos, y la conclusión a que han llegado los científicos es sorprendente: los vegetales allí dibujados no existen en la naturaleza, es decir, son plantas desconocidas para la ciencia. Muchas de ellas son totalmente ajenas a los conocimientos actuales, mientras que otras guardan un

parecido más cercano o más remoto con especies reales, aunque no exacto. Así, un folio muestra una flor azul similar a la pasionaria (sólo que la verdadera es roja), mientras que otro lleva un enorme dibujo de una planta cuyas flores se parecen a los girasoles. El girasol es una planta americana, al igual que un vegetal parecido a la pimienta que se observa en otro folio, de modo que un texto que los incluyera necesariamente debería haber sido escrito con posterioridad a 1492. Esta fecha no es del todo contradictoria con nuestros actuales criterios de datación del manuscrito.

La regla de que las plantas del Voynich no existen en la realidad tiene, a su vez, algunas excepciones. En el anverso del folio 42 se ve la imagen de una planta del género *Rumex*, concretamente la especie *Rumex acetosa*, una hortaliza que suele comerse como hoja verde cruda o en ensaladas y que vulgarmente se conoce como acedera. En la misma página se encuentra un dibujo más pequeño de una especie del género *Oxalis* Linneo. Ambos géneros no tienen más que una cosa en común: el sabor amargo debido a que los dos contienen ácido oxálico. El mismo, tomado en grandes dosis, es sumamente tóxico. ¿Por qué fueron incluidos entre legiones de plantas ficticias y cómo es que el autor medieval sabía que ambas contienen un determinado producto químico? ¿Casualidad? Misterio, más bien.

En el folio 100 puede verse una planta que el botánico O'Neill ha identificado como *Botrychium lunaria* Swartz, llamada popularmente lunaria menor y conocida desde la Antigüedad por sus propiedades astringentes y antidiarreicas. En *Dioscórides* se la califica como buena para las vacas que no alcanzan la preñez. Se dice de la lunaria que «así la pacen, se van derecho al toro». También afirma O'Neill haber identificado una planta de pimienta y el célebre «girasol Voynich».

La siguiente sección ha sido llamada Astronómica por la cantidad de dibujos de soles, lunas y estrellas que ostenta, así como símbolos astrológicos. Se observan también unas extrañas figuras espirales que recuerdan galaxias, objetos celestes completamente desconocidos en el siglo XVI. Varios dibujos de bóvedas celestes se muestran plagados de constelaciones que no existen en el cielo real.

Uno de los rasgos más interesantes de la tercera sección, la sección Biológica, es la enorme cantidad de dibujos de cisternas o grandes piscinas, conectadas unas con otras por medio de canales o cañerías, dotadas de compuertas, sifones y derivaciones. Las obras de fontanería que unen las cisternas parecen de gran complejidad, como para trasladar en forma eficiente el agua —en rigor, un extraño líquido verde— de que están llenas. En la mayor parte de esas cisternas o piletas se observan numerosas figuras de pequeño tamaño, que representan a ninfas o mujeres desnudas bañándose en el líquido. Se ha especulado con cierta lógica que tales dibujos son una representación figurada de los vasos sanguíneos, el sistema cardiocirculatorio, el aparato digestivo y el sistema genitourinario. También pueden verse diminutas figuras humanas vestidas al modo europeo dentro de lo que parecen ser cubos de basura.

La parte Farmacéutica presenta también muchas ilustraciones de plantas y una

serie de vasijas o frascos rotulados con etiquetas. Y por último, la sección denominada Recetario consta de varios cientos de breves párrafos, indicado cada uno de ellos por el dibujo o viñeta de una estrella de ocho puntas en el margen izquierdo, tal como nosotros destacamos párrafos con asteriscos.

## ***Las ilustraciones del manuscrito***

El Manuscrito Voynich presenta otras ilustraciones: un dragón comiendo la hoja de una planta (f25v), dos serpientes o gusanos entre las raíces de la planta de otro folio y varios pájaros (en vuelo o posados en el nido) en f86v3. En el folio f79v vemos un pez, una iguana, un felino no identificado y otro animal cuya naturaleza es difícil de establecer. Una de las páginas de la sección Farmacéutica muestra un raro animal parecido a una rana.

La sección Astronómica muestra al Sol en numerosas ocasiones (f67v2, 1; f68r1, 2; f68vl y f85r2), así como imágenes de la Luna (en f67rl; f67v2; f68r1, 2, 3; f70r2 y f86v4) y de estrellas e incluso de lo que podrían ser constelaciones en los folios 67 y 68.

Hay también algunos mapas estilizados, a la manera de los mapas esquemáticos medievales. Tienen la forma de un círculo dividido en dos mitades, con una de ellas dividida a su vez por la mitad. Las tres secciones resultantes se refieren a los tres continentes conocidos antes de 1492: Europa, Asia y África. Hay dos completos en f68v3 y f86r6, y uno a medio terminar en f86v3.

Entre las singularidades del libro podemos hacer notar también que en el f l 7r se ven raíces con ojos. En 57v se observa un garabato (posiblemente el número 17). En 86r6 hay un castillo románico con una torre, y en el f66r se ha dibujado una persona muerta —podiera tratarse de una mujer— con pequeños objetos a su alrededor, y una inscripción alemana que ha sido identificada por A. G. Watson.

Aunque no hay prácticamente símbolos relativos a ninguna religión entre las páginas del Manuscrito Voynich, en uno de los folios se ve a una mujer sosteniendo un crucifijo (f79v), iluminada desde arriba por una especie de luz divina. También puede tratarse de lluvia. En la página f82v se encuentra un arco iris, con lo que sumarían dos los fenómenos meteorológicos retratados en el libro.

Aunque la mayoría de las imágenes fueron pintadas a la acuarela, algunas de ellas parecen haber sido confeccionadas con crayón o con lápices grasos o de cera.

## ***La Carta Marci***

Como ya hemos dicho, el Manuscrito Voynich no estaba solo en el momento de su redescubrimiento: entre sus folios el librero lituano halló una carta manuscrita, que ha

acompañado al volumen hasta el día de hoy. Afortunadamente, la carta sí estaba escrita en un lenguaje comprensible: el latín.

La misiva está firmada por una persona conocida, y dirigida a uno de los hombres más célebres de su tiempo. Su tema es el propio manuscrito, y está fechada en 1666. Se la conoce como la Carta Marci.

Sin embargo, no es la primera carta que se escribió sobre el Manuscrito Voynich: hubo otras tres y, curiosamente, todas estaban dirigidas al mismo hombre: Athanasius Kircher. De las cuatro cartas dirigidas a Kircher acerca del manuscrito incomprensible, una de ellas se ha perdido y desconocemos su contenido. Conservamos las otras tres, que nos vuelven capaces de reconstruir parcialmente los avatares del volumen.

Las tres misivas que existen hoy día representan, en sí mismas, piezas bibliotecológicas e historiográficas interesantísimas por derecho propio, y no existe controversia alguna acerca de su autenticidad ni de su casi contemporaneidad con la fecha de composición del Voynich. Sin embargo, la Carta Marci es la más importante de las tres por dos motivos: en primer lugar, porque descansó entre las páginas del propio manuscrito durante siglos y, en segundo término, porque ofrece una teoría acerca del origen y autoría de la obra.

El autor de la Carta Marci se llamaba Johannes Marcus Marci de Cronland, y era entonces el rector de la Universidad de Praga. Es la tercera carta de la serie conservada y la segunda que Marci escribió a Kircher sobre el mismo asunto. Su original se encuentra en la misma Biblioteca Beinecke, junto con el manuscrito y como anexo suyo, y lleva el número de catálogo MS 408A. Siendo su autor quien era, la carta está escrita en un latín cultísimo, y resulta fundamental, por los detalles inéditos que ofrece, analizar su contenido.

Comienza diciendo:

Reverendo y distinguido Maestro, Padre en Cristo: este libro, que heredé de un amigo íntimo, estuvo destinado a ti desde que llegó a mis manos, mi muy querido Athanasius, porque estoy convencido de que nadie más que tú será capaz de leerlo.

De este primer párrafo deducimos una inmensa confianza del autor hacia la supuesta capacidad de Athanasius Kircher para descifrar el contenido del documento («nadie más que tú»).

Y continúa:

El propietario anterior de este libro pidió una vez tu opinión por carta, copiando y enviándote un extracto del libro, del cual pensaba que serías capaz de leer el resto, pero en aquel momento no quiso remitirte el libro en sí.

Aquí nos enteramos de que Marci se considera dueño del manuscrito y de que sabe que no ha sido el primero. Con respecto a la afirmación de que el anterior poseedor del Voynich «pidió una vez» la opinión de Kircher, ya veremos que se trata de un error de Marci.

Dos párrafos más abajo, comienzan las revelaciones de datos trascendentales:

El maestro de idioma bohemio de Fernando III, el Señor Doctor Rafael, me ha informado de que el libro antedicho perteneció al emperador Rodolfo, que pagó por el libro a su anterior poseedor la suma de 600 ducados. Él creía que su autor era el inglés Roger Bacon.

Los célebres personajes históricos mencionados por Marci nos llevan de lleno, por vez primera, a la historia real de Europa durante ese período. Fernando III, emperador del Sacro Imperio Romano, era hijo de Fernando II. Éste era, a su vez, primo de Rodolfo II. Todos ellos pertenecían a la Casa de Habsburgo. De modo que Marci parece creer que el libro perteneció a Rodolfo, y que pasó en cierto momento a formar parte del patrimonio de Fernando II. Fernando III, coronado emperador en 1637, en plena Guerra de los Treinta Años, debe de haberlo mostrado a su profesor Rafael, y éste se interesó lo suficiente como para averiguar entre los Habsburgo acerca de la procedencia del libro. Los 600 ducados que Marci dice que Rodolfo pagó por él eran una gran suma en aquellos tiempos. Según el investigador Gordon Rugg, esa cifra representaría hoy una suma superior a 40.000 euros. El célebre Código de Viena, también llamado *Juliana Anicia* o *Dioscórides*, fue vendido por aquellos tiempos en sólo 100 ducados.

Sin embargo, la cuestión capital estriba en la frase siguiente: Rafael creía que el autor del libro era el inglés Roger Bacon. ¿Roger Bacon, el franciscano del siglo XIII? ¿Es posible que el monje haya sido el misterioso autor del manuscrito?

Estamos, otra vez y como va a sucedernos repetidamente en la historia del Voynich, ante interrogantes que sólo podrán dilucidarse mediante el análisis minucioso de la realidad histórica externa al libro.

La Carta Marci concluye de esta manera:

Quedando a las órdenes de Su Reverencia, Johannes Marcus Marci de Cronland. En Praga, a 19 días de agosto del Año del Señor de 1666.

Así finaliza la segunda comunicación entre Marci y Kircher, que nos otorga dos piezas fundamentales de información: las atribuciones de la autoría de la obra a Roger Bacon en primer término y, segundo pero no menos importante, de la anterior propiedad del manuscrito a los emperadores de la dinastía Habsburgo y, más concretamente, su adquisición por parte de un soberano del cual se afirma que

algunos de sus máximos intereses consistían en ejercer el mecenazgo de artistas y científicos y en coleccionar enanos.



## El coleccionista de enanos

### *Una época convulsa*

La historia de los tiempos en que fue producido el Manuscrito Voynich constituye, a la vez, la crónica de una de las épocas más violentas, trágicas y oscuras de la historia de Europa.

La caída del feudalismo para ser reemplazado por una economía embrionariamente capitalista no fue capaz de mejorar la situación social de la inmensa mayoría de la población, que vivía aún de la agricultura. Sin embargo, en el campo de la cultura (al menos la reservada a una minoritaria élite de intelectuales cercanos a los tronos), la situación cambió con la aparición de una nueva escuela científica que, por primera vez en la historia, se atrevió a cuestionar el conocimiento aristotélico para llevar la ciencia humana a una nueva dimensión. Fueron los tiempos de Giordano Bruno, René Descartes, William Harvey, Galileo Galilei, Leonardo da Vinci, Isaac Newton y Baruch Spinoza. En este período, que arranca en el Renacimiento (siglo XVI) y alcanza su plenitud en el Barroco (siglo XVII), tuvieron lugar las terribles guerras entre católicos y protestantes, los grandes eventos que provocaron la crisis de la monarquía inglesa, la decadencia del Imperio español y la primera y sangrienta guerra mundial de los tiempos modernos: la Guerra de los Treinta Años.

### *La Guerra de los Treinta Años*

La Paz de Augsburgo, que en 1555 había establecido un período relativamente tranquilo, tenía por premisa el irracional e irreal hecho de que los pueblos estaban obligados a seguir las religiones de sus gobernantes, algo que ningún documento, tratado ni legislación logró jamás. Además, sólo dos religiones estaban contempladas en la Paz de Augsburgo: la católica y la luterana, es decir, las dos religiones de los principales soberanos alemanes. Los redactores del armisticio no pensaron en que, a finales del siglo XVI y comienzos del XVII, una nueva forma de cristianismo —el calvinismo— vendría a tomar entidad en Alemania y a poner en riesgo el delicado y

frágil equilibrio logrado con tanto esfuerzo entre las partes en conflicto. El calvinismo, pues, llegó para sumarse a los esfuerzos por obtener un retazo del poder y del dinero y, a ser posible, por lograr la hegemonía religiosa sobre Alemania.

La Casa de Habsburgo, de origen católico y orientación jesuita, pretendió desde un principio acaparar el poder sobre la fe y el estado, alentando la esperanza de fundar un imperio paneuropeo que comenzara en la Alemania Habsburgo y católica y terminara en la España también Habsburgo y católica. Solamente había un problema: existían en medio otras potencias, como los reinos escandinavos —que no eran católicos— y la poderosa Francia, que temía quedar atrapada como una isla rodeada del potencial imperio jesuita, ya que, aunque católica, no estaba gobernada por Habsburgos sino por Borbones.

En medio de este clima de tensión política y religiosa, un pequeño y supuestamente localizado conflicto entre dos estados Habsburgo, que debió haber sido resuelto rápidamente y sin dolor, desencadenó una de las guerras más largas y crueles de la historia mundial.

Maximiliano de Habsburgo, duque de Baviera, trató de separar los intereses de su casa de los de la Iglesia católica y de conservar las regiones de Bohemia, Moravia y Austria como patrimonio exclusivo de su dinastía. Una revuelta en Bohemia, la deposición de su soberano Habsburgo y la subsiguiente coronación de un rey protestante provocaron el inicio de las hostilidades. La Guerra de los Treinta Años había comenzado, poseedora de una triple naturaleza. Fue, en primer lugar, una guerra internacional entre la Casa de Austria católica por una parte y sus enemigos daneses, suecos y holandeses protestantes —más los preocupados franceses— por la otra. En segundo lugar, fue una guerra civil alemana: los reyes germanos se levantaron en armas a favor o en contra (o alternativamente una y otra cosa) de los Habsburgos, sumando la miseria del conflicto interno a la destrucción del externo. Por último, se trató también de una guerra de religión, con los católicos por una parte y los luteranos por la otra, y un tercero en discordia —el calvinismo— apoyando a unos o a otros según sus intereses del momento y la dirección del viento de guerra.

## ***Rodolfo, el sobrino de Felipe II***

Rodolfo II, el monarca mencionado por Johannes Marci en su carta a Kircher, vino al mundo en este contexto histórico. Hijo primogénito de Maximiliano II de Habsburgo y la reina María de España, hija a su vez del emperador Carlos, Rodolfo nació en Viena al atardecer del 18 de julio de 1552, y estaba destinado a convertirse con el tiempo en emperador del Sacro Imperio Romano.

Rodolfo es extremadamente importante en la historia del manuscrito, porque bajo su reinado y gracias a la información suministrada por la Carta Marci, el Voynich entra por primera vez en la historia real y registrada.

El pequeño Rodolfo creció como un niño cultivado y curioso, aunque dado a extraños arranques de melancolía, furibunda ira y largos períodos de misantropía extrema. Quienes lo conocieron lo describen como culto e inteligente, de naturaleza muy parecida a la de su augusto tío, Felipe II de España. Es posible relacionar los problemas de personalidad de Rodolfo con un importante hecho de su historia familiar: tanto su padre como su madre eran nietos de Juana de Castilla, conocida como Juana la Loca, hija a su vez de los Reyes Católicos. Como Juana, la madre de Rodolfo mostró durante toda su vida una acusada tendencia a la depresión y la tristeza; es posible especular acerca de un desorden mental o emocional hereditario en la familia del niño, que acaso se remontase a los tiempos de Colón.

María tuvo dieciséis hijos con Maximiliano, aunque se dice que nunca los quiso, rara vez los abrazaba y su actitud hacia ellos fue siempre —y en el mejor de los casos— fría e indiferente. La reina española se negó terminantemente a germanizarse, y la única persona con la que guardaba una relación estrecha era con su hermano, Felipe II, rey de España. El conflicto se desató pronto entre ella y su marido por esta causa.

Felipe nunca vio con buenos ojos que sus sobrinos se convirtieran en alemanes hechos y derechos (y el avance del protestantismo en las cortes alemanas no era la menor de sus preocupaciones), por lo que alrededor de 1563 comenzó a reclamar a su hermana que enviara a sus hijos mayores a España para darles una educación acorde con la tradición española y las enseñanzas del general Ignacio de Loyola y la Compañía de Jesús. María planteó la cuestión a su marido, pero Maximiliano dudaba y no quería dejar ir a los niños. La reina insistió, convencida de que cualquier principio o concepto protestante que la corte de Viena les hubiese inculcado sería arrancado como una mala hierba a través de una larga permanencia en la estricta corte católica de Felipe II.

Así, Rodolfo, de once años, y su hermano Ernesto, de diez, fueron enviados con su tío, quien los recibió en marzo de 1564. Acompañaban a los niños dos cortesanos de Maximiliano: Wolfgang von Rumpf y el conde Adam von Dietrichstein. El rey, serio, grave, melancólico y siempre vestido de negro, observó desde un principio con atención al pequeño Rodolfo, inclinado a la fantasía y a la pena, grave, serio y vestido también de oscuro, y enseguida reconoció en él a un igual. De inmediato comprendió que había una sola manera de extirpar de raíz cualquier contaminante influencia que el protestantismo pudiera haber imbuido en los pequeños, y envió a los hermanitos al severo monasterio de Montserrat, enclavado en medio de las montañas catalanas. Sólo salieron de él al verano siguiente, para pasar unas vacaciones en el palacio de verano de Aranjuez.

Felipe II, de físico enfermizo, sufría de fiebres por esos días, de modo que delegó el cuidado de Rodolfo y Ernesto en su esposa y su hermana menor. Ellas organizaban expediciones de caza con ambos niños, mientras que el monarca, ya muy encariñado con el mayor de los dos, los convocaba cada noche al lado de su lecho de enfermo para verlos bailar, oírlos cantar o deleitarse con los progresos que los muchachos

evidenciaban en el arte de la esgrima.

Cuando murió su esposa, el monarca mandó traer de Viena a los tres hermanitos que seguían a Rodolfo y Ernesto. Entre ellos se encontraba Ana, en la que el rey posó los ojos y que poco tiempo después se convertiría en su cuarta esposa y, en consecuencia, reina de España. Corría el año 1570, Rodolfo estaba a punto de cumplir dieciocho años, y Felipe lo llevó consigo en un viaje a través de toda la España meridional. En la primavera siguiente, los dos hermanos mayores recibieron permiso para visitar su lejana Viena por primera vez desde su exilio. Hacía seis años que Rodolfo y Ernesto faltaban de su tierra natal y que no veían a sus padres.

La enorme alegría de retornar al hogar llenó de lágrimas los ojos de los jóvenes, pero su vida, y muy especialmente la de Rodolfo, jamás volvió a ser la de antes. La larga estancia en la estricta etiqueta y la profunda seriedad de la corte de Felipe los había marcado para siempre.

### ***Rodolfo II, el nuevo emperador***

Para el emperador Maximiliano fue muy fuerte la impresión que recibió al reencontrarse con sus dos hijos mayores después de tantos años. Habían perdido la alegría campechana y todo en ellos le recordaba a Felipe II: el frío orgullo, los vestidos negros, el habla parca, cortante y lacónica, la gravedad y la sensata reticencia a la broma y la sonrisa que por aquel entonces campeaba por todos los Habsburgos ibéricos. Desesperado, creyó que ordenando a sus muchachos que *cambiaran de humor y continente* podría retornarlos a su estado anterior. Estaba equivocado.

Las tentativas de Maximiliano no se basaban sólo en un mero capricho: el emperador estaba enfermo, muy enfermo. Sufría de cálculos renales que le provocaban espantosos cólicos, pasaba mucho tiempo postrado por los insoportables dolores del gotoso y acababa de sufrir varios infartos. Además, una relación clandestina le había transmitido también la sífilis, y sentía por momentos que la cabeza se le iba. La muerte rondaba su alcoba, él lo sabía, y necesitaba imperiosamente un sucesor. Rodolfo debía ser su heredero natural, pero Maximiliano no deseaba ver a un nuevo Felipe II en miniatura sentado en el trono del Sacro Imperio.

No había, sin embargo, ninguna alternativa. Tenía poco tiempo: en 1572 organizó las cosas para que Rodolfo fuese coronado rey de Hungría y poco más tarde lo nombró rey de Bohemia. En 1575 Rodolfo heredó también el trono de Alemania. Pero le faltaba lo más importante: Alemania constituía la esencia del Sacro Imperio Romano, y el joven primogénito no ocupaba aún el trono del Rey de los Romanos, título tradicional del emperador germánico. De manera que Maximiliano convocó a la Dieta para que se reuniese en Ratisbona y entregara oficialmente el Imperio al

muchacho. Maximiliano dejó Viena junto con todos los suyos para aventurarse a Ratisbona, pero en el camino se sintió enfermo. Ya en la ciudad, su estado empeoró, aunque su mejoría no fue más que el preludio de la futura tragedia. María le rogó que tomara los últimos sacramentos al estilo católico. Rodolfo llegó junto al lecho de muerte de su padre justo a tiempo para cerrarle los ojos el 12 de octubre de 1576. Dos semanas más tarde, los electores de la Dieta proclamaron a Rodolfo nuevo emperador. Tomó el nombre imperial de Rodolfo II, y fue coronado el 1 de noviembre.

Los años de estudio y disciplina entre sus parientes españoles no habían hecho más que acrecentar la inteligencia y las grandes dotes del joven emperador. Con tan sólo veinticuatro años, debió hacerse cargo de los difíciles asuntos del Estado, sacudido por lo que se pensaba que eran todas las calamidades posibles: las tropas turco otomanas invadían las fronteras, los terremotos sacudían el territorio hasta derrumbar la mismísima Viena, e interminables y sucesivas epidemias de peste azotaban a la población, matando a miles y miles de súbditos. Parecía que los Cuatro Jinetes se habían propuesto desmembrar al Sacro Imperio apenas sentado Rodolfo en el trono. A pesar de ello, todos los indicios apuntaban a un reinado exitoso. Rodolfo demostró ser un estadista con bastante talento, reaccionando rápido y casi siempre bien a cada desafío, excepto, tal vez, a las disputas religiosas que después de su muerte degenerarían en la Guerra de los Treinta Años.

Rodolfo era el modelo del noble ilustrado de su siglo: hablaba cinco idiomas a la perfección, sabía de matemáticas y le apasionaban las ciencias. Tenía un gusto artístico bien desarrollado, y coleccionaba cuadros de Brueghel el Viejo y de Correggio. Sus afanes científicos le indujeron a recibir en su castillo al astrónomo observacional danés Tycho Brahe (el más grande de los astrónomos pretelescopios), a quien cedió el castillo de Uraniborg y mantuvo hasta el fin de su vida para permitirle recolectar sus minuciosos datos astronómicos. Las observaciones de Tycho, conocidas técnicamente como «efemérides», fueron las más perfectas realizadas hasta ese momento, y constituyeron la herramienta crítica para que el alemán Johannes Kepler, ayudante y heredero científico de Tycho, encontrara en ellas las regularidades que le permitieron enunciar sus célebres Tres Leyes, base y corazón de la moderna mecánica celeste y clave para nuestra comprensión actual de la estructura del Universo. Tycho bautizó sus efemérides, en honor de su mecenas, como Tablas Rudolfinas, y así se las conoce hasta el día de hoy. Cuando el primo de Rodolfo, el archiduque Fernando, expulsó a Kepler de su provincia por causa de su filiación protestante, Rodolfo no tuvo problema en recibirlo en Uraniborg y ponerlo al servicio de Tycho, con lo cual el soberano se convirtió, indirectamente, en responsable de las Rudolfinas y padre putativo de la mecánica celeste.

## ***Personalidad y traumas de Rodolfo II***

A pesar de estos éxitos, el emperador sufría por dentro, y su conflicto interno comenzaba a notarse. Padecía de un grave complejo a causa de su desmedida fealdad, y su trauma lo afectaba sobremanera. A corta edad había perdido todos sus dientes, y debía ser alimentado con papillas y comidas blandas o trinchadas como para un niño de pecho. Su labio inferior prominente y colgante, típico de los Habsburgos y heredado de Zymburgis (1394-1429), esposa de Hernesto el Férreo, lo hacía sentir desdichado, y su enorme mandíbula y sus piernas cortas y curvadas completaban un aspecto más bien grotesco antes que regio. Para colmar su infelicidad, su vida sexual era bastante extraña: se ha documentado que se sentía atraído sólo por niños y niñas muy jóvenes, siendo asistido sexualmente, además, por una joven llamada Katharina Strada. Es posible que Rodolfo fuese homosexual, y que alguno de los jovencitos por los que se inclinaba le hubiera contagiado de sífilis.

Desde el mismo momento de su regreso de España, el joven Rodolfo fue tornándose más y más melancólico, más y más introvertido, y estos trastornos eran ya muy serios el año siguiente a su coronación (1577). Fue entonces cuando Rodolfo sufrió su primera crisis emocional, que le impidió durante los años siguientes abandonar siquiera su castillo. Cuatro años permaneció voluntariamente aislado, tan deprimido que todo el Imperio temía por su vida. Alrededor de 1582 decidió abandonar Viena para vivir en Praga; allí trabó relación con los astrónomos profesionales y comenzó a pasar las noches en vela observando las estrellas. También data de esta época su pasión por los objetos y libros raros. Su anticuario oficial, un tal Strada, padre de su amante Katharina, comenzó a suministrarle antigüedades para su creciente colección. Aparentemente, el trastorno mental que sufría Rodolfo no le permitía diferenciar entre la ciencia verdadera y la magia o la superchería, ya que mientras Tycho se afanaba en los jardines del castillo elaborando sus Rudolfinas y Giordano Bruno discutía sobre teología en su salón, su emperador, amo y mecenas mezclaba extraños elixires en la cocina de una oscura torre de su castillo de Hradschin, buscando la fuente de la eterna juventud. En los bosquecillos del castillo Rodolfo criaba tigres, y ordenó a sus oficiales que reuniesen por todo el Imperio gigantes suficientes para formar un regimiento de ejército al completo. Los médicos de todo el reino buscaban para él los niños que naciesen enanos y se los llevaban, porque el soberano estaba decidido a poseer una colección de enanos acondroplásicos, liliputienses e hipotiroideos tan grande y variada como fuese posible.

La situación comenzó a deteriorarse aún más en 1590. Los ataques de ansiedad, aislamiento y furia comenzaron a hacerse cada vez más frecuentes, y el carácter enfermizo de Rodolfo y su malhumor se acentuaron. Decía tener miedo de que su familia interfiriese en sus decisiones de Estado (lo que era inevitable, pues su patología ya casi no le permitía tomar decisión alguna) y esta paranoia degeneró en un salvaje miedo a que uno de sus parientes intentara asesinarlo. Interminables orgías con Katharina, jovencitas y muchachos lo dotaron de seis hijos ilegítimos, feos y

extraños como su padre, de los que nunca se ocupó. Empezó a guardar los fondos públicos y el oro bajo llave en arcones secretos, y la mismísima corte de Praga sufrió hambre por este motivo, ya que los intendentes no disponían de efectivo para comprar alimentos. El Rey de los Romanos comenzó nuevamente a retirarse del mundo, y, en un momento de la Historia en que de sus decisiones dependían asuntos tan complejos como las guerras entre protestantes y católicos y las siempre presentes amenazas de otomanos, suecos y franceses de hacerse con el control de Alemania, Rodolfo dejó de atender a los embajadores extranjeros, tanto amigos como enemigos, y a negarse a dirigirles la palabra. Expulsó del Imperio a un embajador que insistió en exceso para ser recibido, y puso una daga en la garganta de uno de sus propios ministros, que se había atrevido a discutir sus órdenes. Dejó de recibir a los nuncios papales y sin embargo, a pesar de haber sido criado como católico, continuó escuchando a los emisarios protestantes. Ello le valió, como era de esperarse, también la enemistad de Roma y el clero.

Rodolfo empeoraba y el Imperio, una vez más, corría el riesgo de quedarse sin herederos. Su hermano Ernesto murió en 1595, cuando Rodolfo era ya un recluso de sí mismo. El hermano varón que los seguía, Matías, se convirtió, pues, en el heredero al trono imperial. El problema consistía en que no se trataba de un hombre talentoso como sus dos hermanos mayores, sino que era torpe, terco, ambicioso, proclive a los vicios e intrigante. A la muerte de Ernesto, Matías llevaba ya años y años conspirando contra Rodolfo, hecho que no era desconocido por el emperador. Rodolfo buscó y ejerció todas las formas posibles de degradar e insultar a su hermano, quitándole primero sus posesiones y dinero efectivo, privándole después de todos sus títulos nobiliarios para hacerlo plebeyo y negándole hasta el permiso para contraer matrimonio, a pesar de que Matías contaba ya treinta y ocho años de edad.

Rodolfo continuaba soltero a sus cuarenta y tres años. Su madre María deseaba que se casase de una vez, para dotar al Imperio de un heredero legítimo, y designó como prometida de Rodolfo a su sobrina española Isabel. Sin embargo, parece ser que los efebos seguían ejerciendo sobre el emperador una atracción superior a la que le provocaban las muchachas, de modo que el emperador se valió de excusas y pretextos para postergar su boda interminablemente. La infanta Isabel, por su parte, harta de esperarlo, se casó con otro de los hermanos menores de Rodolfo, el príncipe Alberto, un cardenal que al conocerla abandonó los hábitos. María de España, que había pasado a Madrid al morir Maximiliano para sobrellevar su viudedad entre los suyos, escribió carta tras carta a su primogénito incitándole a casarse, pero no lo consiguió. A pesar del desinterés de Rodolfo por su prima española, su egoísmo no vaciló en hacerle armar un escándalo cuando se enteró de su boda con Alberto. Tras esta boda, se entregó aún más a sus fiestas íntimas con sus dos amigos, Philip Lang y aquel Von Rumpf que lo había acompañado a la corte de Felipe II.

Al mismo tiempo, la vida en el castillo de Praga se volvía intolerable para todos. Los hijos de Rodolfo y *Katharina* se comportaban de manera tan demente como su

padre. Uno de ellos, Julio César, señor de Krumau, con toda certeza heredó la locura tradicional de su familia. Presa aparentemente de un ataque de demencia, comenzó un día a disparar con un arma de fuego contra todo el que se le pusiera delante, hiriendo de gravedad a uno de los mayordomos. Ante las serias y graves protestas de la servidumbre, Rodolfo se vio obligado a hacerlo encerrar. Ya liberado, el muchacho formó concubinato con una amante. Repitiendo con mayor gravedad los ataques de furia de Rodolfo, Julio atacó una noche a la muchacha con un cuchillo, y la arrojó, sangrando, por una ventana del castillo. La joven sobrevivió de milagro, mientras los sirvientes, asustados por la impredecible conducta de padre e hijo, comenzaron a huir de la corte y del castillo. Cuando la amante de Julio se recuperó de sus heridas, el joven le ordenó que regresara. Como es lógico, el padre de la joven se negó a dejarla partir. Julio, que había tomado el control de la casa, hizo prender al hombre y lo condenó a muerte, con lo que consiguió que la niña volviese a su lado para salvar la vida de su padre cinco semanas después de haber estado a punto de matarla. A pesar de que la joven cedió a sus demandas, en cuanto Julio la tuvo a su alcance, cayó en una especie de frenesí homicida: la apuñaló en el vientre, le sacó los ojos, le cortó las orejas, le arrancó todos los dientes a puñetazos y le aplastó el cráneo a puntapiés. Ya muerta, Julio dedicó más de tres horas a una siniestra labor de carnicero: cortó en trozos el cadáver, separó la carne de los huesos y diseminó los restos por toda la habitación. Al día siguiente, recompuesto en apariencia, ordenó que se envolvieran los despojos en finas mortajas de lino. Arrasado en lágrimas, él en persona clavó la tapa del ataúd y guio a la solemne procesión fúnebre hasta el lugar del descanso definitivo de la chica. Hijo del emperador o no, menos de un mes después del horrendo asesinato Julio César fue juzgado, encontrado culpable de homicidio y sentenciado a prisión perpetua. Nunca más salió de su celda, donde murió solo y loco a los veinticuatro años de edad.

Mientras tanto, el humor de Rodolfo oscilaba entre la alegre actividad y una profunda tristeza, ataques de rabia y violencia y una cada vez más acusada manía persecutoria. Como estaba totalmente ausente, su amigo de la infancia y ahora primer ministro Von Rumpf poco a poco comenzó a tomar el control de los asuntos del Imperio, lo que, por supuesto, sólo logró convencer a Rodolfo de que su compañero conspiraba contra él para matarlo y arrebatarle el trono. Lo echó y lo volvió a llamar en varias oportunidades. Luego, comenzó a despedir a los sirvientes y a expulsar de Praga a los cortesanos. Finalmente, cuando la plaga llegó a la ciudad, él mismo terminó por escapar, internándose, solo, en un castillo de Pilsen. Ataques de insuficiencia respiratoria y extrema manía marcaron aquel año entero de aislamiento, durante el cual el emperador alternó los ataques de pánico con períodos de calma casi normales. En junio de 1600 decidió regresar a Praga y durante un tiempo se comportó como si nada hubiese ocurrido, mas pronto comenzó a sufrir de alucinaciones, ataques de llanto y trastornos obsesivo compulsivos. Se hacía servir la comida en soledad, siempre por el mismo sirviente, siempre en el mismo plato, la misma comida



en el mismo rincón de la misma habitación. Gritaba que lo habían envenenado, o hechizado, o ambas cosas a la vez. Intentó suicidarse en más de una oportunidad, una de ellas rompiendo el vidrio de una ventana y clavándose un gran trozo en la garganta. Apenas recuperado de sus heridas, expulsó definitivamente a Rumpf, dejó de aparecer en público, hizo tapar con paños negros las ventanas y las galerías del castillo para que la gente del exterior no pudiera verlo, y a partir de allí se negó a tomar cualquier decisión de Estado. Tras la marcha de Rumpf, nunca más nombró un primer ministro ni volvió a convocar a los ministros, al Consejo, ni a delegar un asunto en nadie. Como consecuencia, es fácil imaginar que la administración central del Imperio quedó paralizada en momentos en que enemigos externos amenazaban sus fronteras y la guerra civil intentaba desmembrarlo. Jamás volvió Rodolfo a recibir a un pastor o a un sacerdote y le tomó un miedo cerval a Cristo y a los sacramentos. En este lamentable estado pasaría el emperador los trece años que le restaban de vida.

Éste fue el momento en el que Matías vio su oportunidad: se reunió con algunos seguidores, sus otros hermanos sobrevivientes y sus numerosos primos en el castillo vienés de Hofburg, y allí les expuso sus planes, convenciéndolos de que los protestantes planeaban un golpe de mano sobre el Imperio en vista de la incapacidad de Rodolfo. Los familiares, nobles y amigos no dudaron de que la amenaza fuera cierta (en verdad lo era), y en conciliábulo nombraron a Matías cabeza de la Casa de Habsburgo y Príncipe Regente. Al fin y al cabo, él era el mayor de los hermanos varones vivos de Rodolfo, y el más señalado de los herederos de la Casa de Austria. Para mayor contento, aparentaba esnu más o menos cuerdo. De modo que Matías reunió un gran ejército, y al frente del mismo marchó hasta las puertas de Praga y obligó a su hermano a renunciar a los tronos de Hungría, Bohemia y Moravia. Más tarde, el 11 de noviembre de 1611, Matías hizo firmar a Rodolfo su decreto de abdicación. Rodolfo dibujó trabajosamente su nombre y luego arrojó la pluma al rostro de su hermano. Matías sólo le otorgó una pensión, el derecho a usar la corona imperial y la posesión de Hradschin.

Allí, en su castillo de Hradschin, fue a vivir Rodolfo, solo y triste, rodeado de sus animales exóticos. Cuando su león y sus dos águilas negras murieron cayó en una nueva depresión y se dio obscenamente a la bebida. Se dice que nunca más se le vio sobrio. Contrajo una forma grave de hidropesía, y así murió, hinchado como un odre, en la mañana del 19 de enero de 1612, Rodolfo II de Habsburgo, el emperador que nos legó las observaciones de Brahe y las Leyes de Kepler, el hombre que tuvo en su mano la oportunidad de aplastar al Imperio turco, de terminar con las guerras de religión y, posiblemente, de evitar la monstruosa Guerra de los Treinta Años.

Así, de esa manera vil, rodeado de los cadáveres de tigres y camellos, ebrio y loco, se fue de este mundo el amigo del monje rebelde Giordano Bruno, el monarca a quien, a pesar de todo, el pueblo checo dedicó un monumento al que llamaban «El buen Señor» (*der Gute Herr*) porque durante su vida llevó a Praga a una época de fasto intelectual y de esplendor y desarrollo de las ciencias y las artes. Murió a los 66

años.

## ***Otras amistades de Rodolfo II***

La pasión de Rodolfo II por los libros y el conocimiento lo llevó a construir en su castillo de Praga una enorme biblioteca museo, la Kunstkammer, donde almacenaba numerosos manuscritos y documentos sobre astronomía, astrología, magia negra, alquimia y ocultismo.

Si prestamos crédito al testimonio de la Carta Marci (y no tenemos motivos para dudar de él, aunque nos falten otras pruebas documentales e instrumentales que lo confirmen), entre esos antiguos volúmenes se encontraba el Manuscrito Voynich. Sin embargo, la pregunta capital subsiste: ¿cómo llegó a manos del emperador el extraño libro? Marci informa a Kircher de que el monarca compró el libro por 600 ducados, pero no detalla a quién ni cómo.

Sabemos con certeza que, junto con científicos serios como Bruno, Kepler y Tycho, Rodolfo II solía codearse con charlatanes, magos negros y falsificadores, siempre dispuesto a comprar panaceas inexistentes, inventos inútiles y mentiras atractivas. Entre estos sabios, perdularios, investigadores, falsarios, artistas y holgazanes, se cuentan el académico y cortesano isabelino, mago negro, doctor y ocultista inglés John Dee y el aventurero, alquimista, falsificador, artista y mistificador Edward Kelley.

## ***John Dee, doctor y ocultista***

De sangre galesa e hijo del rico mercader de telas Roland Dee, John Dee nació en la Torre de la Guardia de Londres el 13 de julio de 1527 y es una de las más fascinantes figuras relacionadas con la historia del Manuscrito Voynich. Su padre era, además, caballero y sastre oficial de la corte de Enrique VIII. Su madre, Jane Wild, se casó con Roland cuando ella tenía quince años; tres años más tarde nació su único hijo, John.

El niño de ocho años ingresó en el colegio en Essex, y a los quince ya brillaba como estudiante en Cambridge. Aprendió latín y griego a la perfección y destacó en aritmética, geometría, filosofía y astronomía. Estaba hambriento de conocimientos, hasta el punto de estudiar durante dieciocho horas al día, con sólo cuatro para dormir y dos para comer. Su pasión era las matemáticas. Antes de graduarse en 1546, comenzó a hacer observaciones astronómicas por sí mismo, usando de un cuadrante y un retículo que él había diseñado y construido. Escribió que lo hacía porque los astros «operaban e influían» sobre la vida de los humanos. Esta creencia era común en su

tiempo, incluso entre los hombres de ciencia, aunque Dee se adelantó al proponer una explicación de esta influencia astral: dijo que los planetas emitían «rayos de fuerza» que actuaban sobre todos los cuerpos. ¿Qué es esta extraña idea más que una forma de definir la gravedad, una fuerza o aceleración en sí misma y mediante la cual todos los cuerpos celestes del universo se influyen mutuamente? Ciertamente Newton conocía los trabajos de Dee, creía como él en la magia, la alquimia y la astrología y había tratado de aproximarse a estos conceptos a través de las matemáticas, como Dee.

Cuando Enrique VIII decidió fundar el célebre Trinity College, el centro de investigación más grande de Cambridge, allí estaba Dee como uno de sus «hermanos fundadores». Mas John pronto consideró que la ciencia inglesa no estaba a su altura y viajó a Bélgica, donde conoció al cartógrafo y matemático Gerardus Mercator. De inmediato se hicieron grandes amigos, hasta el punto de que durante los tres años siguientes nunca estuvieron separados más de tres días. Durante su estancia en el continente, John Dee escribió dos libros de matemáticas. En 1550 ya se podía escuchar en París al joven de veintitrés años, dando conferencias sobre los *Elementos* de Euclides ante ansiosos auditorios que colmaban los teatros. Al año siguiente se le ofreció una cátedra de matemáticas en París, pero se negó a aceptarla, así como declinó un puesto de *lecturer*, o sea, profesor y conferenciante, en Oxford tres años después.

De regreso a Inglaterra, Dee ingresó al servicio del conde de Pembroke primero y del duque de Northumberland después. El interés que las «fuerzas de los astros» le provocaban le llevó a redactar un importante libro sobre las causas y comportamiento de las mareas, fenómeno del que hoy conocemos su relación con la ley de la gravedad.

La muerte del rey Eduardo VI trajo los primeros problemas graves para John Dee. Tras el fallecimiento del monarca, estallaron un enfrentamiento entre católicos y anglicanos y una guerra cortesana por la sucesión, conflicto que terminó cuando la reina María, católica practicante, se sentó en el trono. María estableció entonces una gran persecución contra los protestantes más conspicuos, y precisamente uno de los que fue a dar con sus huesos a la prisión fue el padre de John Dee, Roland, en agosto de 1553. Sólo se le liberó después de confiscar todos sus bienes y propiedades. Este hecho representó un considerable obstáculo para John. Él había planeado heredar una gran fortuna que le permitiera vivir sin trabajar para poder profundizar solamente en sus estudios. Pudo haber resuelto sus estrecheces financieras al serle ofrecido al año siguiente un puesto de matemático en la Universidad de Oxford, pero la baja opinión que Dee tenía de la ciencia británica no había mejorado con los años y rechazó la oferta.

Los tiempos eran difíciles para todos los científicos y particularmente duros en el caso de los matemáticos. Todo lo que tuviese que ver con las cuentas y el cálculo se asimilaba —en la mirada del lego, el profano y los jueces— con la *Kaballah*, la

numerología y otras disciplinas consideradas mágicas, demoníacas o heréticas. De hecho, junto con los libros de brujería los inquisidores quemaban los libros de matemáticas. De modo que Dee acabó siendo acusado del delito de «cálculo» y fue arrestado el 28 de mayo de 1555. A pesar de haber sido encontrado culpable de los cargos, fue puesto en libertad. Sin embargo, todos sus bienes fueron decomisados y subastados. El hambre se sumó a la tristeza por la muerte de su padre, cuya salud no logró recuperarse tras su estancia en prisión.

Ha sido imposible establecer cuáles eran, en un principio, las creencias religiosas de John Dee. Todo parece indicar que —fueran cuales fuesen— había evitado con cuidado manifestarlas, a fin de no tomar partido en la siniestra lucha religiosa que invadía Inglaterra y de no ser identificado con ninguno de los bandos en disputa.

No obstante, al poco tiempo de la muerte de su padre, parece que abrazó con familiaridad el catolicismo y comenzó a mezclarse en los asuntos de la corte de María y a frecuentar a los cortesanos. Resulta extraño que se reconciliara tan de repente con la religión y con el régimen que había arruinado y condenado al hambre tanto a su padre como a él. La católica reina María había arrojado a padre e hijo en prisión sólo por ser protestantes, y era indirectamente responsable de la muerte del primero. En esto se basan ciertos historiadores para afirmar que, en la corte de María, John Dee se comportaba como espía infiltrado por el bando protestante. Veremos que hay una amplia base para esta teoría.

Su costumbre de trabajar de forma permanente no se modificó en los años en que sirvió a María. El 15 de enero de 1556, Dee presentó a la reina los planes para la construcción de una grandiosa Biblioteca Real, que debía albergar una copia de cada libro publicado. Sin embargo, su soberbia visión de la suma de todo el conocimiento almacenada bajo la protección de la corona no fue aprobada por María. Sin entristecerse por ello, Dee consiguió financiación privada para su proyecto y fundó la Biblioteca por sí solo, poblándola de un catálogo de 4.000 libros que resulta impresionante aún hoy día y una tarea sobrehumana para un sabio de mediados del siglo XVI.

Dos años más tarde murió María, y fue reemplazada por la reina Isabel, protestante como Dee, que sin ningún problema acogió en su corte al matemático que había sido consejero de su vieja enemiga y reconocido militante católico. También este dato apoya la idea de que Dee estaba con María por orden de Isabel —para espiarla— y acaso éste fuera el motivo de que la reina anterior le negase los fondos para construir su biblioteca. Tal fue la confianza de Isabel con su astrónomo, que llegó a pedirle a Dee que hiciera uso de sus conocimientos matemáticos para designar, mediante la astrología, el día más favorable para su coronación. Semejante confianza en alguien tan claramente identificado con el bando opuesto induce también a presuponer una tarea de espionaje por parte de Dee.

El sabio, a los treinta y un años de edad, floreció y fructificó intelectualmente en la corte isabelina: decidido a aprehender las verdades fundamentales del universo,

estudió furiosamente durante cinco años, convirtiéndose en un experto en todas las ramas del conocimiento. Además continuó reuniendo libros para su fabulosa biblioteca. A pesar de todo, siguió pobre pues aunque Isabel lo respetaba y siempre pedía su consejo, rara vez lo recompensó económicamente. Dee llegó a ser tan pobre que debió volver a vivir con su madre para ahorrarse la renta. Allí se quedó, en la casa materna de Mortlake, rodeado de su colección de libros e instrumental astronómico, mapas, globos terráqueos —incluyendo un original construido por el propio Mercator— y numerosos relojes de precisión inédita en su época. Sabemos hoy que entre las ciencias que aprendió de principio a fin durante esos años (magia, astrología, astronomía y matemática avanzada), Dee se convirtió también en maestro de una disciplina que lo conecta con nuestro principal interés: el sabio inglés profundizó enormemente en el arte de la criptografía y en el desarrollo de códigos y claves secretas. Algunos de los sistemas que creó se siguieron utilizando durante muchos siglos.

En 1568 se publicó su libro *Propaedeurnata aphoristica*. La reina Isabel quedó tan impresionada que ordenó a Dee que le diese lecciones de matemáticas hasta que ella fuese capaz de comprender los avanzados conceptos del libro. La *Propaedeumata* es una equilibrada mezcla, normal para la época, de matemáticas y física serias por un lado y de astrología y magia por el otro. Mentes brillantes como Tycho, Kepler y Newton escribieron libros de este tipo. En el caso del libro de Dee, se trata de la primera obra en la que aparece el postulado que luego Galileo, Torricelli y Newton confirmarían y en el que el último basaría gran parte de su doctrina: cuerpos de masas distintas caen a la misma velocidad, y repite aquí su declaración de que cada objeto del universo ejerce una fuerza sobre todos los demás. Dee, como ya hemos visto, intuía la gravedad sobre la base de la cuidadosa observación de sus distintos efectos sobre el mundo material.

Tras editar y prologar una nueva edición de los *Elementos* de Euclides, Dee pudo ser testigo de la supernova de Tycho, la célebre SN1572. De inmediato publicó *Parallacticae commentationis praxosque*, donde explicaba los métodos trigonométricos (la paralaje) que con toda precisión le habían permitido medir la distancia a la que se encontraba la estrella en explosión. Tycho Brahe dijo del trabajo de Dee: «Es admirable».

Años antes, el navegante portugués Sebastián Gaboto había fundado una compañía naviera y de exploraciones junto con varios mercaderes y traficantes. Dee entregó a Gaboto su colección de instrumentos de navegación (algunos de Mercator, como se ha dicho) y se dedicó a instruir a los tripulantes de la flota de Gaboto en técnicas de navegación geométrica y cosmográfica. Cuando consideró que se habían convertido en expertos, en 1576, dio la orden de salida para la expedición. Dee se convirtió, de este modo, en uno de los responsables indirectos e imprescindibles del descubrimiento gabotiano de Estados Unidos y Canadá y su subsiguiente colonización. Las cartas náuticas de los conquistadores fueron elaboradas por Dee

según las enseñanzas que había recibido de Gerardus Mercator, y continuó como cartógrafo de Gaboto durante treinta y dos años. Incluso los mapas de los pasajes árticos eran fruto de la ciencia de Dee.

En ese mismo año de 1576 murió la segunda esposa de John Dee —con la que se había casado el año anterior—, y el sabio contrajo matrimonio en 1578 con su tercera mujer, Jane Fromand. Ninguno de los hijos de sus dos primeras esposas consiguió sobrevivir a la falta de asepsia y a la desnutrición de aquellos tiempos, de modo que Fromand llenó de alegría la vida del viejo matemático (que ya tenía cincuenta y un años) obsequiándole con ocho hijos.

En 1579, Jane Wild —sintiéndose enferma y a las puertas de la muerte— regaló a su hijo la casa de Mortlake, donde habían vivido juntos los últimos trece años. En 1580 la madre de Dee falleció.

Dee continuó trabajando seriamente sobre varias ciencias, aplicando especial énfasis a la astronomía y a su pseudociencia asociada, la astrología. En 1583 terminó de elaborar un modelo de almanaque que mejoraba el calendario gregoriano, adoptado por los países católicos el año anterior, tras la entronización de Gregorio XIII como papa. Sólo era menester, dijo, quitar once días del almanaque para poner el calendario de acuerdo con el año astronómico. Varios de los consejeros de Isabel revisaron los cálculos de Dee y descubrieron que el método era el correcto, y así se lo dijeron a la soberana. Sin embargo, el arzobispo de Canterbury se opuso, porque confundió el sentido de la reforma. Creyó que adoptar un calendario similar al católico convertiría en católica a Inglaterra, católica a Isabel y católicos a todos sus súbditos. Aconsejó a la reina contra Dee, y ésta rechazó el calendario. El modelo de Dee estaba basado en estrictas observaciones astronómicas y era, por tanto, mejor que el calendario gregoriano de su época, que se basaba en la fecha del Concilio de Nicea (325 d. C.). El rechazo de la reina provocó que Inglaterra conservara un calendario contrario al funcionamiento del Sistema Solar durante 169 años más. La reforma de Dee al calendario gregoriano fue adoptada en Inglaterra solamente a partir de 1752.

### ***Edward Kelley, alquimista y falsificador***

Al mismo tiempo que Dee era acusado de estudiar las ciencias matemáticas, nacía en Worcester un niño a quien, con el tiempo, el mundo conocería bajo el nombre de Edward Kelley, aunque su verdadero nombre era Edward Talbot. Estamos ante uno de los más extraños personajes que pueblan la historia del Manuscrito Voynich.

Muchas cosas se dijeron de Kelley en su tiempo: parecía poseer una gran riqueza en ciertas épocas y padecer una enorme miseria en otras; era tratado como un gran sabio en unas ocasiones y como un comicastro de pueblo en otras. Él justificaba estos avatares diciendo que no siempre disponía de la piedra filosofal y que su capacidad de convertir el hierro en oro estaba limitada a ciertos momentos por motivos

astrológicos.

En Lancaster ejerció como notario público, pero como fue costumbre en su vida, debió huir de la ciudad para escapar del cadalso al ser acusado —acaso con razón— de haber falsificado ciertos documentos. Kelley fue expulsado de la escribanía por este motivo, arrestado y luego desterrado. Sufrió además el castigo tradicional para estos delitos: la amputación de ambas orejas. Perseguido, se refugió en Gales. En este país sobrevivió —se dice— cobrando a los pobladores por mostrarles un manuscrito antiguo que nadie podía leer, y que contenía según Kelley una antigua y poderosa magia y una sobrenatural sabiduría. ¿Puede haber sido Kelley el propietario original del Manuscrito Voynich?

Por lo pronto, el exescribano decía que él sí podía leer el libro, que trataba, por supuesto, de la transmutación de los metales. Cuesta creer, sin embargo, que alguien capaz de transformar el plomo en oro perdiera sus orejas por falsificar documentos notariales a fin de hacerse con algo de dinero. Fuese o no cierto, explicaba a todo el mundo que el documento provenía del saqueo de una antigua tumba.

### ***John Dee conoce a Edward Kelley***

Dee conoció al falsificador Edward Kelley en marzo de 1582. En aquel momento, Kelley era ya una especie de mentalista o médium que proclamaba comunicarse con muertos, fantasmas, ángeles y espíritus a través de una bola de cristal. Dee había intentado cosas similares, por lo que, aunque su instinto científico lo previno al principio acerca de la poca fiabilidad de las afirmaciones de Kelley, terminó por dejarse convencer —a Newton le pasó algo similar en los últimos años de su vida—. Es evidente que Kelley sabía lo que hacía: para derribar las últimas defensas de la formidable inteligencia de John Dee apeló a su punto más vulnerable. Le insinuó que con el método de la bola de cristal podría conocer al fin las verdades últimas y ocultas del universo, secretos que le habían sido vedados en sus investigaciones físicas, matemáticas y astronómicas. Allí cesó toda resistencia por parte de John Dee, que muchas veces había sido acusado de mago negro y brujo sólo por estudiar matemáticas. Pues bien, esta vez lo acusarían con razón. Durante cinco años completos Dee sólo se dedicó a «conversar» con los ángeles a través de la esfera de cristal de Kelley, registrando en detalle cada diálogo en su diario personal. Uno de los consejos de los ángeles fue la conveniencia de efectuar un intercambio de parejas con el matrimonio Kelley. A juzgar por la amistad que los unió luego, esta tentativa tuvo un gran éxito. Dee anotó en su diario que, una vez más, el ángel tenía razón. En estos cuadernos, Dee se refiere a sí mismo como  $\Delta$  (el nombre de la cuarta letra griega, delta). Se trata de una ingeniosa broma que nos da la medida del sentido del humor de Dee. La letra  $\Delta$  representa en griego el sonido de la letra D, que en inglés se pronuncia *dee*, y además, se trata de un reputado símbolo mágico y alquímico.

Edward Talbot Kelley tenía aún cuentas pendientes con la justicia, de modo que urgió al doctor John Dee a abandonar Inglaterra, donde corría peligro.

Dee y Kelley viajaron por Polonia y Bohemia durante seis años. En el continente se convirtieron en magos e hipnotizadores itinerantes que daban exhibiciones públicas en plazas, teatros y palacios.

Alrededor de 1583, una dama inglesa llamada Johana Weston se mudó de su país de origen para vivir en la ciudad bohemia de Most. La acompañaban su esposo y su hija Elisabeth Jane Weston. El marido de Johana y padre de Elisabeth murió en Most, y la viuda conoció al poco tiempo a Edward Kelley, de quien se enamoró. Al casarse Kelley y Johana, Elisabeth se convirtió en hijastra de Kelley, que continuaba con sus demostraciones acompañado del doctor Dee.

La historia real del Manuscrito Voynich y las narraciones ficticias sobre la transmutación de metales y la piedra filosofal se imbrican aquí en una rara mezcla en la cual, más de cuatro siglos después, nos resulta muy difícil decidir la veracidad de cada elemento.

### ***El misterioso manuscrito de Kelley***

Aparentemente, Kelley poseía ya en Gales un famoso manuscrito incomprensible. Ignoramos si se trataba del Voynich, pero es menester transcribir aquí la historia que él contaba a sus oyentes antes de recibir de ellos unos peniques para echar un vistazo al libro.

Aseguraba Kelley que la antigua tumba en la que lo había encontrado era la de un rico obispo, que había sido enterrado con sus riquezas en los tiempos en que Inglaterra era católica. Por supuesto que bajo la piadosa María los sepulcros permanecieron inviolables, pero con la subida al trono de Isabel I —protestante—, llegaron el cierre de los monasterios, el decomiso de las propiedades de la Iglesia y la caída en desgracia del catolicismo en su conjunto. Entonces la inviolabilidad de los sepulcros de los católicos adinerados quedó tan sólo en una cuestión teórica. Todo buscador de tesoros o saqueador fue autorizado a buscar bienes en las tumbas, siempre que compartiera el producto de su profanación con la Corona y que lo hiciera al resguardo de la luz del día y con suma discreción.

De este modo, un saqueador de tumbas desenterró al pobre obispo. Cuáles no serían su sorpresa y desilusión al descubrir que en la tumba no había oro, sino sólo un viejo manuscrito y dos esferas de marfil muy pesadas. Pensando que podrían contener monedas, el ladrón las perforó, descubriendo que ambas eran huecas: una estaba llena de un polvo rojizo y la otra de uno blanco. Enojado, el hombre cambió a un tabernero las dos esferas y el libro por una botella de vino y se olvidó del asunto.

Kelley y Dee contaban que los tres objetos permanecieron en poder del dueño de la taberna durante muchos años, convirtiéndose en objetos célebres en la vecindad. El



patrón los mostraba a sus parroquianos, quienes se curaban de la extrañeza empinándose unas copas en su negocio.

Uno de estos bebedores era nuestro conocido Edward Talbot. A la primera mirada comprendió la importancia de las esferas y el manuscrito, pero no lo dio a entender ni dijo una palabra. Simulando ser un coleccionista de curiosidades, obtuvo del tabernero su tesoro por la suma de una libra esterlina.

Ya en Londres, consultó a su buen amigo el doctor Dee —mucho más versado que él en ciencias visibles u ocultas— acerca de cómo proceder con el extraordinario hallazgo. Dee reconoció en los polvos las célebres «tinturas blanca y roja», supuestamente usadas por los alquimistas para transmutar el plomo en oro. Llevaron a cabo un experimento en el taller de un orfebre, y tuvieron éxito. Tenían un buen motivo para huir (la justicia perseguía a Kelley) y el secreto más buscado (convertir el plomo en oro) de la historia, así que salieron de Inglaterra rumbo a Alemania, Bohemia y Polonia.

Llegados a Praga en 1585, Dee y Kelley oyeron hablar del interés del emperador Rodolfo por la alquimia y las ciencias ocultas. Se dice que Kelley, que necesitaba dinero para comprar bebidas, comenzó a usar las tinturas compulsivamente, a pesar de los razonables y sensatos consejos de Dee. Se gastaba el oro por los bares, jactándose de sus poderes de alquimista transmutador cada vez que bebía demasiado (es decir, siempre). Sus fanfarronadas lo hicieron conocido en toda Praga, y el dúo comenzó a ser invitado a efectuar demostraciones de sus habilidades en público. Kelley tomó la costumbre de regalar el oro obtenido a cada adulator que alabara su habilidad, e incluso algún noble —se menciona el nombre del señor de Rosenberg— recibió una muestra de los polvos.

Por fin, el médico personal de Rodolfo, Hagecius, organizó una noche una exhibición de los poderes de Kelley y Dee en su propia casa. Frente a varias importantes personalidades del Imperio, Kelley pesó una libra de mercurio. Disolvió unas partículas de sus polvos en un líquido y lo mezcló con el mercurio. Los asombrados observadores creyeron ver que el mercurio se transformaba... ¡en una piedra de oro!

### ***Dee y Kelley en la corte del emperador Rodolfo***

Kelley hizo buenas migas con Rodolfo II, quien creyó haber alcanzado, gracias a las artes de Kelley, el secreto más buscado por los investigadores de todos los tiempos. Al lado de Rodolfo, Kelley alcanzó la fama y la fortuna y fue ennoblecido: el rey lo nombró caballero de Bohemia, le invitó a quedarse en la corte y lo colmó de favores y regalos. Dee, por el contrario, y por motivos que se desconocen, siguió siendo plebeyo y acosado por el hambre y la pobreza.

Acaso el motivo haya sido que Dee no alimentaba las fantasías del rey y lo

contradecía, cosa que Kelley debía guardarse muy bien de hacer. Los testigos dicen que Kelley prometió al Rey de los Romanos que le enseñaría los secretos de la fabricación de las tinturas, ocultos entre las páginas del manuscrito —¿el Voynich?— que supuestamente poseía. El problema era que en realidad ni Kelley ni Dee podían leer los textos del libro, y los excesos del primero habían acabado ya con las existencias del polvo. Kelley dio largas al asunto contestando a las exigencias del rey con diferentes excusas, pero la situación pronto se volvió insostenible.

En efecto, parece ser que Dee nunca prometió nada a Rodolfo, porque la orden de captura que éste emitió estaba dirigida sólo contra Kelley. El estafador intentó huir, pero las tropas del rey lo capturaron en 1591 y lo encerraron en el castillo de Zobeslau.

Kelley suplicó al rey su libertad, prometiéndole cualquier pago si Rodolfo se compadecía de él. El rey accedió, pero sólo a cambio de que el británico le explicara todos los secretos contenidos en el manuscrito.

Dee ayudó a Kelley en los estudios subsiguientes, que llevaron a cabo en Praga con permiso del emperador. La leyenda cuenta que estudiaron multitud de manuscritos alquímicos y que incluso consultaron, mediante la bola de cristal de Kelley, al espíritu con el que  $\Delta$  había entablado una estrecha relación. Naturalmente, todo fue en vano.

La situación era grave: no podían entregar al rey lo que deseaba y tampoco podían escapar, porque Rodolfo había encargado a uno de sus hombres de confianza —un tal Georg Hunkler— la vigilancia de los dos magos y muy especialmente de Talbot Kelley. Una noche, posiblemente a causa de la desesperación, Kelley intentó escapar. Cuando Hunkler se interpuso e intentó detenerlo, el inglés lo apuñaló. Convicto ahora de homicidio, fue arrestado por segunda vez y alojado entre las rejas de las mazmorras de la torre del castillo de Zerner. En prisión compuso un extenso tratado sobre alquimia en latín, *Tractus de lapide philosophorum*, y se lo envió a Rodolfo II en 1596, pero eso no era lo que el rey le había pedido. Su libertad fue denegada. Quejándose amargamente de que un caballero de Bohemia estuviese arrestado en Bohemia, prometió por segunda vez enseñar al soberano a hacer su propio oro si lo ponía en libertad, pero —como es lógico— el emperador no cayó en la trampa nuevamente.

Dee, que no había sido arrestado, se compadeció de su amigo y escribió una enternecedora carta a su reina Isabel para que intercediera ante la ira de Rodolfo por la libertad de Kelley. Ella envió varios pedidos de clemencia por interpósita persona, pero no obtuvo respuesta.

Enterado de esto, Kelley decidió escapar. Consiguió o fabricó una soga, y una noche oscura intentó descolgarse por la ventana. La soga le quedó corta o se rompió; el hecho es que Kelley cayó desde una altura desmedida y se fracturó una pierna. Sus ayes de dolor atrajeron a los guardianes, quienes lo encerraron nuevamente y llamaron a los médicos.

La pierna de Kelley estaba destrozada sin remedio para la medicina de su época, y cuando comenzó a heder fue preciso amputársela. A los pocos días, la gangrena se extendió también a la pierna buena. A pesar de que se la amputaron enseguida, la septicemia había invadido el torrente sanguíneo y se extendía con feroz rapidez. Ya nada quedaba por hacer para ayudar a Kelley. Este extraño personaje falleció en su celda de Zerner el 1 de noviembre de 1597, a la edad de cuarenta y dos años. Su tumba no fue marcada y nadie sabe, hoy en día, dónde reposan sus restos.

Dee decidió volver a Inglaterra antes de la muerte de Kelley. Al regreso, descubrió desesperado que su biblioteca y su colección de instrumentos habían sido robados de Mortlake. Recurrió a la reina para que se le restituyese el importe de lo robado, así como los ingresos perdidos a raíz de su estancia en prisión. Se cree que la reina intentó compensarlo nombrándolo maestro de la Orden de la Cruz de San Juan, pero tal puesto requería de la aprobación del arzobispo de Canterbury, notorio enemigo de Dee desde los tiempos de la disputa por el calendario. Isabel no pudo convencer al religioso de que apoyara al doctor Dee. Finalmente, en 1596 fue nombrado guardián del Capítulo del Colegio de Manchester, con el único propósito de que se fuera de Londres de una vez por todas.

En 1605 Manchester fue golpeado por la peste negra, y la esposa de Dee y sus hijos murieron. El mago y científico regresó a Londres, donde falleció pobre y olvidado en su casa de Mortlake el 26 de marzo de 1609 a la avanzada edad de ochenta y un años.

### ***¿poseyeron Dee y Kelley el Manuscrito Voynich?***

Si las historias de las tinturas y el manuscrito quedan aún por comprobarse, sí se sabe con certeza que Rodolfo II creía que Kelley guardaba un secreto importante. Un poema contemporáneo cuenta cómo Rodolfo mandó buscar por toda Praga los remanentes de un producto químico que, supuestamente, Kelley poseía.

El libro que Kelley escribió en prisión, un estudio sobre la piedra filosofal, fue publicado en inglés, junto con otra obra suya, en Londres en 1652. El editor, Elias Ashmole, escribió más tarde que creía que el libro era en realidad la traducción de Kelley del manuscrito incomprensible hallado en la tumba del viejo obispo. Un alemán, Johannes Lange, publicó los mismos opúsculos en Hamburgo, pero esta vez en latín, bajo el engorroso título de *Eduardi Kellaei duo egregii de lapide philosophorum, in gratia filiorum Hermetis in lucem editi*. El volumen apareció en 1673 y fue reeditado en 1676.

A la muerte de Kelley, Rodolfo II ordenó confiscar todos sus bienes, y este extremo está completamente probado por los historiadores del Sacro Imperio y el reino bohemio. Si aceptáramos por un momento la historia de que el Manuscrito Voynich estaba en efecto en poder de Kelley a la fecha de su muerte, allí

encontraríamos una excelente explicación acerca del modo en que el libro cayó en manos del emperador.

La joven hijastra de Kelley, Elisabeth Weston, creció y se convirtió en una poetisa —célebre en aquella época— que firmaba bajo el nombre de «Westonia». A la muerte de su padrastro, madre e hija abandonaron Most y se mudaron a Praga. Las propiedades de Kelley, ahora confiscadas, les pertenecían también a ellas, por lo que su vida en ese período debió de ser muy dura. Acorraladas por la miseria y el hambre, encontraron refugio bajo la protección de un nativo de Most llamado Jiri (o Georg) Barthold de Breitenberg, conocido en la corte como Pontanus. Pontanus era nada menos que el coleccionista de libros y anticuario oficial de Rodolfo II. Se trataba de un jesuita devoto nacido en o alrededor de 1559, que había conseguido un título nobiliario de mano de Rodolfo en 1588. Lo primero que le llamó la atención fue la poesía de Elisabeth, ya que él mismo era poeta. Se trataba, asimismo, de un amigo de Sinapius, nombre latino de Jacopus Horcicky de Tepenec, personaje importante de nuestra historia y sobre quien volveremos más adelante.

Probablemente, Pontanus se enamoró de la madre o de la hija, porque casi de inmediato las llevó a vivir a su casa. Gracias a él la joven poetisa pudo seguir escribiendo y tal vez Pontanus le abrió las puertas de la fama. Con ayuda del anticuario, Westonia consiguió que Rodolfo le restituyera parte de lo confiscado a su padrastro Kelley en 1602.

Tiempo después, Westonia se casó, tuvo cuatro hijos que murieron en la infancia, y ella falleció en 1610 a la temprana edad de treinta años.

En cuanto a John Dee, su relación con el manuscrito podría probarse por el hecho de que Arthur, hijo de Dee, escribió en sus memorias que su padre poseía un libro ilegible, lleno de jeroglíficos, y que disponía de la suma de 630 ducados cuando abandonó Praga y la corte de Rodolfo.

Entre los grandes logros de Dee, además de sus trabajos sobre la supernova SN1572 y la cartografía, destaca su capacidad para prever el futuro en un sentido muy concreto. Escribió en su diario que uno de los «ángeles» de Kelley le había profetizado que Inglaterra formaría un imperio mundial; inventó un lenguaje artificial conocido como «Enochiano», base de muchos sistemas más modernos; fue el primero en aplicar la palabra latina *Britannia* para nombrar a su propio país; aplicó los teoremas de Euclides a la navegación; desarrolló la filosofía; dio a la astrología su forma moderna y fundó la Orden de los Rosacruces (la respuesta anglicana a la Compañía de Jesús).

Fue tan conocido de los grandes hombres de su época que Shakespeare lo retrató no una, sino dos veces: una como el Rey Lear y la otra como Próspero en *La tempestad*. La reina Isabel le pidió que estableciera un código legal que gobernara la colonización de América del Norte, y también logró esto el matemático, convirtiéndose de un plumazo en jurista y abogado. Finalmente, se dice que el hecho por el cual más agradecida le quedó la reina —aunque lo demostró bastante mal—

fue por haber lanzado un hechizo o maldición sobre la Armada Invencible española. Los españoles sufrieron un tiempo horrible supuestamente por culpa del ensalmo de Dee, que permitió a las fuerzas inglesas destruirlos sin problemas.

Por otra parte, se sospecha que, en tiempos de penuria, Dee y Kelley acostumbraban a «envejecer» artificialmente manuscritos falsificados que vendían a nobles, religiosos o científicos por valores muy superiores a los reales. ¿Pueden haber estos dos hombres vendido el Manuscrito Voynich a Rodolfo? La respuesta a esta pregunta es afirmativa, ya que se ha demostrado que Dee y Kelley visitaron la Corte de Praga en la década de 1580, cuando Rodolfo ya había cumplido treinta años, llevaba poco tiempo en el trono y aunque misántropo, parecía todavía medianamente dueño de sus facultades y curioso e interesado por el saber y los nuevos conocimientos. En cualquier caso, a pesar de que los expertos han especulado largamente con esta hipótesis, no poseemos ninguna prueba material de la verdad de esta afirmación. El prestigio de la hipótesis se basa en el hecho de que la transferencia del manuscrito de Dee y Kelley a Rodolfo formaba parte de la teoría personal de Wilfred Michael Voynich. Él afirmó toda su vida que el manuscrito llegó a la corte de Praga en manos de esos dos hombres, aunque no tenía pruebas a favor ni en contra de esta hipótesis. Lo que sabemos hoy de esos dos sujetos contradice parcialmente tal creencia.

Otra teoría que, en realidad, parece una leyenda, cuenta de un modo distinto cómo pudo haber llegado el manuscrito, si es que ése fue el caso, a manos de John Dee. El sabio pasó gran parte de su vida recorriendo el mundo, buscando y coleccionando gran cantidad de manuscritos antiguos. Se dice que guardaba en su biblioteca ímprobos colecciones de papiros, incluso egipcios. El dato capital, que no ha llegado hasta nosotros, hubiera sido conocer de dónde los obtenía y quién se los suministraba. Durante el reinado de Enrique VIII en Inglaterra, el duque de Northumberland, amigo cercano del padre de Dee, recibió la misión de destruir todo escrito o libro que tocara de cerca o de lejos temas heréticos, blasfemos, brujeriles o de cualquier otra clase poco clara o no admitida expresamente por la Iglesia. Como los manuscritos se guardaban por aquellos tiempos sólo en los monasterios, el duque se vio obligado a recorrer a caballo todos y cada uno de los conventos y congregaciones ingleses, únicos lugares donde los religiosos habían almacenado durante siglos los libros y manuscritos.

Según esta leyenda, Northumberland llegó en una ocasión a una abadía del condado de Essex, donde descubrió un libro escrito sobre papiro en un código cifrado incomprensible. El libro estaba profusamente ilustrado y no llevaba indicación alguna de su autor. Sabiendo del interés de John Dee por esa clase de material, el duque se lo regaló. Se cuenta que el mago mostró un enorme interés por descubrir el secreto del Voynich, y que inmediatamente se puso a trabajar sobre él. El resultado fue escaso. Según rumores sin confirmación, el fracaso de Dee lo impulsó a entregar en obsequio el Manuscrito Voynich al emperador Rodolfo, confiando en que él conocería a algún

sabio o científico capaz de tener éxito donde el británico había fallado. En líneas generales, ésta era también la idea que el mismo Voynich tenía acerca de Dee y el modo en que el manuscrito llegó al emperador.

## Los primeros intentos de interpretación

### *El hipotético intento de John Dee*

De acuerdo con la historia relatada en el capítulo precedente, el doctor John Dee habría sido el primero en intentar descifrar el Manuscrito Voynich. También se cuenta que cuando el duque de Northumberland halló el libro, éste tenía adherido un prólogo escrito en latín por otra mano. El anexo decía supuestamente que el manuscrito había sido copiado del original por el monje franciscano y reputado científico inglés Roger Bacon: «Es copia fiel del original que se encuentra guardado bajo las montañas que corren sobre la costa occidental de un lejano lugar, situado en el extremo sur del planeta». La única cadena montañosa que corre de Norte a Sur en la costa occidental de un sitio situado en el «extremo sur» del planeta es la cordillera de los Andes, limítrofe entre Chile y Argentina. Si allí se encontraba oculto el original del manuscrito, es bastante difícil comprender cómo se enteró de este hecho Roger Bacon, que murió en 1292, exactamente 200 años antes de la llegada de Colón a Guanahaní. ¿Puede haber tenido Bacon contacto con los conquistadores daneses que descubrieron América en el siglo x? Es posible; hoy sabemos que los vikingos se asentaron en Groenlandia y parte de Canadá (Labrador, Terranova o tal vez en ambas) alrededor del año 1000 y, al fin y al cabo, también sospechamos que Colón disponía de antiguas cartas escandinavas donde aparecían dibujadas la «Tierra Verde» y la distante «Vinland». De lo que no hay duda es de que ni Bacon ni el autor del prólogo podían saber en 1292 que una gran cordillera corría al Sur en la Patagonia profunda. Ni siquiera Colón lo supo jamás.

En cualquier caso, lo llamativo de esta leyenda acerca del manuscrito es que coincide con la teoría que Marci de Cronland expone a Kircher en relación con la autoría baconiana del Manuscrito Voynich. El experto en Ciencias de la Información, periodista y especialista en sustratos históricos y legados culturales Juan Ignacio Cuesta Millán, de la Universidad Complutense de Madrid, uno de los autores mejor documentados sobre la historia del manuscrito, suscribe la teoría de que Northumberland encontró el manuscrito en Essex por primera vez al expoliar los monasterios ingleses, y cree que John Dee fue el primero que intentó descifrarlo.

La versión concluye afirmando que Dee, frustrado por haber podido descifrar sólo

una pequeña parte del comienzo del manuscrito, decía a quien quisiera escucharlo que el libro contenía «los secretos de los mundos olvidados y subyacentes». Después, pudo habérselo regalado a Rodolfo II en 1586 o habérselo vendido —como afirma la Carta Marci— por 600 ducados.

### ***La firma en el manuscrito: Tepenec***

La primera fecha comprobable con certeza se deduce de la firma que presenta el manuscrito y que alguien intentó raspar en fecha indeterminada. En efecto, a la luz ultravioleta se observa que en la primera página (folio 1) existe la rúbrica —cuidadosamente borrada— de alguien llamado *Jacopus Horcicky de Tepenec*. Si estampó su signatura en el manuscrito, podemos asumir con bastante seguridad que era —o al menos se autoconsideraba— su propietario legítimo. ¿Quién era, entonces, el hombre que nos entrega la primera prueba material de su relación con el manuscrito?

*Jacopus* (*Jacobus* o *Jacobo*) *Horcicky* fue un sabio checo, versado en varias ciencias y especializado en la botánica. A principios del siglo XVII era nada menos que el director de los Jardines Botánicos de Rodolfo II. Nacido en una familia muy pobre, *Jacopus* ingresó en la Compañía de Jesús a fines del siglo XVI. Los jesuitas impulsaron su ascenso adscribiéndolo a la Corte, y le facilitaron una especialización (muy profunda para la época) en química y farmacia, dos ciencias inextricablemente ligadas a la botánica. Precisamente, una grave enfermedad de Rodolfo dio el espaldarazo definitivo a *Horcicky*: el botánico logró curar al soberano con medicinas a base de hierbas, y el subsiguiente agradecimiento de los Habsburgos determinó que se le nombrara director de los Jardines Botánicos imperiales, dado su conocimiento de las especies vegetales. Por añadidura, se le entregaron posesiones en Tepenec (o Tepenez) y un título nobiliario que le otorgaba el derecho a utilizar el nombre del lugar a continuación de su apellido. *Jacopus* latinizó entonces su nombre a *Sinapius*, traducción de «de Tepenec». El episodio ocurrió en 1608, y como la firma dice textualmente «*Jacopus Horcicky de Tepenec*», sabemos con certeza que el químico firmó el manuscrito con posterioridad a esa fecha. Como hemos dicho, el científico checo es el primer propietario comprobado del Manuscrito Voynich, y 1608 la primera fecha de su historia que podemos documentar con certeza. Asimismo, como *Horcicky* vivía en la corte de Rodolfo, su firma en el libro es una comprobación indirecta de otra afirmación de la Carta Marci. Si bien no podemos demostrar que Rodolfo haya sido dueño del libro, sí sabemos por la firma de Tepenec que el Manuscrito Voynich se encontraba en la corte de Praga en una fecha muy poco posterior a 1608.

La presencia del manuscrito en posesión de Tepenec nos abre interesantísimas



posibilidades de especulación además de nuevos interrogantes que no tienen solución hasta el presente. Si Dee —o cualquier otra persona— vendió o regaló el libro a Rodolfo, parece lógico que éste se lo entregase a su farmacéutico y bioquímico de confianza, experto botánico y director del Jardín Botánico imperial, confiando en que Jacopus pudiese identificar las plantas que pueblan las páginas del Manuscrito Voynich. Según esta teoría, el libro habría seguido este recorrido:

Dee, Kelley o un desconocido (?) → Rodolfo II → Jacopus Horcicky de  
Tepenec

Sin embargo, si eliminamos a Dee y a Kelley de esta cadena, también es posible la hipótesis contraria. Jacopus Horcicky era botánico y experto en medicina basada en plantas medicinales. No sería absurdo que el manuscrito, cuyas ilustraciones parecen versar sobre medicina fitoterápica, hubiera estado en su poder desde el principio. Conocida por todos la afición del Rey de los Romanos a los libros antiguos y a los manuscritos extraños, Tepenec pudo haberle vendido o regalado el libro a su soberano. De este modo, el recorrido del Manuscrito habría sido justamente el inverso:

Jacopus Horcicky de Tepenec → Rodolfo II

La autenticidad de la firma de Tepenec es una cuestión crucial y, afortunadamente, la podemos certificar a la perfección, por el simple hecho de que poseemos otros dos ejemplos de la escritura manuscrita del botánico, que incluyen dos firmas suyas descubiertas hace poco en documentos totalmente independientes del Manuscrito Voynich y que resisten sin problemas el análisis caligráfico. La primera de ellas se encuentra al pie de un documento oficial de la época. Esta firma no se parece a la del manuscrito aunque la mano del autor sea la misma. Tal vez la diferencia se deba a que en esta época Tepenec no había sido aún elevado a la nobleza, y a que su nombre, en consecuencia, aparece bajo su forma original checa. La segunda firma se encuentra en la primera página de otro de los libros provenientes de la biblioteca del científico, y en ella el nombre ha sido escrito en su forma latina. Este ejemplo de escritura es exactamente igual al que procede del Manuscrito Voynich.

La actuación precisa de Jacopus en relación con el Manuscrito Voynich no queda aclarada. Tras la abdicación de Rodolfo a fines de 1611, la mayor parte de las piezas de su colección fue saqueada y vendida por precio vil. Tal vez uno de los ladrones haya sido el propio Tepenec, quien se habría hecho de este modo con un volumen que deseaba poseer. Ya era noble desde hacía tres años, por lo que firmó el libro con su título nobiliario después del nombre.

Asimismo, también resulta factible que fuera Pontanus —el protector de Elisabeth Weston— quien tomó el libro de la biblioteca de Rodolfo, pues otro libro de Tepenec que poseemos firmado por su dueño había formado parte de la colección de Pontanus y llevaba la firma de éste. Esta otra firma no ha sido aún comparada con la escritura presente en el Voynich, por lo que puede que la teoría no tenga fundamento. Pontanus murió en 1614, cuatro años después que Elisabeth Weston, por lo que muy bien puede ser que, si el Manuscrito Voynich formaba parte de las posesiones de Kelley que confiscó Rodolfo y se hallaba entre las que el rey devolvió a Westonia en 1602, Pontanus hubiera heredado el libro a la muerte de la muchacha.

Sabemos con certeza que en 1619 Tepenec huyó de Praga llevándose el libro. A su muerte, todas las posesiones del sabio jesuita —incluida su biblioteca— pasaron al patrimonio de su orden:

Dee, Kelley o un desconocido (?) → Rodolfo II → Elisabeth Weston (?) →  
Pontanus (?) → Jacopus Horcicky de Tepenec → Compañía de Jesús

Esta es una atractiva hipótesis que explicaría de forma elegante y coherente cómo llegó el Manuscrito Voynich desde la corte de Rodolfo II a manos de los jesuitas, donde Wilfred Voynich lo redescubrió casi tres siglos más tarde. Lamentablemente, no hay datos valederos que confirmen esta teoría.

### ***El manuscrito y la biblioteca Kunstkammer***

La historia posterior del manuscrito, esto es, el período transcurrido entre la muerte de Tepenec y la redacción de la Carta Marci, es lo suficientemente interesante como para detenerse en ella, sobre todo porque, hasta aquí, viene quedando en la oscuridad la identidad del misterioso propietario intermedio entre Jacopus Horcicky de Tepenec y Johannes Marcus Marci de Cronland.

Recordemos que la Carta Marci dice: «Este libro, que heredé de un amigo íntimo, estuvo destinado a ti desde que llegó a mis manos» y «El propietario anterior de este libro pidió una vez tu opinión por carta, copiando y enviándote un extracto del libro, del cual pensaba que serías capaz de leer el resto, pero en aquel momento no quiso remitirte el libro en sí». De modo que se deduce que Marci no recibió el libro directamente de Tepenec, aunque por desgracia no menciona el nombre de la persona que se lo entregó.

La Kunstkammer, la fabulosa biblioteca y museo de Rodolfo II en Praga, tenía como director a un hombre llamado Dionisio Misseroni. Su abuelo, Girolamo Misseroni, célebre joyero en Milán, había iniciado la tradición familiar de excelencia en la talla de piedras preciosas y confección de joyas finas. El hijo de Girolamo y

padre de Dionisio, Octavio, alcanzó nuevas cumbres de perfección en el arte de la orfebrería, hasta el punto de ser designado joyero imperial en 1588, cuando abandonó Italia para trasladarse a la corte de los Habsburgos en Praga. Por lo tanto, Dionisio nació en la corte, y escaló posiciones como artista y artesano experto hasta convertirse en responsable de la *Kunstammer* bajo el reinado de Rodolfo. René Zandbergen, experto estudioso y una de las más grandes autoridades actuales sobre el Manuscrito Voynich, afirma en su excelente sitio web que Johannes Marci conocía personalmente a Dionisio Misseroni y era su amigo. En cierto momento, incluso Marci envió a Kircher, por solicitud de Misseroni, las transcripciones de los símbolos escritos en ciertas ánforas antiguas de la *Kunstammer* para ver si el jesuita era capaz de descifrarlas.

Pero la relación entre Marci y Misseroni iba más allá: Marci se casó con Laura Misseroni, hija de Octavio y, por consiguiente, hermana de Dionisio. Ambos hombres eran, pues, cuñados, lo cual importa mucho, puesto que este hecho coloca a Marci en la línea sucesoria de Dionisio, con grandes posibilidades de haber recibido algunas o todas sus propiedades incluyendo, por supuesto, sus libros.

¿Fue Dionisio Misseroni —el hombre bajo cuya responsabilidad estaba el contenido de la biblioteca de Rodolfo II— quien recibió el manuscrito a la muerte de Tepenec?

Algunos investigadores creyeron que sí en un principio, hasta que el propio Wilfred M. Voynich los sacó de su error. En la Biblioteca Beinecke se conserva una carta suya dirigida a alguien de Praga y fechada en 1921, donde el anticuario pide detalles acerca de un tal Georgius Barschius, el cual, en 1622 o un tiempo antes, dejó su biblioteca personal de alquimia en herencia a Johannes Marcus Marci. La discusión se trasladó entonces de Dionisio a la persona de Georgius Barschius. Nadie lo conocía ni había oído hablar de él en el siglo XX. La carta de Voynich nunca fue respondida, y el lituano murió sin haber conocido ni los detalles sobre Barschius ni si había poseído el ejemplar después de Tepenec y antes de Marci. Posiblemente descartó su hipótesis, porque no incluye a Barschius en la relación que escribió sobre la historia del manuscrito.

¿Quién era este Barschius? Voynich decía en su carta que era alquimista, pero su nombre no figura en ninguna obra sobre esa ciencia, ni antigua ni moderna. Los expertos actuales sobre alquimia medieval y renacentista tampoco lo han oído nombrar. ¿Podía tratarse de un error de Voynich?

La respuesta provino, a través de los siglos, del destinatario de la Carta Marci: Athanasius Kircher.

## ***La Carta Baresch***

Aunque gozaba entre sus contemporáneos de la reputación de haber sido el hombre

más sabio e ilustrado de su siglo, desde el punto de vista actual la obra y las teorías de Athanasius Kircher no consisten más que en una colección de errores, invenciones y suposiciones infundadas.

Sin embargo, lo más interesante que conservamos de él es su ingente correspondencia, compuesta por más de dos mil cartas firmadas por 750 corresponsales de todo el mundo. Kircher se escribía con emperadores, reyes, duques, marqueses, condes, barones, obispos, cardenales, papas, futuros papas, científicos, sabios, investigadores y misioneros jesuitas de todos los países. Cuando un científico hacía un descubrimiento, antes de informar sobre él a nadie enviaba una carta a Kircher para ponerle al tanto de los hechos, tal era la fama de sabio del jesuita.

Todas las cartas de la colección de Kircher fueron compiladas y encuadernadas en doce volúmenes y ya figuran en el primer catálogo publicado acerca del contenido del Museo Kircheriano en 1678, dos años antes de la muerte de Kircher. La colección de cartas, sin embargo, se perdió aún en vida de su propietario para ser redescubierta en 1930. Desde entonces, reorganizadas y encuadernadas de nuevo —esta vez en 14 tomos— descansan en poder de los Archivos de la Pontificia Universidad Gregoriana (APUG). Sólo se permitió el acceso de los estudiosos a las cartas de Kircher hace muy poco tiempo.

Uno de los tomos, que lleva el número de catálogo APUG 557, tiene adherido un papel que dice: «De la biblioteca privada del P. Beckx». Sabemos que Marci dirigió a Kircher treinta y seis epístolas en el curso de toda su vida. El tomo con la nota adherida guarda treinta y cinco de ellas. La trigesimosexta, como el lector habrá adivinado, es la Carta Marci que acompaña al Voynich. Aunque el criterio con que han sido agrupadas y encuadernadas las cartas es completamente arbitrario, el APUG 557 contiene una cierta lógica. Casi todas las cartas que allí se encuentran han sido dirigidas a Kircher por corresponsales que vivían en Praga y Bohemia. Tal vez por este motivo, se incluyó como folio 353 del tomo 557 una carta firmada por un tal M. Georgius Baresch. Éste es, justamente, el «Barschius» que Voynich intentó identificar hasta el final de su vida. La carta en cuestión, además, es una de las tres dirigidas a Kircher acerca del manuscrito que se conservan.

En la «Carta Baresch» —así la llamaremos— se dice:

En ocasión de la partida hacia Italia y Roma de cierto religioso, obtuve permiso de él para hacerle llevar a Usted esta carta, con la cual quisiera recordarle cierto escrito que le envié desde Praga por mano del Reverendo Moretto de la Compañía de Jesús. La razón de haberle enviado esos escritos es la siguiente: después de la publicación del *Prodromus Copti*, Su Reverencia se hizo famoso en todo el mundo, y en ese libro Usted solicitó ayuda para encontrar material adicional para otro libro que pensaba publicar. Por lo tanto he decidido repetirle este pedido. Moretto me ha dicho que llegó felizmente a Roma, de lo que me complazco, y más complacido estaré cuando el contenido

del libro mencionado nos sea revelado gracias a Su Reverencia, de modo que las buenas gentes puedan compartir los buenos conocimientos que hay en él. De los dibujos de hierbas, de enorme número dentro del Códex, de varias imágenes y estrellas y de otras cosas que aparentan ser secretos de la química, he conjeturado que todo él es de naturaleza médica.

Baresch suplica varias veces más a Kircher que libere los portentosos secretos científicos aprisionados entre los pliegos del viejo manuscrito, y luego se despide y firma:

En Praga, a los 27 días de abril de 1639, el mismo día en que comencé, en el año de 1605, mis estudios en la Universidad de la Sabiduría de Roma. A las órdenes de Su Reverencia y padre mío.

De la lectura de la carta se desprenden varios hechos importantes. El primero y principal es que está fechada en 1639, es decir veintisiete años antes de la Carta Marci. La obra de Kircher que menciona Baresch, el *Prodromus Copti*, fue efectivamente un libro que catapultó al jesuita a la cima del Parnaso científico de su tiempo. También es cierto que Kircher pidió a los estudiosos tras el éxito del *Prodromus*, que le enviaran textos en copto, jeroglíficos o demótico, ya que necesitaba material original para escribir su continuación. Tratando de estimular su codicia por textos nuevos, Baresch le ofrece el Manuscrito Voynich, ignorando al parecer que su escritura no tiene en absoluto nada que ver con ninguna lengua egipcia conocida. Siendo jesuita Kircher, cercano al jesuita Baresch y al casi jesuita Marci (según veremos), encontramos nuevamente a la Compañía de Jesús implicada en el traslado de correspondencia referida al libro: Baresch dice que la carta fue llevada por el padre Moretto, jesuita.

No parece dudar Baresch de la naturaleza pía y virtuosa del contenido del libro, ya que llama a sus conocimientos «buenos», sin sorprenderse de que la sección Biológica del libro estuviese plagada de mujeres desnudas. «He conjeturado que todo él es de naturaleza médica», dice Baresch, por lo que no debe haberle parecido chocante encontrar ilustraciones de seres humanos sin ropas en un manual de medicina.

Más interesante es el párrafo donde el checo dice a Kircher que ha decidido «repetirle este pedido», a saber, que intente traducir el manuscrito. De ello se desprende que la Carta Baresch es en realidad la segunda que escribió a Kircher sobre el mismo tema. La carta anterior, de la cual sabemos por medios indirectos que databa de 1637 —dos años antes—, no se encuentra entre los catorce tomos de cartas kircherianas y se la considera, por tanto, perdida.

Así vamos, lentamente, completando el cuadro de situación: cuatro cartas escritas

por dos hombres, dirigidas todas al mismo científico famoso, reclamándole las cuatro la solución a un mismo enigma. De las fechas de las misivas se desprende que tanto Baresch como Marci estuvieron importunando a Athanasius Kircher con sus reclamos sobre el manuscrito durante casi treinta años. Ambos confiaban en él porque, como todos, lo creían el científico más sabio del mundo y el mayor experto en libros raros y lenguajes desconocidos.

La Carta Baresch confirma que el checo es el propietario que nos falta entre Tepenec y Marci, y que en efecto poseyó el manuscrito al menos entre 1637 y 1639. La escasa información que poseemos acerca de él nos dice que nació en la aldea checa de Zinkovy (Bohemia), después de 1585. Baresch estudió en el Collegium Clementinum, recibiendo su grado de bachiller el 9 de mayo de 1602 y su doctorado el 14 de mayo de 1603, y el 27 de abril de 1605 se aposentó en Roma para tomar, como confirma de propia mano en su carta sobreviviente, sus estudios en la Universidad de la Sabiduría. Era alquimista sin duda, y sabemos que disfrutó de la amistad de Johannes Marci durante más de cuarenta años, porque éste nos lo dice en su libro *Philosophia Vetus Restituta (Filosofía antigua revelada)*.

Se conocieron antes de 1622, cuando Marci era un desconocido y Horcicky de Tepenec aún vivía. Tan profundo fue este conocimiento entre ambos, que Baresch legó a Marci su colección de libros de alquimia en su testamento. El mismo Baresch, pues, es el misterioso anterior propietario del Manuscrito Voynich que Marci menciona en la Carta de 1666 y en una precedente con el mismo objetivo, la cual también se conserva como parte de los epistolarios de Kircher en los Archivos Gregorianos bajo el número APUG 557, folio 127.

Baresch escribió su primera carta a Kircher, acompañada de algunas transcripciones del manuscrito, a través del famoso monje jesuita y matemático de Praga Theodor Moretus, «el padre Moretto» al que menciona en la segunda carta. La primera, como hemos dicho, se ha perdido. Según se desprende del contenido de su carta de 1639, hacía ya bastante tiempo que Baresch poseía el manuscrito. Dice a Kircher que supone que la obra trata de botánica egipcia, seguramente porque sabía de botánica como todo alquimista y era consciente de que las plantas allí representadas no se encontraban en Europa. La misiva fue enviada desde Praga, pero el nombre de Baresch no se encuentra en los registros fiscales de esa ciudad, por lo que es seguro que no poseía propiedades allí.

Marci, en su primera carta a Kircher, describe a Baresch como «muy versado en alquimia», exactamente las mismas palabras con que lo presenta en *Philosophia Vetus*.

Se sabe que junto con esta nota de 1640 Marci envió al alemán varios dibujos de mano de Baresch, pero como éstos se han perdido también, no podemos estar seguros de si se referían al Manuscrito Voynich o no. Baresch conocía a Kircher personalmente —lo había visitado en Roma—, pero no tenemos otra carta entre ellos, y ni siquiera otro ejemplo de la escritura manuscrita de Baresch. Si nos atenemos al

texto de las cartas de Marci, Baresch debió de haber pasado los últimos años de su vida tratando de descifrar el manuscrito. Murió antes de 1662 —año en que Marci heredó su colección de libros alquímicos—, pero no conocemos la fecha exacta.

Tenemos, pues, completa la colección de cartas que se escribieron a Kircher acerca de nuestro manuscrito: la primera de Baresch, perdida, de 1637. La Carta Baresch de 1639, segunda del autor, en el epistolario de Kircher depositada en los APUG. La tercera de la serie —primera de Marci— también en los APUG, y la Carta Marci, segunda de éste, que a lo largo de los siglos estuvo siempre entre las hojas del Manuscrito Voynich y que todavía lo acompaña, hoy en día, en su alojamiento actual de la Biblioteca de Yale. No se conocen respuestas de Kircher a ninguna de las cuatro insistentes solicitudes.

Más allá de los muchos datos y confirmaciones cruzadas que el mensaje de Baresch nos clarifica quedan, sin embargo, dos cuestiones sin dilucidar: cómo llegó a Baresch el manuscrito y si hubo otro u otros propietarios aún desconocidos entre Tepenec y Baresch o entre éste y Johannes Marci. Es posible que nunca consigamos responderlas.

Por último, hemos de mencionar que Wilfred Voynich nunca conoció la existencia de la Carta Baresch, ya que el epistolario de Kircher fue redescubierto el mismo año de la muerte del anticuario. ¿De dónde provenía, entonces, su obstinada afirmación de que el poseedor intermedio de su manuscrito era Baresch y no Dionisio Misseroni? Sencillamente, de la lectura de la *Philosophia Vetsu* de Marci, que el librero conocía muy bien.

## ***Marci y el manuscrito***

El siguiente propietario del libro tras la muerte de Baresch fue, como sabemos desde que Voynich descubrió la carta y el manuscrito, Johannes Marcus Marci de Cronland.

Nacido en la aldea bohemia de Landskron (Kronland en alemán) en 1595, sus padres lo educaron desde un principio para que fuese jesuita. Johannes prefirió sin embargo la medicina, y tras cursar los estudios correspondientes, pronto se convirtió en médico y profesor en la Universidad Charles de Praga. A los cuarenta y tres años, durante un viaje a Roma, trabó conocimiento con un jesuita lingüista e inventor que de inmediato lo cautivó por su charla cultivada y su sabiduría. Esta primera conversación fue el inicio de la amistad entre Marci y Athanasius Kircher, que duró más de veinticinco años hasta la muerte del primero.

Las solicitudes epistolares no fueron los únicos medios por los que Marci intentó resolver el enigma de su libro. Heredó el Voynich de Baresch antes de 1622.

Veintidós años después, ya había tenido varias consultas acerca del mismo con el experto lingüista bohemio Rafael Missowski, el Rafael «profesor de idioma bohemio de Fernando III» a quien nombra en la Carta Marci.

## ***El profesor Missowski***

Rafael Sobiehrd Missowski (o Mnishovsky) de Sebuszin y de Horstein había nacido en Horsuv Tyn, Bohemia occidental, en el año del Señor de 1580. Experto escritor e historiador desde muy joven, estudió con los jesuitas y conoció en 1600 al célebre escritor e historiador polaco exiliado en Bohemia Barthelemy Paprocky de Hlohohol y de Paprocka Vule. En esos tiempos el autor polaco estaba escribiendo una célebre obra histórica sobre las dinastías bohemias. A la muerte de Paprocky, el mismo Missowski concluyó la obra, que fue publicada con gran éxito en 1602.

Rafael estudió en París y luego en Roma —en los mismos tiempos que Baresch— y allí obtuvo su grado académico de doctor en leyes. Volvió a Praga y fue nombrado consejero del rey Fernando II en 1618, el aciago año del estallido de la Guerra de los Treinta Años. Cumplió múltiples tareas como comisionado del rey —católico fanático— intentando que las poblaciones protestantes se convirtieran a la fe oficial, y comenzó, gracias a sus éxitos, a escalar posiciones en la corte y en el favor del monarca. Así, se le designó para enseñar checo (la «lengua bohemia» de la Carta Marci) al joven archiduque Fernando, luego coronado como Fernando III.

Enormemente rico ya para estos tiempos y dueño de extensas posesiones, escribió numerosas obras literarias y poéticas, muchas de las cuales fueron saqueadas por los suecos durante la guerra y llevadas a Suecia, donde se exhiben hoy.

Rafael murió en 1644 y su cuerpo está enterrado en el Colegio Clementino de Praga.

Es posible que a través de Missowski, que residía en la corte, Marci se hubiese enterado de que su libro había pertenecido a la biblioteca de Rodolfo, del precio que pagó por él y de otros detalles que luego incluyó en su carta a Kircher. Por supuesto que ni Missowski ni los otros numerosos expertos que consultó en su momento pudieron ayudarle a averiguar de qué trataba el manuscrito en realidad.

De las fechas que conocemos se deduce que, si bien dice a Kircher en la carta que tuvo la idea de enviarle el libro desde el primer momento en que se lo entregaron (1621, aproximadamente), en realidad retuvo el volumen casi medio siglo, para mandarlo a Roma recién en tiempos de la Carta Marci, esto es, 1666, cuando ya sentía rondar su propia muerte. Marci, como todos los que lo han tenido en las manos, pronto se obsesionó con el Manuscrito Voynich, y es posible que quisiese estudiarlo por sí mismo todo el tiempo posible. Miope y bizco desde muy pequeño, su vista nunca fue buena, y empeoró trágicamente a medida que Marci se hizo viejo. René Zandbergen arriesga la hipótesis de que Marci envió el libro original a Kircher justo en 1666, cuando ya estaba totalmente ciego y era del todo inútil guardar el manuscrito si no podía estudiarlo. De hecho, varios especialistas afirman que Marci no podía ver lo que escribía al tiempo de enviar al jesuita las dos cartas sobre el Voynich que conservamos, y que la letra no es suya sino de un escriba.

Hacia los últimos días de su vida, otros tomaron para sí la sacra misión de



perseguir a Kircher exigiéndole la traducción del Manuscrito Voynich. Así, por ejemplo, un científico bohemio amigo de Marci, Godfried Aloys Kinner, uno de los mayores corresponsales de Kircher, le escribió en 1667 preguntándole si había conseguido descifrar el texto. Como era habitual en lo que concierne a este asunto, Kircher no le respondió.

Johannes Marcus Marci de Cronland murió en Praga ese mismo año, preguntándose si alguien conseguiría descifrar alguna vez el fascinante enigma del manuscrito.

### ***Athanasius Kircher, un sabio de su tiempo***

El destinatario de tantas interminables preguntas, tan repetidos reclamos, infinita cantidad de solicitudes y merecedor en apariencia de una universal, olímpica, incommovible y extendida confianza en su capacidad para desentrañar el misterio del Manuscrito Voynich nació en Geisa o en Ulster, aldeas alemanas, el 2 de mayo de 1601 o de 1602 (ni siquiera él mismo sabía la fecha exacta). Athanasius era hijo del renombrado filósofo Johannes Kircher, doctorado en Teología por la Universidad de Mainz. Con el fin de evitar el hambre y la miseria, Johannes hizo que sus seis hijos (tres varones y tres mujeres) ingresaran en diversas órdenes religiosas, las únicas instituciones de la época que garantizaban a los niños alimentación diaria y adecuada y un acceso seguro a la enseñanza y la educación.

De este modo, el joven Athanasius Kircher pasó a formar parte de la Compañía de Jesús a los dieciséis años de edad, e hizo sus votos sacerdotales en 1628. Los jesuitas detectaron en él de inmediato una facilidad casi sobrenatural para los idiomas, y le enseñaron hebreo y griego —aparte del latín culto de uso dentro de las instituciones católicas—, idiomas que el joven Kircher dominó a la perfección en el curso de escasos meses de estudios intensivos. Fue enviado a otro colegio jesuita donde se formó sólidamente en humanidades, astronomía, ciencias naturales y matemática. Experto ya en todas estas ciencias, se dedicó al estudio de la filosofía en la Universidad de Colonia. A los veintiuno o veintidós años era ya profesor titular de griego en la ciudad de Koblenz, y a los veintisiete, antes de ser ordenado sacerdote, había obtenido sus credenciales de doctor en Teología y un título de posgrado en lenguas de la Universidad de Heilingenstadt.

La sorprendente inteligencia del joven jesuita lo llevó a diseñar y construir un instrumento para medir el campo magnético terrestre (¡un geomagnetómetro en pleno siglo XVII!), un anemómetro y una larga serie de distintas clases de relojes de sol. Se le conocía como científico, matemático, inventor, astrónomo, geógrafo, biólogo, sismólogo y vulcanólogo, pero su principal interés fueron siempre las lenguas. A los treinta años era ya un verdadero experto en idiomas orientales. Kircher fue el primero en conseguir traducir el célebre libro alquímico *La Tabla de Esmeralda* del árabe al

latín.

En 1635 llegó a Roma después de mucho viajar y enseñar, y allí se quedó hasta su muerte. Desde 1638 ejerció como catedrático de matemáticas en el Collegium Romanum. Kircher fue considerado el mayor experto mundial en antigüedades egipcias y reputado descifrador de jeroglíficos, disciplinas ambas sobre las que escribió varios libros. Comprendió antes que nadie que la lengua copta era un derivado del antiguo egipcio (Baresch habla del *Prodromus Copti* kircheriano en su carta) y su fama como egiptólogo creció hasta abarcar todo el mundo culto de su siglo. En 1646 dejó de enseñar y se dedicó a escribir sobre multitud de materias, ya que sus intereses abarcaban «todo bajo el sol». Publicaba los libros siguiendo un sistema particular: escribía sobre un tema durante tres o cuatro años, luego cambiaba a otra ciencia durante un lapso similar, y así sucesivamente. Como es lógico, su fama se acrecentó aún más con el sonoro éxito de sus trabajos impresos.

Tanto fue así, que el propio Papa le encargó la traducción de los jeroglíficos que cubrían un obelisco egipcio que se había llevado a Roma, lo que Kircher hizo en un breve lapso. Ganó por esta tarea ricos presentes pontificios, útulos y atenciones. Hallada la Piedra de Rosetta casi dos siglos más tarde, y resuelto científicamente por Jean Francois Champollion el desafío de traducir la escritura jeroglífica, el mundo pudo ver que la traducción de Kircher estaba completamente errada, pero ello no impidió que sus conocimientos lingüísticos le ganaran un universal prestigio entre sus coetáneos y el apodo de «el hombre capaz de leer cualquier texto».

Kircher recibía cartas de todo el mundo y era el primero en enterarse de cada descubrimiento o invento. Recibía a todos los científicos importantes y el clero y la realeza de todos los países le consultaban con humildad y unción sobre cualquier tema. Coleccionaba artefactos, piezas raras de historia natural y aparatos físicos, químicos y mecánicos.

Athanasius donó en vida esta vasta colección, junto con su ingente biblioteca y la recopilación completa de sus cartas recibidas al Museo del Collegium Romanum, y el incremento de su catálogo como consecuencia de esta donación fue tan inmenso que mereció que la casa fuese rebautizada como Museum Kircherianum. El Museo Kircheriano se convirtió al instante en un sitio tan importante que fue la más turística y obligada visita de Roma para todos los que pasaban por la ciudad durante casi cien años.

Athanasius Kircher murió en 1680, después de haber vivido siempre como una especie de estrella o celebridad científica internacional cuyas opiniones nadie se atrevía a discutir o refutar, ni siquiera los emperadores o los papas.

Aunque mucha de la sabiduría lingüística de Kircher estaba en realidad equivocada y su impacto sobre el mundo de hoy, a diferencia de otros de sus contemporáneos más influyentes (como Newton y Galileo), es escasa o directamente inexistente, la gente de su época no tenía modo de saberlo y, por tanto, lo creía la máxima autoridad mundial sobre todas las ramas de la ciencia. Las mayores

especialidades del sacerdote eran la traducción de jeroglíficos desconocidos, la historia natural, la astronomía y la medicina, y el Manuscrito Voynich parecía compendiarlas todas entre sus folios. A nadie desmoralizaba en aquella época que Kircher fuese uno de los adalides de la generación espontánea y afirmase ser capaz de obtener gusanos, serpientes y ranas a partir de nada en absoluto como materia prima.

No es sorprendente, entonces, que tanto a Baresch como a Marci la figura de Athanasius les haya parecido el destino natural de sus reclamos de estudio y elucidación del obstinado libro.

A pesar de su cuasi divina sabiduría y su preclaro dominio de tantos temas y materias, no conocemos ninguna respuesta de Kircher a una sola de todas las requisitorias que se le dirigieron. Hasta donde sabemos hoy, no respondió ni a las cartas de Baresch ni a las dos de Marci. A fuer de ser justos con él, ni siquiera podemos asegurar que recibiera la Carta Marci ni el libro al año siguiente. En rigor, tampoco nos consta que Marci haya remitido en verdad ambos paquetes. Creemos, sin embargo, con Zandbergen, que el mero hecho de que Kinner haya preguntado epistolarmente a Kircher si había obtenido resultados con el libro es indicio suficiente para asumir que sí, ya que el jesuita archivó la carta de Godfried y podemos leerla hoy junto con sus demás documentos.

La pregunta es, entonces, el porqué del silencio de Kircher hacia sus corresponsales. Parece lógico pensar que al recibir los primeros facsímiles del libro en 1637 de manos de Baresch comprendiera que sus conocimientos no lo capacitaban para traducir el manuscrito, y que no podía ni podría nunca llegar a descifrar su significado. Acaso avergonzado al haber visto superada su gran sabiduría por primera vez, es posible que se resistiese a reconocer su ignorancia ante quienes mostraban una abrumadora confianza en su capacidad. Así que hizo lo único que podía: ignoró todas las cartas y preguntas, guardó silencio y jamás le contestó a nadie, ni mencionó el manuscrito o volvió a pensar en él.

Este razonamiento se apoya en el hecho de que no hay ni siquiera una lejana alusión al Voynich entre toda la monstruosa producción literaria, científica y epistolar kircheriana, publicada o inédita, pública, privada o íntima. Da la impresión de que el sabio nunca hubiese oído hablar siquiera del manuscrito.

En realidad, el historiador holandés Anton Haakman, biógrafo de Kircher y uno de sus mayores defensores, escribe en 1991 utilizando este mismo argumento con el objetivo opuesto. Dice que, con la evidente soberbia que Kircher alimentó durante toda su vida, ningún prurito de exactitud científica le hubiese impedido publicar un libro notificando al mundo que había conseguido traducir el Manuscrito Voynich. Al fin y al cabo, había hecho lo mismo muchas veces, incluso inventando traducciones imaginarias para el mismísimo papa de Roma. Dice también que el mero silencio de Kircher es prueba suficiente de que nunca recibió ninguna de las cartas, las copias facsimilares ni mucho menos el libro mismo.

No es imposible. Sin embargo, nos hubiera interesado sobremanera conocer la

opinión del sabio acerca del manuscrito aunque no hubiese podido descifrarlo — como parece seguro que hubiese sucedido—, y especialmente hubiésemos querido saber si coincidía con la opinión del doctor Missowski de que el libro era obra del celeberrimo científico franciscano Roger Bacon.

# 6

## El «autor» del manuscrito

### *Roger Bacon*

Si lo que se cuenta acerca de Northumberland y John Dee es cierto, el Manuscrito Voynich habría sido copiado de un original perdido bajo los Andes australes por la mano de Roger Bacon. Nunca encontramos el supuesto «anexo» al manuscrito que daba detalles sobre el particular.

Para Johannes Marcus Marci, apenas medio siglo después de Dee, el franciscano inglés había dejado de ser un mero copista y se había convertido ya en el «autor» del libro. Afirma textualmente que Ráfael «creía que el autor era Roger Bacon, *Anglum*».

Los padres de Roger Bacon, a pesar de haber sido terratenientes venidos a menos y muy pobres, demostraron tener una enorme visión de futuro, ya que dos de sus hijos llegaron a ser académicos y uno en particular, universalmente reconocido como pensador genial hasta el día de hoy, casi ocho siglos más tarde.

En el pueblo de Ilchester, condado de Somerset, Inglaterra, nació Roger Bacon en el año del Señor de 1214. El niño cursó sus primeros estudios —matemáticas y latín— con el párroco de su aldea, para trasladarse luego a la Universidad de Oxford, porque sabía que toda la enseñanza se impartía allí en latín. La enorme capacidad intelectual de Bacon le permitió ser admitido en Oxford para cursar estudios avanzados de gramática, lógica, geometría, aritmética, música y astronomía cuando sólo contaba trece años de edad.

En pocos años fue convocado para enseñar allí, y lo siguió haciendo hasta el año 1227. Su prédica en contra de las bases sociales y económicas del feudalismo le granjearon la antipatía de los señores, que consiguieron que fuera apartado de su cátedra y confinado en prisión. Más tarde, liberado, volvió a su estrado de Oxford, donde prosiguió dando clases hasta 1241.

El joven Roger Bacon se convirtió en la mayor autoridad mundial sobre la obra y las ideas de Aristóteles —como Boole— y, tiempo más tarde, cuando fue llamado a enseñar en la Universidad de París, introdujo la filosofía aristotélica como ciencia básica y central del conocimiento humano, lo que también lo asemeja a Boole. Sus clases interminables comenzaban a las seis de la mañana y dejaban exhaustos a sus estudiantes y colegas, Teólogo de nota, meteorólogo, botánico, naturalista, filósofo y

médico entre otros muchos talentos, Bacon se apartaba del modelo de científico medieval para entrar, prácticamente, en la categoría de los estudiosos renacentistas o premodernos que configuraron el sistema de conocimientos que usamos hoy. ¿Puede este hombre haber sido el autor del Manuscrito Voynich?

### ***¿Roger Bacon, el autor del Manuscrito Voynich?***

Uno de los principales argumentos modernos a favor de esta hipótesis consiste en el hecho de que, a pesar de su postura en pro de la posesión de la tierra y de la propiedad privada para los campesinos feudales, Bacon no pensaba tan *democráticamente* en lo que se refiere a la sabiduría y al conocimiento técnico: muchas veces afirmó que los conocimientos científicos no estaban ni debían estar nunca destinados ni a disposición del público en general, sino que habían de permanecer siempre en poder de una limitada élite de hombres ilustrados entre los que se contaban la Iglesia, los religiosos y, por supuesto, él mismo.

Escribió que los sabios harían un gran bien si abandonaran la lengua común —el latín— para escribir todos los libros en códigos cifrados. La Carta Baresch, sin mencionar a Bacon, dice algo muy similar.

En efecto, el franciscano experimentó durante toda su vida con cifras y códigos, la mayor parte de los cuales han sido descifrados y son perfectamente conocidos en la actualidad. La influencia de la doctrina baconiana del secreto científico persistió hasta bien entrado el Renacimiento, y basta recordar la escritura especular de Leonardo da Vinci para comprender la importancia que se atribuía a sus teorías.

Por otra parte, las ciencias que supuestamente contiene el Voynich (botánica, herboristería, astronomía, biología y farmacia) caen estrictamente dentro de los campos de conocimiento que probadamente cultivó Bacon. El argumento opuesto nos dice que Roger Bacon murió a los 78 años de edad en Inglaterra, 374 años antes de que Marci mencionara el manuscrito por primera vez, y 345 años antes de que Baresch escribiera su primera carta (ahora perdida) a Kircher sobre el mismo asunto.

Cabe preguntarse por qué, si Bacon fue el autor del manuscrito, éste permaneció oculto entre 350 y 400 años, y cómo pasó de Inglaterra a Bohemia.

Nada sabemos con certeza, en suma, acerca de la supuesta autoría de Roger Bacon. Ni siquiera el propio Marci estaba seguro, y habla por boca del doctor Rafael. «Él creía que su autor era Roger Bacon.» A juzgar por la Carta Marci, Missowski tampoco tenía pruebas a este respecto, ya que la diferencia entre *creer* y *saber* tiene que haber sido muy clara y evidente para un intelectual ilustrado que enseñaba a los hijos del rey en pleno Barroco europeo.

La cuestión baconiana del Manuscrito Voynich posiblemente quedará como un enigma insoluble hasta que podamos —si es que alguna vez lo logramos— resolver satisfactoriamente el problema de la datación del manuscrito.

## ***La tesis de Voynich. La exhibición de 1915 y la prensa***

Wilfred Michael Voynich no parece haber tenido jamás duda alguna de que su manuscrito era obra de Roger Bacon.

El Instituto de Arte de Chicago exhibió entre el 7 de octubre y el 3 de noviembre de 1915 varios volúmenes de la colección del librero guano. La importancia que se atribuyó a las piezas de Voynich queda de manifiesto en el hecho de que el Instituto no acostumbraba organizar este tipo de exhibiciones. La última había ocurrido en 1910. En 1915 se exhibieron dos colecciones: la de libros pertenecientes al Dr. B. L. Riese entre julio y octubre y la de Voynich.

También la prensa consideró que el acontecimiento era trascendental: el principal diario de Chicago, el *The Chicago Daily Tribune*, publicó la reseña de la muestra en dos detallados artículos los días 9 y 10 de octubre, ambos en primera plana.

El primero de ellos lleva el siguiente titular: «Obras de arte valuadas en 1, 5 millones de dólares llegan huyendo de la guerra. Coleccionista húngaro exhibe en el Instituto manuscritos raros provenientes de colecciones reales».

El texto del artículo informa a sus lectores de que Voynich, un coleccionista «húngaro» (?), exhibía sus manuscritos ilustrados, por los cuales había gastado más de ocho millones de dólares al adquirirlos en colecciones de la familias reales y monasterios de seis países diferentes: «Su mayor adquisición consiste en la colección completa de manuscritos perteneciente a los Habsburgos, la familia reinante de Austria, que había estado guardada bajo llave durante siglos en los castillos reales». La noticia considera que el más valioso de los libros de la *Kunstkammer* exhibidos en el Instituto es la *Vida de los Santos*, un volumen de principios del siglo XIV que contiene 300 bocetos a la acuarela atribuidos a Giotto. Su valor de catálogo era de 160.000 dólares, aunque el cronista observa que cualquier coleccionista privado pagaría muchísimo más por él. Continúa diciendo que entre los libros mostrados al público se encuentra la *Genealogía de los Dioses*, un manuscrito iluminado a mano también del siglo XIV, en una de cuyas páginas se encuentra el único retrato de Giovanni Boccaccio (autor del *Decamerón*) publicado durante su vida. El libro, que había pertenecido al duque de Florencia, *estaba* perforado de lado a lado por un proyectil que lo alcanzó accidentalmente durante las guerras de los Médicis.

Voynich debió de haber entregado a los periodistas una detallada descripción del contenido de su colección con fines promocionales, y por ello somos libres de considerar que el propietario mismo habla por la boca del *Tribune* cuando éste escribe más abajo:

Entre otros invaluable artículos de la colección se encuentran un Nuevo Testamento en latín del siglo X, un libro cifrado de Roger Bacon cuya clave nunca ha sido descubierta, un mapa utilizado en la expedición de Magallanes y descubierto por el señor Voynich en el forro de un libro genovés de 300

años de antigüedad, y el más antiguo mazo de naipes que se conozca, encontrado también dentro de la encuadernación de un libro.

Al día siguiente, en la edición dominical, el *Daily Tribune* insiste en la noticia y la amplía en la página 1. El titular reza: «Libros antiguos de medio millón de dólares. Extraordinaria colección propiedad de un londinense se exhibe en el Instituto de Arte de Chicago». El artículo relata que entre los libros que Voynich prestó al Instituto durante esos veintiocho días se encontraba una *Biblia Pauperum* (*La Biblia del pobre*) francesa del siglo XII, que incluía 58 ilustraciones iluminadas a mano y doradas a la hoja por un método perdido y desconocido para los artistas gráficos del siglo XX.

«El público nunca hubiese llegado a ver esta colección si la guerra no hubiese obligado a Mr. Voynich de Londres a sacar los libros de Europa», insiste el cronista. «Sólo los reyes o los nobles podían afrontar la compra de un libro en aquellos tiempos, ya que se necesitaban de cincuenta a sesenta años de incansable labor para concluir un solo ejemplar», explica.

«De tremendo interés» considera el diario una pieza de la colección, a la que dedica mayor cantidad de líneas que a cualquiera de las demás. Por supuesto, es el Manuscrito Voynich:

Se trata de un volumen escrito a mano por Roger Bacon sobre pergamino basto. Data del siglo XIII y se encuentra bellamente ilustrado por dibujos a la acuarela de propia mano de Bacon. El manuscrito fue comprado por el emperador Rodolfo en la suma de 600 ducados —una enorme cantidad para la época— y a fines del siglo XVI pasó a manos del rey Fernando de Bohemia.

El periodista concluye diciendo que «solamente otros dos textos cifrados han sobrevivido a las furias del tiempo: el famoso tratado de navegación de Leonardo da Vinci, ya traducido y publicado, y un breve panfleto sobre magia escrito en el siglo XV y conservado hoy en la Biblioteca Nacional de París».

Como vemos, los dos artículos del *Tribune* atribuyen sin vacilar a Roger Bacon el Manuscrito Voynich. El segundo, que es el que más en profundidad se ocupa del libro, sigue de cerca los asertos de la Carta Marci mostrando una gran moderación, salvo por la afirmación de que las ilustraciones son también autógrafas de Bacon.

### ***La autoría según el Instituto de Arte de Chicago***

El Instituto de Arte publica casi al mismo tiempo en su propio boletín un breve artículo sobre las piezas recientemente adquiridas por la entidad. Entre ellas se



cuentan una *Descripción del Mundo* anónima, escrita e iluminada en París durante la segunda mitad del siglo XIV, posiblemente para la Soborna, comprada a Frank G. Lorgan; un *Libro de las Horas* de Italia septentrional, escrito e iluminado también en el siglo XIV y un manuscrito florentino del *Arte de la poesía y de las letras* de Horacio —escrito e iluminado sobre fino *vellum romanum* alrededor de 1360—, ambos comprados a John J. Borland; y una Biblia Latina del siglo XIII, adquirida por el Instituto de la colección de Mr. Wilfred M. Voynich.

Más abajo, el artículo del boletín describe la Muestra Voynich: «Se trata de manuscritos ingleses, franceses, alemanes, italianos, flamencos y españoles pertenecientes a los siglos X a XV». Cinco de los volúmenes son mencionados individualmente:

Un códice español del siglo X, con ornamento de fuertes influencias irlandesas y moriscas; una *Arqueología de Roma e Italia* compilada por G. Marcanova y terminada en 1645 para Novello Malatesta, ilustrada con dibujos de Maso Finiguerra; un tratado de asuntos militares y navales escrito por el duque de Rímini Pandolfo Malatesta y su ministro de *guerra* Roberto Volturio, con una deliciosa pintura a toda página atribuida a Andrea Mantegna inserta en el folio central del volumen, y una *Vida de los Mártires* del siglo XIV que contiene alrededor de 300 estudios a la acuarela atribuidos a Giotto por muchos expertos.

Esta última obra es con seguridad la que la prensa denominó *Vidas de los Santos*.

En otra parte del boletín, el redactor desconocido se refiere al Manuscrito Voynich:

Entre las piezas más importantes se encuentra un manuscrito de Roger Bacon jamás publicado, escrito en código cifrado que no ha podido ser resuelto, correspondiente al siglo XIII. Las profusas ilustraciones que presenta ofrecen pistas suficientes para establecer la importancia del contenido cifrado.

Las compras de piezas como éstas por parte del Instituto de Arte de Chicago a fin de formar su propia colección comenzaron, en realidad, a partir de la Exhibición Voynich. De los veintiséis manuscritos presentes en el Instituto y recogidos por el Censo de De Ricci, compilado por el librero de ese apellido en 1935 y que resulta ser el primer registro de los manuscritos medievales y renacentistas existentes en Estados Unidos y Canadá, catorce fueron comprados a Voynich: nueve en 1915 (posiblemente durante la exhibición), uno dos años después, otro en 1922, dos en 1923 y otro en una fecha indeterminada pero anterior a 1920 (posiblemente en el mismo año 1915). Monseñor José Ruyschaert, conservador de las Bibliotecas Vaticanas, afirma que

esta última obra era nada menos que la *Periarchon* de Orígenes, y que fue comprado al lituano por el reverendo padre Dr. Frank W. Gunsaulus, quien lo regaló al museo en 1920. Gunsaulus es nombrado en el segundo artículo del diario como un «estudioso» que ruega a Voynich que le deje sostener la *Biblia Pauperum* entre sus manos, y que «imagina» los métodos que se usaban en la Edad Media para producir los libros. Con este artificio literario, el redactor de la nota consigue dramatizar algunos datos que creyó importantes para el lector, presentándolos de una manera amena e interesante. Gunsaulus era uno de los síndicos del Instituto y un conocido cliente de Wilfred Voynich.

### ¿Hipótesis o marketing?

La exhibición de, Chicago fue, hasta donde sabemos, la primera vez que el manuscrito abandonó la oscuridad del ámbito privado y se ofreció a la mirada del público. Los dos artículos del *Chicago Tribune* y la explicación del boletín son también las tres primeras menciones hechas públicas acerca del libro. Había pasado oculto 249 años desde que Marci lo envió a Kircher y —aceptando que su autor fue Bacon— 623, desde su composición, y sin embargo era la primera vez que la gente podía verlo y aproximarse a él para estudiarlo libremente.

Parece claro que los artículos publicados en la prensa son de naturaleza fantástica. Hay en ellos un coleccionista húngaro que lleva sus libros a Chicago para salvarlos de la I Guerra Mundial (que siempre se mantuvo muy lejos de Londres); el increíble descubrimiento de un mapa autógrafo de Magallanes formando parte de la encuadernación de un libro de naturaleza mucho más vil; un largo viaje por las cortes europeas, las casas reales e imperiales y los conventos y monasterios para volver con unas docenas de libros a un costo total de 8 millones de dólares —una cifra totalmente descabellada para la época, sobre todo considerando que las grandes inflaciones europeas de entreguerras y la Gran Depresión estaban aún en el futuro—, etc. El manuscrito de Malatesta y Volturio, con una dedicatoria autógrafa del primero a Sigismondo Malatesta, fue vendido por Voynich a H. P. Kraus —de quien volveremos a oír hablar más adelante—, quien a su vez lo revendió a J. L. Rosenwald. El libro pasó, por donación de los descendientes de éste, a la colección de la Biblioteca del Congreso norteamericano y actualmente se encuentra, según M. Ruyschaert, en el Collegio Romano. Lo más extraño de este volumen en concreto es que, como correctamente describe el *Tribune*, trata de asuntos militares. Sin embargo, la pintura atribuida a Mantegna que contiene es el retrato de un labriego, que no tiene absolutamente nada que ver con el tema del libro. Jonathan J. G. Alexander, experto en los contenidos de la Biblioteca del Congreso, afirma en uno de sus libros que «una considerable cantidad de cartas fechadas en la época en que Voynich y luego su viuda poseyeron el manuscrito indican una posible atribución de la ilustración a Mantegna.

Todas las opiniones posteriores se comprobaron negativas».

Del mismo modo que la historia del Voynich parece sobrenaturalmente casual, la relación que el periodista y el redactor del boletín hacen de la historia del manuscrito —seguramente elaborada con material suministrado por Wilfred— es más bien una publicidad mercadotécnica antes que una exposición clara y concisa de los conocimientos reales de que se disponía en 1915 acerca de la procedencia e historia externa del manuscrito: una pieza del siglo XIII; escrita de propia mano por Roger Bacon; ilustrada a la acuarela por el mismísimo teólogo medieval; código y cifra incomprensibles; posesión de un emperador y luego de un rey; uno de los tres únicos manuscritos cifrados que se conservan en el mundo... Todo en la gacetilla de Voynich aparece como orientado a aumentar el valor de mercado del manuscrito, así como insistía en que Mantegna había ilustrado con la figura de un campesino un libro de tácticas guerreras y tal como deseaba hacer creer al público que los impresores del Renacimiento utilizaban los mapas originales de Magallanes como forro para nuevos tomos. La pregunta central, entonces, resulta obvia: ¿Creía en realidad Wilfred Voynich que el manuscrito era obra de Bacon?

Es posible que como librero, experto en libros antigás y coleccionista profesional, Voynich haya confiado en los asertos de la Carta Marci. Sabemos que no tenía otras alternativas —de hecho, no conoció nunca muchas de las pruebas de que disponemos hoy— y al fin y al cabo la Carta Marci, equivocada o no, era casi contemporánea del manuscrito y había permanecido entre sus folios durante dos siglos y medio. Acaso se aferró a esta teoría porque jamás llegó a enterarse de otra mejor. Puede que quisiera creerlo o que, como sugieren muchos, pensara que insistir sobre el origen baconiano del manuscrito acrecentaría el valor y el prestigio de su colección. Lógicamente, el potencial interés económico, histórico y científico de un libro escrito en un código indescifrable es muy superior si se cree que lo escribió el hombre más sabio del mundo del siglo XIII que si se atribuye a un monje anónimo. Es mejor que la ilustración del libro de guerra, aunque obviamente agregada por mano espuria, sea de un artista italiano célebre que no de un portugués desconocido, así como es mejor que un libro que contiene 300 bocetos haya pasado por la pluma de Giotto y no por la de un joven aprendiz.

Como no disponemos de un escrito autógrafo de Roger Bacon para someterlo a una pericia caligráfica en toda regla y por tanto no podemos probar su autoría del Manuscrito Voynich, con la documentación que poseemos actualmente es imposible dilucidar la cuestión de si Voynich mismo creía que el franciscano era el autor del extraordinario libro o no.

En favor de la hipótesis baconiana, sabemos que el monje inglés escribió varios tratados de alquimia como todos los sabios de su tiempo, época precientífica por excelencia, al menos según la definición de ciencia y método científico tal como los concebimos hoy. La mentalidad tan avanzada de Bacon lo condenó a que se antepusiera a todos sus blasones el prefijo *pre-*: fue un gran astrónomo

precopernicano, un notable erudito precientífico, un soberbio naturalista predarwiniano, un médico preanatómico, y mil etcéteras más.

### ***Curiosos excesos «proféticos»***

Los excesos seudocientíficos alrededor de la figura de Roger Bacon y del Manuscrito Voynich nos han llevado a extremos que casi podrían llamarse ridículos. Como veremos, algunos de los que estudiaron el libro han creído ver en ciertos dibujos esquemas de galaxias espirales. Es cierto que uno de ellos es muy parecido a la Vía Láctea, pero no es suficiente prueba como para afirmar —como se ha hecho más de una vez—, que Bacon inventó el telescopio trescientos años antes de Lippershey y que lo asestó al cielo nocturno adelantándose a Galileo. Incluso uno de los autotitulados *traductores* del Manuscrito Voynich dio conferencias asegurando que la ilustración representa la galaxia Nebulosa de Andrómeda (conocida técnicamente como M31), y que el texto a su lado dice: «He visto, en un espejo cóncavo, una estrella que se parece a un caracol. Está entre el centro de Pegaso, los pechos de Andrómeda y la cabeza de Casiopea». Allí precisamente se ubica M31, pero hay que tener en cuenta que el concepto mismo de *gubia* era absolutamente desconocido en tiempos de Bacon, que la gravedad tardaría aún tres siglos en elaborarse como teoría y que el común de las gentes aún discutía en 1270 en qué *consistían* exactamente esas extrañas luces —las estrellas— que brillaban en el cielo nocturno. Sin embargo, todas estas ideas eran bien conocidas en la época del *traductor* (1921). Si Bacon disfrutó de un momento de clarividencia divina como para construir un telescopio reflector y descubrir de inmediato nuestra galaxia gemela —únicamente los telescopios más potentes del siglo xx han sido capaces de desentrañar la estructura espiral de M31—, sólo queda lamentarse de que haya descrito su hallazgo en un código que él sabía indescifrable. Además, si Bacon inventó el telescopio, ¿por qué las constelaciones dibujadas en el libro son tan distintas de las que adornaban los cielos del siglo xiii en lugar de configurar el más perfecto mapa celeste de su época?

Como algunas ilustraciones se parecen algo a células vistas al microscopio, tampoco faltó quien afirmara que Bacon inventó este instrumento 400 años antes que Leuwenhoek. Sin duda hubiésemos tenido un Jenner y un Pasteur hace muchos siglos si Bacon hubiese explicado su instrumento en una lengua comprensible.

La realidad es dura, pero el verdadero científico ha de aceptarla seriamente si aspira a encontrar el diamante de la verdad entre la hojarasca de los errores: no sabemos ni probablemente sabremos nunca si Roger Bacon escribió el Manuscrito Voynich, y acaso jamás lleguemos a atribuir su autoría a ninguna persona en concreto.

## La desaparición del manuscrito

### *Posibles motivos para ocultar el manuscrito*

Entre la Carta Marci y la recuperación del manuscrito por Wilfred Michael Voynich en Frascati mediaron nada menos que 246 años. Cuando el manuscrito volvió a ver la luz, Kircher llevaba 232 años en su tumba, Marci 245, Baresch casi 290, y Bacon, el socorrido «autor» de la obra, más de seis siglos. ¿Qué sucedió con el Manuscrito Voynich durante todo ese tiempo? ¿Por qué hubo que esperar al ilustrado y tecnológico siglo xx para poder reencontrarnos con el enigmático libro?

La desaparición y redescubrimiento de volúmenes antiguos no es un fenómeno raro: ya hemos visto que lo mismo sucedió con las cartas coleccionadas por Kircher durante toda su vida adulta y en consecuencia con la primera carta de Marci y la segunda de Baresch allí incluidas. Parte de la culpa puede atribuirse a la voracidad y el egoísmo de los coleccionistas privados, algunos de los cuales compran los escritos y los ocultan, a veces para siempre. Otra porción de la responsabilidad corresponde a la Iglesia, que durante siglos conservó documentos y manuscritos antiguos y, en más de un caso, apenas bajo papados recientes se avino a ponerlos ante la mirada inquisitiva de los científicos. El tercer culpable es, sencillamente, el fuego. El conocimiento y la sabiduría fueron perseguidos a lo largo de toda la historia de la humanidad: desde la persecución política de los filósofos griegos hasta las grandes hogueras del III Reich nazi, la posesión de obras literarias o científicas siempre representó un peligro claro y efectivo para el común de los hombres.

El problema se agrava en el caso de un manuscrito de naturaleza posiblemente alquímica o mágica en tiempos en que la Inquisición campaba por sus respetos y cualquier amalgama de palabras sobre un papel podía ser catalogada de herejía y merecer para su propietario el garrote vil o el fuego *purificador* de la hoguera.

El Manuscrito Voynich estaba cubierto, además, de dibujos de mujeres desnudas bañándose en cisternas con lánguidas actitudes de placer en los cuerpos y los rostros. Ambroise Paré, celeberrimo cirujano y anatomista francés del siglo xvi, afirmaba sin pestañear que la desnudez y las posturas indecentes de las mujeres provocaban sin excepción que dieran a luz niños deformes, seres monstruosos y criaturas anormales, lo que es especialmente adecuado en este caso porque muchas de las ninfas parecen

estar embarazadas. El Manuscrito Voynich era un frondoso catálogo en este sentido: las largas series de mujeres desnudas bañándose unas junto a otras sugerían con claridad ideas de lesbianismo, un delito que en los siglos XVI y XVII se consideraba «lamentable indecencia» y que en Francia se castigaba con la muerte para ambas reas. Se creía que la influencia del demonio sobre la mente del hombre se aprovechaba principalmente de la vulnerabilidad al pecado del ojo y del sentido de la vista, capaces de inducir al vicio con una sola mirada. La imagen de la mujer desnuda, expuesta a la vista de todos, era el epítome del retrato de la bruja, exhibiendo a todo el mundo sus pechos, vientre y vello pubiano —cuando no sus marcas demoníacas— y debía ser evitada a cualquier costo. Las mujeres poseídas por el Maligno a menudo se arrancaban las ropas ante sus exorcistas e inquisidores, y, en ese caso, el Manuscrito Voynich mostraba muchas imágenes de posesión.

No es sorprendente que antes y después de la Carta Marci el libro permaneciera en la segura oscuridad de bibliotecas privadas o monasterios, en parte por horror de sus propietarios a ser acusados por su causa y también por el simple y bienintencionado temor a corromperse en la deleitosa contemplación de imágenes que muy bien podían ser demoníacas. Para colmo de males, no podía descifrarse el texto de los epígrafes.

Entre silencios y tinieblas, así pasó el manuscrito las décadas y los siglos, tal vez por estos motivos, acaso por otros que no logramos siquiera imaginar. Sin embargo y afortunadamente, nuestros medios y conocimientos actuales nos permiten reconstruir —aunque con insuficiente precisión— el destino del Manuscrito Voynich a lo largo de la Historia.

## ***El enigma de los catálogos***

Supimos por última vez del manuscrito cuando Godfried Kinner preguntó a Kircher desde Praga si había conseguido avanzar en el proceso de desentrañar sus secretos. Si bien el jesuita jamás respondió a esta petición, el simple hecho de que se haya guardado la Carta Marci entre los folios del libro podría ser prueba suficiente de que Kircher tuvo a ambos en su poder a partir de 1666.

Lo estudiara a conciencia o no, lo cierto es que el Voynich tiene que haber quedado entre los libros de su propiedad durante los siguientes doce años. Dos años antes de morir, en 1678 Kircher dona sus propiedades al Museo del Colegio Romano, rebautizado entonces Kircheriano.

Ese mismo año el bibliotecario De Sepi publicó un extenso catálogo de los contenidos del museo. El autor menciona diez (¿por qué no doce?) tomos de cartas enviadas a Kircher y muchos otros textos, pero no el Manuscrito Voynich.

Nombrado custodio del museo en 1698, Filippo Buonanni dedica los siguientes once años a elaborar un nuevo catálogo, mucho más cuidadoso y completo que el de

De Sepi. Una vez más, este cataloguista no nombra el manuscrito. Hubo otros intentos, más o menos completos o eficaces, de catalogar las propiedades que habían sido de Kircher en 1754 y 1773, pero ninguno de ellos menciona nuestro libro.

En este sentido, resulta imprescindible relacionar la compleja historia del manuscrito con la historia de la organización a la que estuvo unido su destino desde tiempos remotos, al menos desde la época de Rodolfo y Tepenec: la Compañía de Jesús. Esta relación podría explicar, al menos en parte, algunos de estos enigmas sobre la historia posterior del Manuscrito Voynich.

## ***El manuscrito y la Compañía de Jesús***

La Compañía de Jesús fue fundada en 1540. Más tarde, tras numerosos enfrentamientos con el papado y otras órdenes religiosas, fue acusada por ciertos personajes u organizaciones poderosos de conspirar contra la Iglesia y los Estados y de representar el más serio intento organizado de judaizar y anarquizar el cristianismo. Dos veces fue suprimida o disuelta, y sus propiedades y posesiones se confiscaron en más de una oportunidad. Estas circunstancias ofrecieron inmejorables posibilidades para que el Manuscrito Voynich se perdiese para siempre, pero gracias a la buena fortuna y a medios que no hemos logrado desentrañar del todo, la Compañía consiguió conservarlo junto con algunos otros de sus libros más importantes (como el *Carteggio Kircheriano*, entre otros).

Sabemos que en 1754 el bibliotecario del Colegio Romano, Padre Lazzari, escribió acerca de los manuscritos contenidos en la colección de Kircher. En 1767 la orden jesuita era suprimida en Roma y expulsada del Nuevo Mundo por orden de Carlos III, para ser después «extinta a perpetuidad» en 1773 bajo el pontificado de Clemente XIV. Temiendo el decomiso de sus amados libros, Lazzari obtuvo una audiencia con el cardenal Zelada (principal orientador del antijesuitismo de la época). Como consecuencia de la reunión, en la que Lazzari debió de haberle rogado que salvara algunos de los volúmenes, Zelada accedió, tomando parte del material del Colegio y llevándoselo a su biblioteca privada ubicada en Toledo. Lo más importante del Colegio, los Archivos de la Sociedad, fueron salvados por el jesuita Giuseppe Pignatelli durante las guerras napoleónicas.

Terminada la guerra en 1814, el papa Pío VII comenzó al año siguiente a restituir a los jesuitas sus edificios y posesiones. Nueve años más tarde, la Compañía estaba ya completamente restaurada. Le habían sido devueltos la iglesia del Gesu, el Collegio Germánico, el Anexo, el Noviciado de San Andrés, el Panteón, el Collegio Romano, el Oratorio del Caravita, todos los museos, la biblioteca y el Observatorio Astronómico o «la vecchia specola» («el viejo espejo»), así como la iglesia de San Ignacio. Además, se le adjudican el Apollinare de Piazza Navona para ampliar el Seminario Romano y se le entrega el Palacio Borromeo para establecer en él el

Collegio Germánico.

A la muerte del general de la Compañía, Roothaan, en 1853, un nuevo jesuita es nombrado en su lugar: su nombre es padre Beckx: se trata del propietario del tomo del epistolario de Kircher que contenía treinta y cinco de las cartas que Marci remitió al jesuita. Este hecho se comprueba porque un papel adherido a la tapa del volumen dice «De la biblioteca privada del P. Beckx».

Cuando las tropas de Víctor Manuel capturaron Roma, se adueñaron de las instituciones jesuitas de la ciudad, comenzando por la sede administrativa de la Compañía, la Curia. Por afán de justicia o sentimiento de la conmiseración, los soldados habían recibido la orden de confiscar los bienes corporativos de la orden, pero respetando las posesiones personales de los sacerdotes. Fácil es imaginar, entonces, al padre Petrus Beckx, 22.º general de la Compañía de Jesús, apresurándose a rotular todos los libros de la *Bibliotheca Major* del Colegio Romano, la más completa de la Compañía, con la leyenda «De la biblioteca privada del P. Beckx». Esta conducta está atestiguada en las correspondencias de otros jesuitas que también se encontraban allí. Víctor Manuel, posiblemente, conocía la maniobra, pero la ausencia de catálogos que detallaran el contenido de la biblioteca del Colegio y el temor a granjearse la enemistad de la gran fracción procatólica y projesuita de la ciudadanía de Roma le sugirieron que tal vez sería mejor mirar hacia otro sitio. Al fin y al cabo, los jesuitas no escondían armas ni oro, sino sólo libros. Todo aquello que Beckx no llegó a apropiarse fue confiscado definitivamente el 20 de octubre de 1873 junto con el Colegio entero. El nuevo gobierno fundó en el propio sitio y con los propios libros de la Compañía su Biblioteca Nacional, agregando al material jesuita el de otras bibliotecas decomisadas. Entre 1874 y 1875, sesenta bibliotecas cuyas colecciones sumaban un total de más de 400.000 volúmenes fueron confiscadas y enviadas a la Biblioteca Nacional, incluyendo el Museo Kircheriano y la biblioteca donada por Kircher, lo que explica que su misma correspondencia sea hoy propiedad de la Gregoriana. Otra parte de los libros que fueron de Athanasius se encuentra hoy en el Museo Prehistórico y Etnográfico Luigi Pigorini en Piazza Marconi, en el célebre barrio romano de EUR (Exposición Universal de Roma). Otras dependencias del Colegio fueron reutilizadas como escuelas, mientras que la Universidad se vio mudada al Palacio Borromeo y rebautizada como Pontificia Università Gregoriana del Collegio Romano. Los archivos de la Societas Iesu fueron a parar al mismo sitio, mientras que la nueva Curia fue pasada a Fiesole. Allí fue a vivir Petrus Beckx. El noviciado de San Andrés fue salvado por un amigo de Petrus llamado Alejandro de Tortonia, que lo trasladó a su propio palacio en Castel Gandolfo, insistiendo en que el padre Beckx se fuese a vivir con él o al menos se quedase allí cuando lo deseara. Tortonia asistió con similar solidaridad al noble —ahora en desgracia— Marcantonio Borghese. Borghese, de tal forma, tiene que haber tomado contacto y tal vez amistad con el amigo de su amigo Tortonia, el padre Beckx. Una prueba de esta relación fue la entrega gratuita a los jesuitas de una de sus propiedades más valiosas, el palacio de



la Villa Mondragone en Frascati. Sería allí en donde Wilfred Michael Voynich descubriría el manuscrito en 1912.

En cualquier caso, la prueba de la presencia del Manuscrito Voynich en el Colegio Romano antes de que Voynich lo redescubriera en 1912 es bastante difícil de establecer.

Hasta 1959 no entra en escena una de nuestras principales fuentes al respecto: monseñor José Ruyschaert, *scriptor* de la Biblioteca Vaticana. Este personaje, tras arduos e ímprobos esfuerzos, logró concluir su importante obra, *Codices Vaticani Lutini*.

Sabemos que antes de Ruyschaert, De Ricci había preparado, en 1937, su famoso censo de manuscritos medievales conservados en Estados Unidos y Canadá. En él, prolijamente ordenados por estado americano o provincia canadiense y ciudad, podemos ver todos los libros que De Ricci había encontrado en esos dos países. Una de las colecciones registradas por De Ricci es la de Wilfred Michael Voynich, compuesta por dieciséis manuscritos. El numerado octavo es el Manuscrito Voynich.

Veintidós años después, Ruyschaert comenzó a compilar el *Codices Vaticani*, donde consignaría cada libro que formaba o había formado parte de la biblioteca del Colegio Romano, y para ello tomó como base el trabajo de De Ricci. Ésta es la razón por la cual el Voynich lleva en su obra el número de referencia que le había asignado el *Census*. Sin embargo, Ruyschaert va más allá: identifica veinte manuscritos que habían sido llevados del Colegio a América, y concluye que quince de los veinte habían pertenecido a Voynich. Uno de esos es el manuscrito que nos ocupa. Ruyschaert consulta, además, otras fuentes. Por este motivo, aumenta la cantidad de los seis que consignaba De Ricci a los veinte que menciona él. Esta confrontación de fuentes es el hecho que comúnmente se acepta como prueba de que el Voynich perteneció efectivamente a la Biblioteca del Colegio Romano.

¿Cómo se enteró entonces De Ricci de la procedencia del Manuscrito Voynich, si no había contrastado las fuentes de que dispuso Ruyschaert? Parece ser que la secretaria de Voynich, Arme Nill, le contó al censista este extremo, con la autorización de Lily Boole, poco después de la muerte del librero lituano. Esto no nos extraña, ya que aunque los jesuitas hicieron prometer a Voynich que no desvelaría el origen del manuscrito, esta promesa sólo era válida hasta la muerte del propietario.

## ***El manuscrito en La Villa Mondragone***

La Villa Mondragone perteneció originalmente al cardenal Marco Sittico von Hohenems, llamado «de Altemps», nombre que responde a la italianización de su apelativo.

Altemps compró primero la vecina Villa Tusculana, y la amplió y refaccionó en 1571. Dos años más tarde, uno de los amigos de Marco, el también cardenal Ugo

Buoncompagni, le sugirió la erección de una nueva villa en la cima de la colina que dominaba la Tusculana, sobre las ruinas romanas de la Villa Quintiliana. Así comenzó la construcción de su nueva casa —la Villa Mondragone—, tarea que le llevó cuatro años, ya que fue acabada en 1577. Buoncompagni hizo carrera: pocos meses después sería elegido papa bajo el nombre de Gregorio XIII. En honor a su amigo el pontífice, Aldemps bautizó la casa Mondragone («El monte del dragón»), porque los Buoncompagni tenían la representación de este animal mitológico en sus armas. Gregorio XIII y su corte solieron frecuentar a los Hohenems en Mondragone durante muchos años.

Villa Mondragone permaneció en poder de los Altemps durante muchos años: a la muerte de Marco la villa —y también la Tusculana— pasaron a poder de su sobrino, el duque Gian Angelo Altemps. En 1613 ambas casas fueron vendidas al cardenal Scipione Borghese, luego papa Paulo V, y así fue como llegó la Villa Mondragone a manos de los Borghese.

Tras la cesión a los jesuitas de 1865 y la venta definitiva a la Compañía de Jesús en 1896, la Villa fue vendida a la Universidad de Roma en 1981.

El Manuscrito Voynich con la Carta Marci adherida fueron rescatados, entonces, de la nueva diáspora jesuita, esta vez por el general de la Compañía y sus amigos Tortonia y Borghese. Podríamos intentar ahora delinear una trayectoria más completa del manuscrito desde su mismo principio hasta nuestros días:

Autor desconocido → Dee, Kelley o un desconocido (?) → Rodolfo II → Elisabeth Weston (?) → Pontanus (?) + Jacopus Horcicky de Tepenec → George Baresch → Johannes Marci → Athanasius Kircher → Compañía de Jesús → Museo Kircheriano (?) → Petrus Beckx → Jesuitas de Villa Mondragone en Frascati → Wilfred Voynich

Beckx abdicó el generalato de la Compañía en 1884, y fue sucedido por el padre Anderledy. Petrus regresó a Roma y vivió en San Andrés hasta su muerte tres años después, a la edad de noventa y dos años.

Durante los últimos años del siglo XIX se realizó más de un catálogo de las propiedades donadas por Kircher a la Compañía de Jesús. Uno de ellos fue el de Ettore de Ruggiero, pero no menciona el Manuscrito Voynich, como parece ya ser una constante en su historia. El catálogo siguiente, de 1893, no lista siquiera los tomos de la correspondencia de Kircher. René Zandbergen arriesga la hipótesis de que la colección completa se encontraba en el mismo armario inaccesible que los demás manuscritos del Colegio Romano, incluyendo por supuesto al Voynich.

A Anderledy le sucedió Luis Martín como general de la orden, quien contaba con la ventaja de ser amigo personal del futuro papa Pío X. Cuando éste fue entronizado, la Compañía comenzó una nueva etapa de esplendor al contar, por una vez, con el

apoyo del Vaticano. Incluso el sucesor de Martín —Werntz— era también una persona muy próxima a Pío X.

Bajo el generalato de Martín, la Compañía compró Villa Mondragone, pagando de este modo el dinero que Borghese se había negado a recibir tres décadas antes.

Todo estaba dispuesto para que el Manuscrito Voynich, desaparecido desde 1666, volviera a ver la luz una vez más. El volumen había sido preservado, la Compañía había sobrevivido y estaba rehabilitada, los libros yacían en sitios seguros, y sólo faltaba la aparición de un nuevo propietario interesado en ocuparse de él.

## ***La venta del manuscrito***

De acuerdo con las fórmulas económicas típicamente jesuitas, el general Martín había postergado durante años toda una serie de reparaciones mayores y menores que Villa Mondragone necesitaba con urgencia. El razonamiento era que la Villa había sido cedida por los Borghese a la Compañía, pero que no era técnicamente propiedad suya. ¿Para qué invertir dinero en su mantenimiento en ese caso?

Con la compra definitiva y a perpetuidad del edificio en 1896 la situación se modificó. Los jesuitas deseaban ahora refaccionar la Villa, ya que era suya en el sentido jurídico. Sin embargo, carecían de las ingentes cantidades de dinero necesarias para ello. ¿Qué hacer, pues? ¿De dónde obtener el dinero? Mientras vacilaban, los techos se les venían encima.

Uno de los padres del Colegio, fray Strickland, encontró la solución: podían vender uno o varios de los libros de la biblioteca a fin de engrosar el peculio y reparar el edificio. La idea se aprobó en 1911. Sólo faltaba encontrar el comprador adecuado.

No era intención de los jesuitas que se divulgase que la Compañía (a la que durante siglos se había tachado de judía, de mercantilista, amiga del contrabando y de la trata de esclavos) estaba vendiendo libros que se le habían donado con liberalidad. Todo debía mantenerse en el mayor de los secretos. Strickland planeó la venta como una operación militar: sólo venderían una pequeña fracción de los más de mil tomos de la colección; dos compradores potenciales competirían entre sí y el Colegio elegiría a uno de ellos. Ambos permanecerían anónimos y no se conocerían jamás el uno al otro. Sólo el propio fraile sabría de quiénes se trataba. Sólo a otra persona más se le ofrecerían libros en venta: Su Santidad el Papa.

Efectivamente, Pío X compró en secreto en el año 1912 más de 300 de los volúmenes de la biblioteca de Villa Mondragone, para donarlos luego a las Bibliotecas Vaticanas. Los comprobantes de la operación fueron destruidos. Uno de los dos clientes elegidos por Strickland perdió la confrontación en el extraño concurso mediante el cual pretendía calificar para poseedor de las obras: se trataba de un judío anónimo de Padua. El cliente que salió ganando se llamaba Wilfred Voynich.

## ***Voynich, el comprador del Manuscrito***

Cuenta Voynich en sus papeles privados —que se conservan en la Biblioteca Beinecke junto al manuscrito y a la Carta Marci— que, antes de ser aceptado como comprador, fue obligado por los jesuitas a prometer que guardaría el secreto. Por supuesto que accedió. Acaso ésta sea la razón de que Lily Boole sólo haya reconocido de dónde obtuvo su marido el manuscrito en una carta cerrada que se abriría exclusivamente tras la muerte de ambos.

Se le permitió a Voynich comprar apenas treinta volúmenes, y tanto su compra como la de Pío X se describen en detalle en el catálogo compilado trabajosamente por monseñor José Ruyschaert. El manuscrito había llegado, por fin, a las manos de su propietario más importante.

Ya hemos establecido que Voynich creía firmemente —aunque equivocado, como se piensa hoy— que el manuscrito era obra de Roger Bacon. Si lo era, entonces Wilfred poseía ahora uno de los documentos más importantes de la historia de la ciencia. Sólo restaba publicarlo, mostrarlo a los expertos y exhibirlo al público. Tarde o temprano alguien lo descifraría.

Vana esperanza, sin embargo.

## El destino posterior del manuscrito

### *Esfuerzos por descifrar el escrito*

Las pruebas de que Voynich compró el manuscrito a los jesuitas del colegio de Villa Mondragone proceden de dos fuentes independientes.

La primera de ellas es el texto de monseñor José Ruyschaert, *Codices Vaticani Latini*, publicado en 1959. La segunda es una carta autógrafa de Ethel Lilian Voynich hallada entre sus papeles póstumos. Estaba cerrada y lacrada y había instrucciones para que fuera abierta sólo después de su muerte. Lily dice allí que Voynich compró el documento en Frascati. El juramento impuesto por Strickland a su marido le obligaba a revelar este secreto sólo una vez que hubiese fallecido.

Aparentemente, Voynich llevó el manuscrito a Londres, pero no lo puso a la venta en 1912. Antes bien, sacó muchas fotografías de sus páginas y las envió a varias clases de expertos: bibliófilos, lingüistas y criptógrafos. Recibieron estas copias el célebre paleógrafo y lingüista H. Ormont de la Universidad de París, A. G. Little —el mayor experto mundial sobre Roger Bacon—, George Fabyan de los Laboratorios Riverbank y el cardenal Gasquet, conservador jefe de los Archivos Vaticanos. El hecho de enviar especímenes a tantos expertos parece indicar que Voynich no creyó que el manuscrito estuviese escrito en una lengua extraña sino en algún tipo de código criptográfico que los grandes científicos podrían descifrar. Sus esfuerzos, al parecer, no tuvieron éxito.

Los libros escritos en un código cifrado fueron comunes entre los siglos xv y xviii, por lo que el Manuscrito Voynich pertenece a esa moda histórica y literaria. Desde el original de la *Stenographia* de Johannes Trithemius, obispo de Sponheim —alquimista y criptógrafo bien conocido por todos los aficionados a las ciencias ocultas—, pasando por las obras del mallorquín Raimundo Lulio (Ramón Llull) y la obra sobre náutica de Leonardo, los últimos ejemplos de libros sin descifrar rindieron sus secretos en el siglo xix.

Éste es el caso de los célebres *Diarios* del escritor y administrador naval inglés del siglo xvii Samuel Pepys. De acuerdo con sus instrucciones, su diario íntimo, escrito en cifra, fue depositado en el College de Cambridge, donde permaneció olvidado y sin descifrar hasta su redescubrimiento en 1818.

La tarea de traducir el manuscrito fue encomendada a un estudiante no graduado, John Smith, que trabajaba en la misma biblioteca del College y para quien el trabajo resultó un verdadero suplicio. El pobre Smith trabajó en el manuscrito de Pepys durante tres años a razón de catorce horas diarias. La recompensa fue que logró descifrar el extraño código. El libro fue publicado en 1825 y los divertidos londinenses pudieron disfrutar de un interesante fresco de la vida, los escándalos y los engaños que Pepys presencié durante la Restauración inglesa.

Sin embargo, la vergüenza cayó sobre Smith en 1870: mientras se preparaba una nueva edición del libro, la editorial descubrió que Pepys había utilizado simplemente la sencilla clave taquigráfica de la propia biblioteca del College donde había trabajado, como Smith. Si el joven hubiese conocido mejor su propio lugar de trabajo no habría invertido tres años de su vida en traducir un texto que a los nuevos editores les supuso menos de un mes.

Acaso con el Manuscrito Voynich ocurriese algo similar.

La Exhibición Voynich de 1915 en Chicago fue el resultado de la desesperación de Voynich por conseguir que alguien descifrara su tesoro. Sin embargo, ni los expertos ni el público llano pudieron ayudarlo. Los diarios repetían como loros su teoría acerca del origen baconiano del manuscrito, pero nadie parecía capaz de leer una sola letra.

Al igual que había mentido en Chicago acerca del motivo por el cual se había trasladado a Norteamérica, tuvo que seguir mintiendo respecto al origen del manuscrito durante el resto de su vida, obligado por el juramento que había prestado a los jesuitas de Frascati. Aparte de él, la única persona que sabía dónde lo había obtenido en realidad era su esposa.

A pesar de las oscuridades, los engaños y las mentiras a que se vio obligado por su promesa y posiblemente a causa de las persecuciones políticas que había sufrido en su juventud y que con seguridad no había olvidado, es lealtad respecto de su manuscrito. Honestamente hizo durante su vida todo lo que estuvo a su alcance para descubrir su secreto y con generosidad entregar los resultados a la comunidad científica.

Intrigado por la inscripción de sus volúmenes, se sabe que investigó en profundidad al padre Petrus Beckx, pero —al parecer— no pudo encontrar su biografía, que según Zandbergen constaba de más de 600 páginas en holandés. Sí se sabe que pasó y repasó las páginas del catálogo del Museo Kircheriano publicado por De Sepi en 1678 buscando referencias a su manuscrito o a la Carta Marci, descubriendo con enorme alegría que De Sepi listaba los diez tomos de la correspondencia de Kircher. ¿Podía estar allí la primera carta de Marci u otra documentación relativa a su manuscrito? ¿Cómo tener acceso a esa importante colección?

Voynich localizó a un antiguo estudiante del Colegio Romano llamado Henri Hyvernatt y descubrió que seguía en Roma. Pidió a su amigo W. W. Bishop que le

escribiese solicitándole ayuda para identificar el paradero de las cartas de Kircher. Hyvernat movió cielo y tierra por toda Roma para encontrar los tomos, pero incluso los más sabios de entre los ancianos jesuitas creían que las cartas kircherianas se habían perdido en algún momento entre la supresión de la Compañía de Jesús y su restauración.

La pregunta de qué había sucedido entretanto con la correspondencia de Kircher no tiene una respuesta clara, pero se cree que el remanente de la biblioteca de Beckx, incluyendo las cartas kircherianas, estaba guardado en la Universidad Gregoriana.

### ***Los últimos propietarios privados del manuscrito***

Arme Nill, la antigua secretaria de Voynich que se había venido a América con él mientras Lily se paseaba por Europa con su amante Sidney Reilly, había seguido siendo amiga de la viuda durante toda su vida. De hecho, vivían juntas en Nueva York.

En 1961 Lily tenía ya noventa y siete años y era consciente de ser la única persona viva que conocía el secreto de la procedencia del manuscrito. En consecuencia, escribió una carta donde explicaba la verdad y dejó a Nill estrictas instrucciones de que la abriera sólo después de su muerte. Murió ese mismo año.

Arme Nill fue, pues, la siguiente persona que supo de Villa Mondragone y, casualmente, la nueva propietaria del Manuscrito Voynich y de la Carta Marci. Pronto comenzó a buscar comprador para el tesoro. El testamento de Voynich estipulaba que el manuscrito sólo podía ser vendido si el comprador era aprobado por un comité de cinco personas, a saber: Lily Voynich, Arme Nill, el profesor John Manly, W. W. Bishop (quien había contactado a Hyvernat en nombre de Voynich) y James Westphal Thompson. Lily ya no estaba, pero parece ser que los cuatro restantes se mostraron de acuerdo en que el librero Hans P. Kraus era la persona adecuada para hacerse cargo del manuscrito. Kraus se mostró interesado en comprarlo, pero exigió que todas las copias que Voynich, Lily y Nill habían enviado a los expertos fueran recuperadas, porque deseaba la exclusividad de los derechos de publicación. Arme Nill comenzó a escribir cartas a todos los poseedores de las copias, y algunos las devolvieron, aunque la mayoría simplemente contestó que no harían copias subsiguientes para terceros, o que no publicarían nada sin el consentimiento del nuevo propietario.

Kraus aceptó esto también y el 12 de julio de 1961 se convirtió en el nuevo dueño del Manuscrito Voynich, pagando por él a Nill 24.500 dólares norteamericanos. Sin perder un segundo, comenzó las gestiones para revenderlo. Le puso un precio en consonancia con lo importante que él creía que era el material, pero bastante desusado incluso para un manuscrito medieval de firma conocida: 160.000 dólares. Kraus prometió entregar la mayor parte del precio que obtuviera por él a la señorita Nill, pero ella murió en 1962, apenas un año después que su amiga Lily Boole.

Respecto del elevado precio asignado al documento y a la motivación que le había impulsado a comprarlo, Kraus declaró que lo había hecho «por estar convencido de que contiene información que puede arrojar luz sobre la Historia del hombre. Cuando alguien sea capaz de leerlo, este libro valdrá un millón de dólares».

Ese día todavía no ha llegado y, en consecuencia, Kraus no tuvo éxito en sus esfuerzos: poseyó el manuscrito durante ocho años, guardado en la cámara de seguridad de un banco neoyorquino.

Una extraordinaria anécdota surge de las páginas de la autobiografía del último propietario privado del Manuscrito Voynich. Relata Kraus en su libro que en 1163 se encontraba en Roma. Tuvo entonces la idea de visitar a monseñor José Ruyschaert, el mismo que —como recordará el lector— había compilado en 1959 el catálogo *Codicina Vaticani Latini*, descripción de los manuscritos latinos que las Bibliotecas Vaticanas habían conseguido del Colegio Romano. Dice Hans Kraus: «Yo sabía que él había escrito el catálogo de la biblioteca de Mondragone y esperaba que me diese más información acerca del manuscrito cifrado». Kraus preguntó a Ruyschaert si tenía idea de lo que había sucedido con el manuscrito. «Por supuesto. Lo tenemos aquí, en la Biblioteca», respondió el anciano bibliotecario, para la enorme sorpresa de Kraus. «¿Podría usted mostrármelo?» «Sí», respondió el religioso, y se dirigió a las estanterías. «Pronto regresó sin él», escribe el librero. «Tuve que decirle que yo tenía el códice, y el modo en que había llegado hasta mí.» Todos los autores se muestran asombrados de esta extraña última anécdota del Manuscrito Voynich.

En 1969, ya harto de intentar venderlo, Kraus decidió donar el tomo a la Universidad de Yale, la cual lo giró a su Biblioteca Beinecke donde aún se encuentra hoy.

De tal manera, podemos completar el circuito que recorrió el Manuscrito Voynich —agregando los propietarios que nos faltaban— hasta la actualidad:

Autor desconocido → Dee, Kelley o un desconocido (?) → Rodolfo II → Elisabeth Weston (?) → Pontanus (?) → Jacopus Horcicky de Tepenec → George Baresch → Johannes Marci → Athanasius Kircher + Compañía de Jesús → Museo Kircheriano (?) → Petrus Beckx → Padre Strickland, Colegio jesuita de Villa Mondragone en Frascati → Wilfred Michael Voynich → Ethel Lilian Voynich → Arme Nill → Hans P. Kraus → Biblioteca Beinecke de la Universidad de Yale

Junto con el manuscrito, la Beinecke conserva —como se sabe— la Carta Marci. Además, allí se encuentran los cuadernos de notas personales de Wilfred Voynich, sus cartas enviadas y recibidas y todas las notas pegadas al Voynich y a los demás manuscritos que compró en Villa Mondragone (aquellos que decían «De la biblioteca privada del P. Beckx»).

Como última curiosidad, citaremos una carta de René Zandbergen fechada en



junio de 2000 en la que el experto declara que el catálogo de De Ricci, que listaba todos los manuscritos medievales que se conservaban en Estados Unidos y Canadá, mereció una segunda edición en 1961. El editor de esta nueva tirada fue la compañía de Hans P. Kraus. La diferencia entre la edición de 1937 y la nueva era que ésta incluía un índice alfabético de nombres de autores y propietarios de los manuscritos estudiados en el libro. El índice incluye un solo manuscrito relacionado con Marci o Kircher: obviamente, el Manuscrito Voynich. Lo sorprendente es que el libro dice que el índice fue elaborado por... Arme Nill. Este hecho por sí mismo demuestra que la señorita Nill era empleada de la compañía de Kraus en vida de Lily Voynich. No es sorprendente, entonces, que haya pensado en su jefe para pedirle lograr la posesión del extraordinario tomo.

## Hipótesis y soluciones para un enigma

### *Buscando las claves para interpretar el manuscrito*

Los años veinte no trajeron avances en la búsqueda de una solución para el problema de Voynich y su libro indescifrable.

Sin embargo, la obligación de guardar el secreto no le impediría tratar de encontrar quien le tradujese el documento. Consciente de ello o no, Wilfred Voynich estaba repitiendo la misma búsqueda desalentadora que ya habían padecido —y abandonado— Rodolfo II, Tepenec, Baresch, Marci y probablemente Athanasius Kircher antes que él.

Dos médicos le aseguraron en 1921 que ellos serían capaces de descifrar el código, y en la esperanza de que fuese cierto, Wilfred presentó el volumen en una exposición realizada en la Academia de Medicina de Filadelfia. Como documentación de la misma se entregó a los asistentes un opúsculo escrito por el propio Voynich y que representa su primera contribución de puño y letra a la historia registrada de su manuscrito, las gacetillas del *Tribune* y el boletín del Instituto de Arte de Chicago. El documento demuestra que Voynich había efectuado ya en 1921 un estudio concienzudo y competente del tomo. Dice, sin embargo, mintiendo por las razones apuntadas, que no puede revelar el lugar de origen del libro porque si lo hiciese no se le permitiría regresar a él para comprar más piezas. Manifiesta también que fue encontrado en ciertos armarios pertenecientes a las noblezas de Parma, Módena y Ferrara junto a otras de las obras de su colección, y que no habían visto la luz pública desde hacía más de un siglo. Esta afirmación sólo era cierta parcialmente: si bien algunos de los treinta libros que Wilfred compró a Strickland tenían en efecto grabadas las armas de esas familias, todos decían también «De la biblioteca privada del P. Beckx», de modo que Voynich sabía perfectamente de dónde provenían. Es interesante mencionar que Voynich nunca contó a nadie que cada uno de los tomos comprados en Mondragone tenían adherida una nota con el nombre de Beckx.

La exposición de Filadelfia llegó y pasó, y ningún médico de esa ciudad pudo jamás encontrar la clave del enigma.

Voynich murió en 1931 sin haber conseguido ni las cartas de Kircher ni un asomo de solución al problema del manuscrito, y el enigmático volumen pasó a manos de su

viuda, Ethel Lilian Boole Voynich. Se podría decir que lo primero que hizo fue sacar una copia completa del libro entero y enviarla a la Pontificia Universidad Católica de Washington. ¿Quién trabajaba allí en aquel momento? Nada menos que el mismísimo Henri Hyvernat. Grande fue la sorpresa del sacerdote —y también de su ayudante Theodore Petersen— al encontrarse con el Manuscrito Voynich. Cuando Wilfred, años antes, le había solicitado que encontrara por él las cartas de Kircher, no le había explicado para qué las necesitaba ni le había hablado de la Carta Marci o del volumen en sí. El joven Petersen se entusiasmó con el acertijo, se quedó con la copia por un tiempo y se tomó el trabajo de transcribirla de cabo a rabo con su propia mano, consiguiendo elaborar una sistemática completa. A partir del trabajo de Petersen, Theodor Holm identificó dieciséis especies de plantas reales —todas europeas— y el padre Hugh O'Neill, botánico profesional y monje benedictino, cree haber reconocido algunas de origen americano (el «girasol Voynich» y la pimienta entre ellas).

Erwin Panofsky, experto en arte y especialmente en la pintura de Durero, se interesó en el manuscrito y lo estudió durante cierto tiempo. Coincide con las teorías generales acerca del libro, y fue uno de los que dirigió, años más tarde, el célebre simposio de D'Imperio.

### ***La «solución» de Newbold***

El hombre que en 1921 anunció públicamente que había llegado a la solución de la cifra del Manuscrito Voynich —aquel que viajó por todo el país dando conferencias a ese respecto—, se llamaba William Romaine Newbold y era decano de la Universidad de Pensilvania. Newbold, que había visto por primera vez el manuscrito en 1919, decía haber leído en él que su autor era Roger Bacon.

Newbold, especialista en lenguajes y en códigos cifrados, había sido condecorado por el presidente Roosevelt por la excelencia de sus soluciones en el desciframiento de mensajes interceptados a espías enemigos en la Gran Guerra que acababa de terminar. Parecía, por tanto, el hombre indicado para quebrar el código del Voynich.

Después de trabajar con el manuscrito durante más de dos años, Newbold se dedicó a dar conferencias. La clave o tabla de equivalencias que se ve en la última página del manuscrito parece haberle hecho creer que había encontrado la solución. Newbold, víctima de su propio éxito en las conferencias, se obsesionó cada vez más con el manuscrito, y parece ser que esta obsesión lo arrastró a la demencia. No fue el único personaje cercano al extraño libro que acabó muriendo pobre, solo y loco. Newbold falleció en 1926. Su libro, *The Cipher of Roger Bacon (La clave secreta de Roger Bacon)* fue publicado por Ronald Grubb Kent póstumamente en 1928.

En 1931, John Manly —colega de Newbold que llegaría a ser parte del comité que aprobaría la venta del libro a H. P. Kraus— había analizado minuciosamente los

procedimientos de Newbold. Manly, el más grande experto mundial sobre la obra de Chaucer, llegó a la conclusión de que Newbold estaba equivocado. Su trabajo, escribió, «adolecía de tan graves defectos que devenía imposible aceptar sus resultados». El problema principal de Newbold consistía en que utilizaba anagramas. El anagrama, método impreciso donde los haya, puede llevar, prácticamente, a cualquier traducción de un mismo texto. Newbold dividió el texto del manuscrito en bloques simples de 55 letras y dobles de 110, y con ello dio pie al hallazgo de decenas o cientos de miles de posibles interpretaciones. La elaboración de anagramas tiene su origen en la más remota Antigüedad. Un ejemplo clásico lo constituyen las primeras palabras del *Avemaria* (*Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum*), compuestas solamente por treinta y una letras. Sin embargo, los monjes antiguos pudieron obtener con ellas 3.100 frases religiosas diferentes en prosa, un poema acróstico, 1.500 versos pentámetros y hexámetros perfectamente rimados y una biografía completa de la Virgen María compuesta por las mismas treinta y una letras anagramadas de veintisiete maneras diferentes.

La anagramación viola la única ley importante de la traducción de un texto cifrado, que consiste en que cada pasaje puede tener una solución y solamente una. El anagrama ha sido concebido para lograr precisamente lo contrario.

Todo esto afecta exclusivamente a lo que llamaremos la *interpretación primaria* de Newbold. El estudioso encontró también un subtexto o *traducción secundaria* que, según él, estaba escrita en caracteres griegos microscópicos ubicados en los *bordes* de cada letra del manuscrito. Cuando Manly observó el original del manuscrito con lupa, descubrió que los supuestos caracteres *griegos* no son más que pequeñísimas rajaduras y daños en la capa de tinta de las letras provocados por el simple paso del tiempo.

La teoría de que Bacon escribió el libro proviene, como sabemos, de la Carta Marci. Las conclusiones de Newbold reforzaron este extremo, así como introdujeron los fantásticos asertos de que el franciscano inventó un potente telescopio capaz de descubrir la estructura espiral de M31 y el microscopio. Cuando se le echó en cara que la naturaleza de Andrómeda era conocida en su tiempo pero no en el de Bacon, Newbold respondió que él jamás había oído hablar de ella ni de ninguna otra galaxia espiral. Es absolutamente imposible que un famoso profesor universitario norteamericano de los años veinte ignorara este hecho, fuese cual fuese la especialidad que cultivara. Con extremada benevolencia, Manly, en lugar de llamarlo directamente mentiroso, dice que Newbold «fue víctima de su propio e inmenso entusiasmo y de su cultivado e ingenioso subconsciente». La conclusión de Manly es que el trabajo de Newbold no sirve para nada. «En verdad, no sabemos cuándo ni dónde fue escrito el manuscrito, ni siquiera cuál es el lenguaje en que se basa su código cifrado. Cuando se apliquen las hipótesis correctas, quizá descubramos que el código es simple y sencillo», escribió. Manly afirmó, además, que el Voynich está escrito con una cifra de sustitución (en la que se reemplaza cada letra del alfabeto por

un único carácter voynichés) con un «uso extensivo de caracteres sin significado». Lamentablemente para todos nosotros, ningún experto ha podido probar esta afirmación.

### ***La «solución» de Feely y los intentos de los Friedman***

Nadie volvió a preocuparse públicamente del manuscrito durante muchos años, a pesar de que varios estudiosos continuaron analizándolo en privado y en la intimidad de sus laboratorios.

En 1943, un abogado de Nueva York llamado Joseph Martin Feely publicó una «solución» para este enigma consistente en un largo, confuso y aburrido texto en mal latín, plagado de incoherencias, fallos gramaticales y errores científicos. Además, el texto está abreviado sin respetar las estrictas reglas abreviales del latín. Como hemos visto, los dos postulantes al título de autor del manuscrito, Bacon y Dee, eran hombres muy cultivados, científicos tremendamente expertos, y tenemos muchos ejemplos concretos de sus prosas técnicas, las cuales nos hablan en un latín culto, de gran nivel literario y caracterizado por una extraordinaria precisión científica. Con certeza, además, sabían muy bien cómo se abreviaban las palabras.

En 1944, un investigador más serio encabezó un nuevo intento. Se trataba de un exalumno de John Manly llamado William F. Friedman, que se había convertido en militar especializado en comunicaciones y criptografía. Los conceptos del eminente Friedman habían ayudado a Manly a desacreditar la «solución» de Newbold muchos años antes. El trabajo de Friedman y su esposa Elizabeth es uno de los más serios, completos y científicos intentos de traducir el Manuscrito Voynich.

Los Friedman se dedicaron al asunto con gran rigor: el investigador pidió a parte de su equipo de criptógrafos militares que intentara encontrar la pauta que gobernaba la cifra del Manuscrito Voynich. Los aspirantes a descubridores del código se reunieron dos veces bajo la dirección de Friedman: una entre 1944 y 1946 y una segunda entre 1962 y 1966. A pesar del uso del avanzado sistema de computación RCA 301 en la segunda reunión, el equipo de Friedman no pudo resolver el enigma y dejó el trabajo inconcluso. El primer conocimiento científico en el sentido más estricto del término proviene de ellos, sin embargo, porque muchas de las peculiaridades estadísticas de los textos del Voynich fueron descubiertas en ese momento. En efecto, Friedman y los suyos demostraron que las palabras y frases del texto se repetían muchísimo más a menudo que los de cualquier lengua normal. Esta característica se llama *redundancia*, y la del manuscrito es altísima, a pesar de que la mayoría de los códigos conocidos se comportan precisamente al contrario.

Friedman, siguiendo el razonamiento de Baresch y Marci muchos siglos antes, intentó explicar este fenómeno suponiendo que el manuscrito era en realidad un herbario y que las repeticiones podían justificarse si se trataba de fórmulas químicas,

como ocurre con los modernos libros de texto. Sin embargo, como veremos, ni aun así se explica la redundancia del Manuscrito Voynich. La segunda aportación importante de William y Elizabeth Friedman es la hipótesis de que el voynichés no es en realidad el resultado de cifrar una lengua natural sino un idioma sintético construido según rígidas normas lógicas. Esta teoría goza de bastante aceptación en la actualidad.

Mary D'Imperio, directora del primer y muy importante simposio sobre el Manuscrito Voynich, sabía que Friedman, su esposa y el grupo de criptógrafos del ejército estadounidense habían estudiado el manuscrito y conocía algunas de sus conclusiones, pero no disponía de la documentación que las respaldara. Hizo falta esperar a que en 1994 el investigador Jim Reeds, de los laboratorios de la AT&T Bell, descubriese, en la Colección Friedman de la Fundación George C. Marshall ubicada en Lexington (Virginia), una serie completa de tarjetas perforadas de ordenador producida por Friedman. Estos cartones contenían, en realidad, la primera transcripción completa de todo el manuscrito a un sistema alfabético.

Reeds descubrió que el interés de los Friedman por el manuscrito había comenzado en los años veinte a través de las publicadas conferencias de Newbold. William era amigo, además, de John Manly, con quien mantuvo una impresionante correspondencia acerca del Voynich. Lily Boole se interesó por el prestigio y la evidente seriedad de Friedman y su equipo, y le facilitó un juego de fotocopias del manuscrito al completo, poniéndolo asimismo en contacto con el padre Theodore C. Petersen. Con su propia copia manuscrita del Voynich, Petersen ya había comenzado a efectuar conteos de palabras y a observar sus frecuencias de aparición, por lo que podríamos llegar a afirmar que el trabajo de Friedman se basó parcialmente en la labor anterior del religioso.

El primer grupo de Friedman tuvo que tomar algunas difíciles decisiones: en primer lugar, debían establecer cómo se conformaba el juego de caracteres utilizados en el manuscrito y, en segundo término, tenían que asignarle unas equivalencias en nuestras letras o números.

«De ellas, la primera es la más crítica», dice Reeds, «porque define el nivel de detalle y la naturaleza del alfabeto con que se transcribirá el manuscrito». Para que comprendamos la importancia de determinar cuáles son los caracteres voynicheses aislados, nos da el siguiente ejemplo:

Imaginemos una raza futura que trata de decodificar nuestro sistema de escritura. Si por error asumen que la *m* y la *n* son la misma letra (porque no creen que el número de patitas sea importante), o que la *h* y la *n* son la misma letra (porque difieren sólo en la longitud de uno de los trazos verticales), o que la *n* y la *u* son la misma letra (porque tienen la misma forma, sólo que una ha sido rotada), su análisis se va a complicar mucho. Si, por otro lado, creen que *M* y *m* son letras diferentes, o que *A* es fundamentalmente distinta de *a*, su

trabajo se va a ver sobrecargado de minucias irrelevantes.

Siguiendo este concepto, el grupo de Friedman parece haber decidido, en una reunión del 9 de junio de 1944, que el alfabeto Voynich estaba compuesto por veintiséis letras o caracteres diferentes, poniéndose incluso de acuerdo acerca de dónde comenzaban o terminaban las palabras, pero dejaron sin determinar dónde creían ellos que terminaban los renglones. Este último detalle es muy difícil de asegurar, porque las ilustraciones muchas veces se introducen en el texto, cortándolo o separándolo en fragmentos que muy bien pueden ser accidentales.

El segundo grupo de Friedman —el de la década de los sesenta— contó con la colaboración de Prescott Currier, que más adelante haría dos importantísimos descubrimientos acerca del Manuscrito Voynich.

Los grupos de Friedman realizaron un trabajo ímprobo en un tiempo escaso y *ad honorem*. Los errores (no determinar los finales de renglón) y las omisiones pueden muy bien perdonarse ya que, como veremos, su transcripción fue la base para los más serios y completos estudios contemporáneos.

### ***La «traducción» de Strong***

El siguiente en la lista de aspirantes a traductores del manuscrito fue el destacado médico oncólogo de Nueva York Leonell C. Strong. Strong se comportó con más humildad que Newbold: afirmó que sólo había decodificado unos pocos pasajes que se referían a su especialidad profesional, la medicina.

Al contrario que sus predecesores, Strong anunció en 1945 que tanto Marci como Voynich y Newbold estaban equivocados: el manuscrito no era en realidad obra de Bacon sino de Roger Ascham, un conocido de John Dee que había vivido y trabajado en la corte de los Tudor como maestro, tutor y más tarde secretario privado de la reina Isabel.

Ascham era un personaje científico al estilo de Dee y de otros intelectuales de su época (aunque sin la inteligencia de aquél): tradujo con más o menos éxito a los clásicos, escribió un libro de pedagogía bastante bueno y otro tratado en que defendía el tiro con arco, por entonces en trance de ser reemplazado totalmente por las armas de fuego.

Eximio especialista en griego, Ascham fue lector de griego para Enrique VIII y le dedicó su tratado de arquería. El rey disfrutó tanto del libro que recompensó a Ascham con una pensión vitalicia de diez libras anuales. Deslumbrado por la capacidad del profesor, Enrique incluso lo nombró tutor de su hijo, el príncipe Eduardo. En 1548 se convirtió en maestro de la princesa —futura reina— Isabel.

El doctor Strong aseguraba haber traducido un párrafo del manuscrito donde Ascham explicaba un método anticonceptivo supuestamente efectivo, y que Strong

afirmó haber probado y encontrado eficaz.

Sin embargo, la solución Strong no pasó las dos pruebas definitivas. Al preguntársele cuál era el método criptográfico en que se había escrito el libro, contestó: «Se trata de un doble método inverso de progresiones aritméticas basadas en un alfabeto múltiple». Por supuesto, nadie le creyó porque Strong no pudo, no supo o no quiso explicarlo. La primera condición de un método científico es que, bien explicado por su descubridor, cualquiera puede reproducir los mismos resultados bajo las mismas condiciones. Nadie pudo ver lo mismo que Strong decía haber visto. Además, todo método de cifrado debe ser, para servir de algo, reversible por definición. Cualquiera debería haber podido codificar un texto plano usando el «método inverso aritmético doble» de Strong y obtener, de este modo, un documento exactamente igual al Manuscrito Voynich. Huelga decir que tampoco funcionó.

La segunda prueba en que falló Strong es la comparación con otros documentos conocidos. El estilo de escritura y el vocabulario de los demás textos de Roger Ascham que poseemos no se parecen ni remotamente a la *traducción* de Strong. No nos sorprende, porque el mismo nombre de Ascham proviene de la *traducción* de una de las páginas del manuscrito.

Pocos meses después de aparecer, la solución Strong también fue desechada.

### ***La tesis de Brumbaugh***

Robert S. Brumbaugh, profesor de filosofía medieval, declara por su parte que, en su opinión, el manuscrito no es más que un engaño o *bluff* pergeñado por John Dee, Edward Kelley o ambos para estafar a Rodolfo II, vendiéndole un manuscrito presumiblemente importante pero que no contiene ningún mensaje en realidad. Esta teoría goza de bastante aceptación en la actualidad, aunque los autores del engaño varían según las fuentes.

Sin embargo, el mismo Brumbaugh ha creído encontrar el método para traducir la palabra *ortiga* junto al dibujo de una planta que se le parece un poco. Brumbaugh era profesor en la Universidad de Yale, por lo que ha tenido múltiples oportunidades de estudiar el Voynich de cerca. Brumbaugh reclamó para sí la gloria de haber podido traducir, junto con el de la ortiga, los epígrafes de varias ilustraciones —tanto botánicas como astronómicas— presentes en el manuscrito.

### ***La «traducción» de Stojko y la «solución» de Levitov***

En 1972, John Tiltman y Mary E. D'Imperio organizaron, junto con Erwin Panofsky, un importante simposio sobre el Manuscrito Voynich, cuyas conclusiones son



invalorable para los investigadores de hoy. Se basaron principalmente en la transcripción de Friedman, pero los resultados no fueron concluyentes. La mujer es, además, autora de un importante libro, *An elegant enigma*, considerado uno de los más serios y mejor documentados acerca del tema que nos ocupa.

Pero hubo otros intentos, algunos más sesudos que otros: en 1978, el lingüista aficionado John Stojko publicó un libro en el que afirmaba haber descubierto el secreto del Manuscrito Voynich. Se titula *Letters to God's Eye (Cartas al ojo de Dios)* y manifiesta en él que el Voynich es una recopilación de cartas escritas en ucraniano, codificadas luego. «El código», dice Stojko, «consiste en quitar al alfabeto ucraniano todas las vocales y en encriptarlo después convirtiendo las consonantes en los extras caracteres del Voynich mediante un método secreto». Afirma asimismo que el libro representa una transición entre los jeroglíficos y los sistemas alfabéticos.

El sistema utilizado por Stojko se toma, como mínimo, inadmisibles libertades con el manuscrito y, aunque el investigador explica detalladamente el método que utilizó para decodificar el libro, los resultados no parecen tener una base sólida.

Stojko procede así: en primer lugar, transcribe los caracteres voynicheses al alfabeto ucraniano según una tabla de equivalencias. Recuérdese que todas las letras deberían ser consonantes. Luego, agrega las vocales ausentes según un método muy *sui generis*. En tercer lugar, el texto es ordenado para formar oraciones. Más tarde las frases se transcriben al ucraniano actual, y por último se las traduce al inglés.

Veamos algunos fragmentos de las *traducciones* de Stojko:

Folio 5v (reverso):

Oko respondió. El milagro dijo cosas nuevas. Bozia, el Dios bebé tiene el ojo. Los creyentes vacuos tienen las nuevas. Esto diremos, lo que yo creo que todos desean. ¿Es esto lo que estás diciendo? Sust cree que Koza tiene el ojo de Dios. ¿Está el ojo de Dios informando con fe? Esta imaginación es lo que estás escondiendo enfermizamente en tu religión.

Folio 15v:

¿Por qué estás midiendo la medida? La medida es la misma. Incluso después del Grande se romperán los huesos. Escucha lo que digo: la Reliquia debería creerme. Donde después de la religión tú crees en la religión y deseas eso para Ora. La vacuidad es aquello por lo que lucha el Ojo de un Dios bebé. Ojo de Dios, tú mides una religión vacía para el mundo. Tu éxito, no la religión, sería vivir en ti. Ojo, ten cuidado. Debieras recordar una libertad sagrada y una conciencia eterna.

Los textos de las *Cartas* son lo suficientemente incomprensibles como para que los estudiosos serios desestimen por completo la solución Stojko. Sin embargo, el

autor del libro intenta sostener su teoría aduciendo que los sistemas de escritura de muchos grandes idiomas se componen sólo de consonantes, y da como ejemplo el hebreo del Antiguo Testamento. Se olvida, por cierto, de las radicales diferencias de legibilidad entre las historias bíblicas y su traducción del Voynich.

Explica además que las *Cartas* relatan los hechos de una antigua y olvidada guerra religiosa o civil en la Ucrania de la Antigüedad, y «Dios», «el Ojo de Dios» y el «Dios bebé» son sólo nombres en código para designar a importantes personajes de aquellos tiempos.

Pero el investigador René Zandbergen apunta tres razones que invalidan la teoría de Stojko. En primer lugar, los textos *traducidos* por Stojko no tienen *absolutamente* nada que ver con las imágenes de las páginas del manuscrito. En segundo lugar, la historia de Ucrania que se relata en las cartas contradice los conocimientos aceptados por los historiadores acerca de la historia ucraniana real. En tercer término, la reconstrucción del supuesto idioma ucraniano ha sido realizada introduciendo espacios y vocales mediante un sistema que con algo más que un poco de buena voluntad podríamos llamar sumamente arbitrario.

Si se compara el espaciado del manuscrito con el del texto ucraniano de Stojko, la cantidad de letras de las palabras en uno y otro no se corresponden ni por casualidad, como así tampoco los espacios ni la longitud de los renglones. El traductor ha obrado con una considerable cantidad de libertades, que se contradicen con las bases mismas de la criptografía. El texto supuestamente contenido en el manuscrito, además, es de una naturaleza que no pareciera ser la correcta (¿por qué, entonces, los dibujos de plantas y demás?).

Por último, pero no por ello menos importante, la poca importancia del significado no parecería justificar una forma de encriptación tan compleja. Al fin y al cabo ¿qué podría tener de secreto o trascendente el hecho de conocer por qué razón pelea «el ojo de un Dios bebé»?

En 1987, el físico Leo Levitov aseguró que el Manuscrito Voynich había sido escrito por los cátaros, una secta herética de la Francia medieval.

Levitov insistía en que el libro no había podido ser traducido hasta ese momento porque estaba compuesto de palabras de muchos idiomas diferentes. Por supuesto, ofreció su propia *traducción*. Por supuesto, también su interpretación contradecía la historia cátara aceptada por los historiadores y teólogos serios. La solución Levitov, como se imaginará, terminó siendo descartada como las demás.

## ***La datación del manuscrito***

El año 1991 trajo consigo uno de los análisis que se esperaban con más ansiedad: en esos días se intentó fechar por primera vez el manuscrito a través de su datación por radiocarbono.

Para ello, se tornó una muestra de 30 miligramos de pergamino, una cantidad que no lo daña en absoluto. Se esperaba que la prueba del carbono 14 permitiría establecer, como mínimo, la fecha de la muerte del animal con cuya piel se confeccionó el pergamino. Lamentablemente no ocurrió así. El C14 arrojó toda una amplia serie de fechas en distintas pruebas, muy alejadas en el tiempo y completamente incompatibles entre sí. Algunas señalan el siglo XIII, otras 1660, otras 1700 y algunas incluso 1912. Ello hace pensar que el libro ha sido manipulado por tantas gentes y con tan poco cuidado que la contaminación a que ha sido sometido ha alterado en forma irreversible su estructura. El método de la datación radiactiva, pues, ya no resulta válido para fechar el Manuscrito Voynich.

Los expertos analizaron otros detalles como las tintas, los peinados y diversos detalles para acotar con la mayor precisión posible la fecha de composición, que puede considerarse aproximadamente conocida. Así pues, «lo único que nos falta conocer del manuscrito es su contenido, porque el continente ha sido profusamente estudiado», como ha escrito hace muy poco Cuesta Millán.

### ***La investigación de Toresella***

Mas no todos los descubrimientos recientes sobre el Manuscrito Voynich son superficiales, fantasiosos, ambiguos o inútiles. En 1995, el experto en botánica medieval Sergio Toresella estudió el libro, especialmente con respecto a las ilustraciones de plantas y el tipo de escritura de su alfabeto. Toresella encontró que algunas especies del manuscrito podían identificarse, aunque se tratara sólo de unas pocas. Confirmó además que el estilo de la caligrafía del Voynich se adaptó de la escritura utilizada durante el Humanismo italiano alrededor de 1460. Este dato es perfectamente compatible con las teorías más aceptadas respecto de la fecha de composición del libro.

Un año más tarde se presentó en público el European Voynich Manuscript Transcription Project (Proyecto Europeo de Traducción del Manuscrito Voynich), conocido por sus siglas EVMT. Este grupo se basa en las investigaciones de Petersen, con importantes aportaciones de otros especialistas.

### ***La hipótesis de Sherwood***

Una interesante hipótesis pero casi imposible de probar es la de la doctora Edith Sherwood. Esta investigadora ha propuesto que el Manuscrito Voynich no pertenece en realidad a las manos de Roger Bacon, Roger Ascham, John Dee ni Edward Kelley, sino a la de Leonardo da Vinci.

A partir de una secuencia de sucesos que comenzó con la publicación de un artículo de Alfred Werner en un número de la revista *Horizon (Horizonte)* de 1962, Sherwood se sintió atraída por el enigma. En su artículo, Werner hacía notar la similitud aparente entre la caligrafía del Manuscrito Voynich y la escritura especular del sabio florentino. En 1975, el hijo de Robert Brumbaugh encontró el mismo parecido.

Intrigada, Sherwood halló que uno de los mapas astrológicos del manuscrito contenía el símbolo de Aries junto a 15 ninfas desnudas con dibujos de estrellas. Su interpretación es que se trata de la carta natal de alguien que nació al atardecer (por las estrellas) del 15 (quince mujeres) de abril (Aries el Carnero). Según la estudiosa, la palabra escrita bajo el signo del Carnero aparenta ser ob.....l, pero que si se la invierte especularmente muy bien puede representar la palabra Lionardo, que es como Da Vinci escribía su propio nombre de pila.

Sherwood compara este grafismo con la firma especular de Leonardo presente en otros manuscritos bien conocidos, y, aunque debe reconocerse el parecido, sería necesaria una pericia caligráfica para establecer la autoría del toscano. Hay también una similitud entre el dibujo del carnero en sí y un ciervo o corza de la pluma de Leonardo que se ve en otro manuscrito.

El abuelo de Da Vinci da noticia del nacimiento del niño de su propia mano, en una nota fechada en 1452: «Nació un nieto mío, hijo de mi hijo Ser Piero, a las tres de la noche del sábado 15 de abril». La hora tercera de la Edad Media corresponde, poco más o menos, a las diez o diez y media de la noche. Sherwood ha querido ver la fecha 1452 junto a una de las cisternas donde se ve a una mujer con un bebé (¿un *jacuzzi* para facilitar el parto como los que se utilizan hoy?) y las palabras *sabatto notto* (¿sábado por la noche?) en la carta natal.

El innegable atractivo de la teoría se ve oscurecido por la dificultad de probarla, ya que Sherwood afirma que el manuscrito consiste en una obra infantil de Leonardo, compuesta alrededor de 1460, Esta fecha no es incompatible con lo que sabemos del manuscrito, pero el científico tenía por aquellos días solamente ocho años de edad.

Aunque la hipótesis de Sherwood tiene algunos seguidores, los investigadores modernos no se inclinan por ella en la actualidad.

## Los descubrimientos más recientes

### *Las dos lenguas del manuscrito*

De acuerdo con los descubrimientos de Friedman acerca de la baja entropía del texto del manuscrito (esto es, la alta predictibilidad, que a su vez acarrea una muy baja transmisión de información) el profesor William Ralph Bennett escribió un libro acerca de cómo resolver problemas similares utilizando ordenadores. En el caso concreto del Manuscrito Voynich, Bennett lo ha comparado con las lenguas humanas conocidas, encontrando que el único idioma de entropía similar al voynichés es el hawaiano. Sin embargo, Bennett no sugiere ninguna conexión, salvo que la inmensa mayoría de las lenguas reales no se comportan como el texto del manuscrito.

Uno de los más conspicuos componentes del segundo grupo de los esposos Friedman era el criptógrafo Prescott Currier. Este experto preparó durante los años setenta una transcripción informatizada del Manuscrito Voynich, y dedicó mucho tiempo y esfuerzo a estudiarla y a analizar tanto el manuscrito en sí como las extraordinarias peculiaridades estadísticas de la lengua o el código en que estaba escrito. A través de su transcripción, Currier descubrió dos de los más importantes datos que conocemos hoy acerca del Voynich.

El primero de ellos es que las estadísticas dependen de la posición de la palabra en el renglón. Dicho de otra forma: ciertas letras o combinaciones muestran preferencia por el comienzo de las líneas, otras por los finales, etc. Segundo pero no menos importante es el hecho de que Currier encontró que el Manuscrito Voynich no había sido escrito en su totalidad por una misma mano. En efecto, al contrario de lo que afirman Watson y Toresella, hay dos caligrafías diferentes a lo largo del libro, con distintos estilos y modos de escribir las letras. Increíblemente, pudo también demostrar que las estadísticas de aparición de las letras difieren según si han sido escritas por una mano o por la otra. Es como si los dos amanuenses hubiesen estado escribiendo en dos lenguajes, distintos entre sí y con características matemáticas completamente diferentes.

Hoy se llama a los dos escribas Mano 1 y Mano 2 y a los diferentes dialectos o lenguajes, Currier A y Currier B. Bajo la luz de este hecho, se descubre que la Mano 1 escribe siempre en el dialecto Currier A, mientras que la Mano 2 siempre utiliza el

Currier B. No hay ninguna excepción a esta regla, que es una norma taxativa y absoluta.

Jim Reeds se ha tomado el trabajo de comparar las transcripciones de Friedman y Currier y ha comprobado que ambas difieren solamente en un 8%, lo cual es totalmente admisible en el análisis de un texto escrito en una lengua desconocida. Lamentablemente, aún un nuevo misterio subyace bajo el asunto de las transcripciones: la de Friedman nunca fue mostrada a Currier, por lo que se considera que ambas son totalmente independientes. Currier le ha confesado a Reeds que Friedman jamás le habló del Manuscrito Voynich hasta la formación del segundo grupo de estudio, y que él permaneció en la oscuridad con respecto a las conclusiones de 1944-46. No existe una explicación plausible para esta conducta de Friedman, como no sea que considerase deficiente el trabajo del primer grupo y se avergonzase de mostrárselo a Currier.

### ***Un nuevo idioma: el Froggy***

Jim Reeds reclutó a un acólito voluntario, Jacques Guy, y cada uno de ellos, trabajando independientemente, produjeron dos transcripciones por ordenador del texto del Manuscrito Voynich. Guy lo hizo siguiendo las tablas de transcripciones elaboradas por Friedman sobre un 66% del manuscrito y escribiendo los textos a mano desde el teclado, mientras que Jim efectuó su análisis cargando los textos a través de un sistema de reconocimiento óptico de caracteres: el conocido OCR, utilizado actualmente para digitalizar textos. Una vez obtenidas ambas transcripciones por separado, las compararon entre sí y resolvieron las discrepancias.

El texto resultante acabó teniendo muchos menos errores que la versión del grupo de Friedman.

Como quiera que Reeds y Guy no estaban intentando traducir el manuscrito, sino sólo transcribirlo a caracteres europeos supuestos, su tedioso y aburrido trabajo merece ser considerado un gran éxito. Ellos consiguieron identificar virtualmente todos los caracteres presentes en el Voynich, restaurando, agregando y corrigiendo los errores cometidos por Friedman a causa de que este trabajó sobre fotocopias escritas, subrayadas, tachadas o de baja calidad.

La transcripción Reeds - Guy es utilizada en la actualidad por todos los estudiosos serios del Manuscrito Voynich y el lenguaje artificial inventado por el último (el *Froggy*) es considerado una de las herramientas más adecuadas para el estudio del voynichés.

El *Froggy* fue creado a fines de 1991, y no es más que un sistema de transcripción donde cada letra voynichesa es interpretada como una letra del alfabeto romano a fin de simplificar su lectura y convertir el idioma en algo casi pronunciable. Se trata en realidad de una simplificación del sistema de Currier con menor número

de caracteres. El *Frogguy* —en su versión más simple— utiliza sólo unos pocos números, doce letras (*a, c, g, i, j, l, o, p, q, s, t* y *v*) y algunos signos ortográficos. Las versiones más avanzadas incluyen otras letras comunes en el manuscrito, e incluso los caracteres raros o complejos.

Jacques Guy conocía perfectamente el sistema de transcripción de Currier, pero siempre se sintió molesto por el poco parecido que este sistema guardaba con la caligrafía del libro. Su sistema, en cambio, aunque sólo es una representación, se parece mucho más —estética y gráficamente— a la tipografía desconocida. Así, en un ejemplo clásico de Guy, el Currier

ZORBSOR OBSOR ZOR FS9

se transforma en

c'to2q;cto2 oq;cto2 c'to2 lpct9

en *Frogguy*, lo cual se parece gráficamente muchísimo más al voynichés.

Guy ha llegado a diseñar las fuentes para su sistema, que cualquiera puede descargar y utilizar desde Internet. Jim Reed colaboró con él individualizando los caracteres raros —existen cientos de ellos— que sólo aparecen una o dos veces en el libro.

A pesar de su obvia utilidad, Guy no ha podido mejorar más su sistema de transcripción desde el año 1992.

## ***Rugg y la voynichología***

A partir de 2000, el más importante de los investigadores modernos del Manuscrito Voynich entró en escena. Se trata de un psicólogo inglés de cuarenta y ocho años llamado Gordon Rugg, que enseña ciencias de la computación en la Universidad de Keele, y su trabajo —el más reciente y posiblemente el más perfecto en el aspecto técnico— ha revolucionado la ciencia lingüística criptográfica conocida como *voynichología*.

Gordon Rugg obtuvo su título universitario en Psicología en 1987 por la Universidad de Reading, y es experto en multitud de disciplinas: es especialista en francés y en lingüística, enseñó inglés en Nepal, se especializó también en arqueología —de hecho es el autor del único estudio importante acerca de la existencia de diestros y zurdos en la Edad de Piedra— y es un psicólogo prominente. Actualmente enseña en la Escuela de Computación y Matemáticas de la Universidad de Keele, Inglaterra. Rugg es, además, el editor de *Expert Systems: The International*

*Journal of Knowledge Engineering and Neural Networks (Sistemas Expertos: Periódico Internacional de Ingeniería del Conocimiento y Redes Neuronales)*. Su campo profesional es la naturaleza del conocimiento de los expertos y los modelos de información y creencias. Rugg exalta como herramientas principales de su trabajo el juicio y el estudio de los mecanismos de toma de decisiones. Ha descubierto que un experto con diez años de excelencia en su carrera no tiene mayor razonamiento que cualquiera de nosotros. Lo que tiene en verdad es una enorme cantidad de experiencia. Sin embargo, los demás creemos que razona mejor. Un médico anciano ha visto tantos casos de psoriasis, por ejemplo, que ya no utiliza el razonamiento científico para diagnosticarla. Usa, en cambio, un atajo llamado «ajuste al patrón»: manchas blancas y descarnadas en codos y piernas → encaja en el patrón de la psoriasis → por lo tanto es un caso de psoriasis.

Gordon Rugg es el hombre que haría los más importantes y recientes descubrimientos sobre el Manuscrito Voynich, y los publicaría en 2004 a través de la célebre revista *Cryptologia*.

Como primera medida, Rugg intentó ponerse en el lugar del autor del manuscrito, esto es, pensar como él. Sería imposible, razonó, entender la naturaleza de la clave si no fuéramos capaces de pensar como su autor. Esta doctrina básica había sido pasada por alto por todos aquellos que estudiaron el manuscrito, pero no por Rugg: de hecho, su verdadera especialidad profesional consiste en estudiar cómo adquieren los expertos el conocimiento. Para comprender de dónde vienen los conocimientos de un especialista, Rugg ha tenido que aprender a pensar como un especialista.

Desde 1996 Rugg y sus colegas habían estado espiando a los expertos, tanto si se trataba de ingenieros de sistemas como si eran cirujanos cerebrales, pilotos de combate o físicos nucleares. Su propósito consistía en desarrollar un riguroso método que permitiera establecer cómo pensaban, qué lógica utilizaban y cómo resolvían los imprevistos. Llamó a esta aproximación «acercamiento de verificación». Si esta tarea se hacía bien, entonces se podría ayudar a los expertos a resolver problemas que en apariencia fueran insolubles.

Al contrario que los anteriores expertos que se dedicaron a estudiar el manuscrito, el interés principal de Rugg no fue el desciframiento. Lo que pudiese significar le tenía sin cuidado. Lo que el psicólogo deseaba era probar su sistema de verificación, para lo cual el manuscrito le parecía un problema ideal. ¿Qué clases de conocimientos habían sido necesarios para crear un objeto semejante? ¿Tenían los expertos que intentaron descifrarlo similares herramientas? Si no las tenían, ¿qué herramienta que tenía el autor les faltó a ellos? ¿Qué conocimientos pertenecientes a qué ramas del saber humano se habían aplicado al intentar su traducción? ¿Se había omitido alguno? ¿Qué podían ofrecer otras ciencias a los voynichólogos?

Estas y muchas otras preguntas formaron parte del método de Rugg para estudiar el libro. Rugg encontró que la mayor parte de los estudiosos del manuscrito habían sido especialistas de diversos campos de la ciencia humana: abogados, lingüistas,



expertos en literatura, médicos, criptógrafos, matemáticos y medievalistas. ¿Por qué personas provenientes de campos tan distintos? Porque el voynichólogo ideal seguramente no existe ni existió nunca: se trataría de un criptógrafo experto, especialista en la Edad Media y con un soberbio entrenamiento lingüístico, además de un eminente psicólogo. La falta de estos conocimientos reunidos habían impedido resolver el problema.

Los académicos conocen las falencias de la superespecialización. Cada uno está altamente especializado en un solo aspecto de un solo tema de un solo campo de una sola ciencia, mientras que, la mayor parte de los problemas complejos necesitan de conocimientos de varias áreas a la vez. Este problema ha sido estudiado y comprobado, pero rara vez se hace algo al respecto, porque la misma estructura de nuestras universidades lo provoca pero no lo corrige. Las empresas y universidades buscan y alientan a los superespecialistas, y se inculca a los estudiantes más brillantes el concepto de que, si desean sobresalir, deben restringirse a un solo campo muy especializado, donde encontrarán sólo unos pocos competidores. Hay muchos ingenieros, pero sólo algunos se han especializado en los cálculos de resistencias. De ellos, son contados con los dedos los que pueden ser considerados especialistas en el análisis matemático avanzado del cálculo tensorial. No sea, pues, un simple ingeniero: ¡sea especialista en análisis avanzado de cálculo tensorial! A medida que el campo del experto se va estrechando cada vez más hasta quedar del ancho del filo de un cuchillo, la respuesta a cualquier pregunta simple, lisa y llana (qué se ha intentado para resolver el problema y qué no, qué se olvidó examinar, qué merece ser intentado de nuevo) va quedando fuera del campo de nuestro «especialista en cálculo tensorial». «No lo sé, lo mío es el cálculo tensorial y sólo eso», responderá una y otra vez. La solución a cualquier problema complicado se vuelve, pues, casi imposible en la práctica, aunque utilicemos docenas de expertos diferentes trabajando juntos.

Rugg comprendió de inmediato que el fallo en los intentos acerca del Voynich residía precisamente en la falta de trabajo en equipo por parte de profesionales de diferentes áreas del saber. La solución es, por tanto, la aproximación verificadora de Rugg. En sus trabajos anteriores siempre había procedido de la misma manera: les pedía a los expertos que hicieran un mapa mental de sus respectivos campos. Más tarde, él se ocupaba de unir los pequeños mapas para formar un mapamundi completo. Explicó: «Uno mira uno de los lugares donde los mapas pequeños se superponen y no contienen muchos detalles. Si todos los que miran esas áreas limítrofes piensan que pertenecen al campo de otro, allí se genera un potencial hueco de conocimiento», es decir, son áreas que nadie explorará porque creerá que caen fuera de su jurisdicción. Rugg no estaba dispuesto a cometer el mismo error respecto del Manuscrito Voynich.

La pregunta crucial fue: ¿qué hipótesis se utilizaron al estudiar el manuscrito?

Rugg observó, además, que las soluciones propuestas para probar cualquiera de ellas adolecían de múltiples falencias. Ya Manly se había dado cuenta de que

Newbold utilizaba anagramas. Otros, como Stojko o Feely, usaban métodos de sustitución que permitían traducir el mismo grupo de letras con una lectura en una parte y con otra en otro sector. Consultó a los especialistas, y vio que tríos ellos opinaban que los intentos anteriores mostraban —como mínimo— inaceptables grados de libertades del traductor o que aceptaban la ambigüedad sin vacilar. Nada de esto puede conducir a una solución científica y veraz en la traducción de un lenguaje desconocido. Por último, era un hecho científico que ninguna de las *soluciones* anteriores era reversible. Usando a la inversa el método explicado por cada uno de los traductores, nadie había podido nunca codificar un texto plano para obtener un manuscrito con las inquietantes características del voynichés. Por lo tanto, el voynichés no parecía ser un código cifrado. Si Manly, Friedman, Reeds y Guy no habían conseguido descifrarlo, era muy improbable que nadie más pudiese.

Cabía preguntarse entonces si en vez de un código el voynichés era un idioma desconocido. No hubiese sido la primera vez que tal descubrimiento desconcertaba a lingüistas y antropólogos.

Analizando las conclusiones de Friedman, las de Jim Reeds y las de Jacques Guy, a Rugg le resultaba muy poco creíble —por no decir falsa— la teoría de que el voynichés fuese un idioma humano. «Aceptando que no podemos descifrar el texto, sabemos que muestra un enorme grado de regularidad. Por ejemplo, las palabras más comunes con frecuencia aparecen dos o más veces por renglón», escribe.

Rugg utilizó un método para transcribir el voynichés al alfabeto latino y convertir así los extraños caracteres en palabras legibles. Este alfabeto convencional se llama EVA (*European Voynich Alphabet*, Alfabeto Voynich Europeo) y al poco tiempo de aplicarlo, el psicólogo se sorprendió al descubrir que la mayoría de las frases del voynichés eran redundantes, repetitivas y asombrosamente regulares. Transcrito al EVA, el Manuscrito Voynich muestra frases como las siguientes: «qokedy qokedy dal qokedy qokedy» o «qopchedy qokedydy qokoloky qokeedy qokedy shedy». Efectivamente, ninguno de los idiomas conocidos muestra este grado de repetición. Además, las lenguas humanas muestran grupos de letras (en castellano, por ejemplo, *con, de, mente, los...*) que aparecen constantemente, al igual que secuencias de palabras fijas (*en el, miró a, con un, a los, que la...*). Ninguno de estos rasgos se encuentra en el Manuscrito Voynich. Dice Rugg: «Estas características hacen muy improbable que el voynichés sea un lenguaje humano: simplemente es demasiado diferente de los demás idiomas».

### ***¿Un secreto o un fraude?***

Si el voynichés no era un código ni una lengua desconocida, ¿quedaba alguna hipótesis posible no investigada? Nadie, ni siquiera Reeds, Friedman o Manly, parecía haber pensado en tal posibilidad. Cada voynichólogo del mundo, profesional

o aficionado, se adscribía a una de las teorías precedentes. Todas ellas, en su conjunto, implicaban que el Manuscrito Voynich transmitía un mensaje oculto.

¿Y si no era así?

Rugg comprendió que ésta era, justamente, la hipótesis que nadie había considerado. La hipótesis que nadie se había atrevido a considerar. Que el manuscrito no contuviera en verdad ningún significado.

¿Era esto posible? En realidad, sí. Si todo el manuscrito no era más que jergón sin ningún sentido, entonces los investigadores habían estado estudiando con seriedad y durante siglos un objeto que no era más que un muy bien tramado fraude.

Rugg tiene, en consecuencia, una alternativa a las teorías de la lengua desconocida o del código inquebrantable. Escribe:

La tercera posibilidad es que el manuscrito fuera un engaño encaminado a obtener un beneficio económico. O eso, o los desvaríos insensatos de un alquimista loco.

En cualquiera de estos dos últimos casos no habría allí nada que traducir o descifrar. ¿Podía tratarse de la obra de un enfermo mental?

La complejidad lingüística del manuscrito parece contradecir esta teoría. Además de la conocida repetición de palabras, existen numerosas regularidades internas en la estructura de los fonemas. La sílaba *qo*, muy común, sólo aparece al principio de las palabras. La sílaba *chek* puede aparecer al principio, pero si la palabra también incluye a *qo*, entonces *qo* siempre viene antes que *chek*. La sílaba *dy*, también muy común, normalmente aparece al final de una palabra y ocasionalmente al comienzo, pero nunca en el medio.

Un sistema de elegir sílabas al azar nunca hubiese podido rendir una complejidad estadística como ésta.

Rugg se hizo entonces la pregunta que le interesaba de acuerdo con su sistema, a saber: ¿qué ciencias se habían utilizado para respaldar la afirmación de que el voynichés era incompatible con cualquier lengua humana conocida? La respuesta era: una enorme cantidad de conocimiento lingüístico y criptográfico. Por lo tanto, si los expertos correctos en las ciencias correctas así lo afirmaban, debía ser cierto.

En consecuencia, Gordon Rugg pasó a la tercera posibilidad: la del engaño deliberado. Sin embargo, los mismos expertos que aseguraban que el Voynich no estaba escrito en ningún idioma encontraban también que sus características eran demasiado sofisticadas para constituir una simple estafa. Una vez más, Rugg preguntó qué conocimientos científicos respaldaban esta segunda observación.

Ninguno. Se trataba de simples opiniones. ¿Por qué? Porque no existe ningún corpus de conocimiento técnico ni libro de texto que explique cómo se falsea o fabrica un documento que tenga la apariencia de un manuscrito medieval de alquimia pero que en verdad no lo sea.

## ***El método Stolfi***

Rugg descubrió también que un científico de una universidad brasileña creía que el manuscrito había sido producido mediante tablas de generación de textos al azar. Este joven científico se llama Jorge Stolfi, y enseña actualmente en la Universidad de Stanford. Las tablas de Stolfi tienen celdas que contienen letras o sílabas. El falsificador elige al azar una seguidilla de celdas (mediante naipes o dados) y forma con ellas una palabra. La primera columna lleva los prefijos, la segunda la parte medial de las palabras, y la tercera las terminaciones o sufijos. Ciertas células pueden dejarse en blanco para generar palabras que adolezcan de prefijo, medio o final. Rugg observó que algunas de las extrañas regularidades del Manuscrito Voynich se podían recrear fácilmente con el método de Stolfi. Pero no todas.

Entonces había que explicar cómo había confeccionado el voynichés su autor.

Para ello, se podían hacer dos cosas: envejecer y acaso morir esperando con tranquilidad que alguien consiguiera aducir el libro —algo que podía no suceder nunca— o bien tratar de producir con tecnología propia del siglo XVI un texto exactamente igual al Manuscrito Voynich, incluyendo sus distintivos rasgos estadísticos.

«El voynichés es mucho más complejo que los discursos patológicos provocados por lesiones cerebrales o desórdenes psicológicos. Incluso si un alquimista loco se dedicó a construir una gramática para una lengua inventada y se pasó años escribiendo un texto que emplease esa gramática, el resultado no mostraría las pautas estadísticas del Manuscrito Voynich», dice Rugg. Una de las más impresionantes es que la frecuencia de las palabras según la cantidad de letras que las forman toma una distribución binomial, que forma en el gráfico una campana simétrica:

La mayoría de las palabras tienen cinco o seis letras. La cantidad de palabras con número de letras mayor o menor cae bruscamente, formando una línea en forma de campana. Esta distribución es extremadamente inusual en las lenguas humanas. En casi todos los idiomas conocidos, la distribución de las longitudes de palabras es asimétrica y mucho más ancha, con una notable preferencia hacia las palabras relativamente largas. Es altamente improbable que la distribución binomial de las palabras voynichesas haya sido incluida en el manuscrito en forma deliberada, porque el concepto matemático en que se basa no fue inventado sino siglos después de que el manuscrito fue realizado.

A pesar de que la investigación parecía muy bien encaminada, el mismo Jorge Stolfi reconoció pronto su fracaso. Su sistema de tablas al azar no producía un importante efecto, omnipresente en el manuscrito verdadero. Algunas letras son muy comunes individualmente, como las que se transcriben *a*, *e* y *l*, pero no se presentan juntas con la misma frecuencia. Por ejemplo, *al* es muy abundante, pero *el* es casi inexistente. Las tablas de Stolfi producen igual cantidad de una y de otra, por lo que queda demostrado que el Voynich no se escribió mediante este procedimiento. Rugg explicó que, verdaderamente, el error provenía del concepto de azar. La expresión «al azar» está ampliamente extendida hoy día, pero era desconocida, así como el concepto estadístico en que se basa, en los tiempos de la elaboración del manuscrito. En rigor, el concepto de azar se inventó muchos siglos después.

«El falsificador tiene que haber usado un método que no era *al azar* en el sentido estadístico más estricto del término», declaró el estudioso británico. «Entonces, comencé a pensar que el libro había sido escrito mediante un aparato o procedimiento muy conocido en aquellos tiempos pero olvidado hoy para nosotros.» Rugg se dedicó a buscarlo. Y lo encontró.

## ***La técnica de la escritura del voynichés***

Colaborando con su asociada Joanne Hyde, Rugg estaba al mismo tiempo dando los toques finales a su sistema de aproximación verificadora para desentrañar los mecanismos íntimos del razonamiento experto. Para ello, habían estado buscando un problema complejo que les permitiera probar su método. Entonces apareció el libro indescifrable: «Como prueba preliminar, aplicamos nuestro sistema a la investigación del Manuscrito Voynich», dice Rugg.

El doctor Rugg no se lo pensó dos veces y puso manos a la obra. Comenzó poniéndose en el lugar del falsificador: «Si yo fuera un falsario del siglo *xvi* y quisiera escribir un libro misterioso que no tuviera ningún significado, ¿cómo podría hacerlo rápida y fácilmente?». Esta pregunta se adapta con precisión al método de aproximación de Rugg para problemas complejos.

La búsqueda de un artificio correspondiente a la época de Rodolfo que le permitiese reproducir el manuscrito le llevó mucho tiempo y esfuerzo. Rugg investigó todo lo que pudo y, en sus lecturas, descubrió que había habido un método, llamado «grilla de Cardano», que muy bien hubiese podido producir un manuscrito como el Voynich. La grilla lleva el nombre del matemático y criptógrafo que la describió por primera vez en 1550, Girolamo Cardano. Rugg —que ha trabajado en el campo de la arqueología— sabía positivamente que el Manuscrito Voynich había sido escrito entre 1470 y 1608. Se considera que no debe ser ni anterior ni posterior, aunque Jim Reeds data su manufactura entre los años 1450 y 1460. Coincidiendo con ellos, Sergio Toresella opina que fue compuesto entre 1460 y 1480. En consecuencia,

la grilla de Cardano cae más o menos en un período compatible con esas fechas.

La grilla de Cardano es una simple tarjeta con ranuras. Al pasar la tarjeta sobre un texto inocente en apariencia, las ranuras permiten descubrir un mensaje oculto, enmascarado en el seno del texto. Rugg se dio cuenta de que una grilla de Cardano con tres ranuras podía generar permutaciones de prefijos, medios y sufijos de una tabla para inventar palabras voynichesas. Siguiendo el modelo trisílabo del Manuscrito Voynich, una sencilla tabla de  $36 \times 40$  celdas y una sola tarjeta ranurada produce palabras suficientes para completar una página entera del manuscrito. El procedimiento es muy sencillo: se coloca la tarjeta arriba y a la izquierda, se copia la palabra visible a través de las ranuras y se mueve la tarjeta tres posiciones a la derecha para generar la siguiente palabra. También puede llevarse más a la derecha o más abajo. El sistema produce cientos y cientos de palabras, y al fin y al cabo el Manuscrito Voynich sólo contiene cuarenta mil de ellas.

La misma carta puede usarse sobre distintas tablas, o la misma tabla con muchas tarjetas, o variarlas siempre ambas, interminablemente.

Para hacer sus pruebas al antiguo estilo, Rugg dibujó tres tablas a mano, tardando entre seis y nueve horas. Cortó diez grillas en trozos de cartón, a dos o tres minutos por tarjeta. La generación de texto demostró ser tan veloz como él pudiese transcribir las palabras.

«Descubrí que podía reproducir con toda facilidad la mayor parte de las características del voynichés. Usted puede asegurarse de que ciertas letras jamás se presenten juntas mediante un cuidadoso diseño de las tablas y grillas. Si las ranuras sucesivas están en diferentes filas, entonces las sílabas que se encuentran en casillas adyacentes horizontalmente nunca aparecerán juntas. La distribución binomial de las longitudes se obtiene mezclando de forma equilibrada sílabas largas, medianas y cortas en cada tabla. En el Manuscrito Voynich las primeras palabras de cada renglón tienden a ser más largas que las restantes. Esto se logra poniendo sencillamente sílabas más largas en la parte izquierda de la tabla», explica el estudioso.

De modo que Rugg se dedicó a intentar reproducir la técnica del autor del manuscrito. En un determinado momento, la tinta se le corrió, manchando la grilla, y Rugg pensó en descartar la tabla entera. Pero ello lo hubiese apartado de su método. ¿Qué hubiese hecho el autor del manuscrito? El papel era muy caro, y descartar la grilla habría importado demasiado trabajo. La solución de Rugg fue dejar vacía la casilla manchada y utilizar las adyacentes. Esto no figuraba en el método de Cardano, y Rugg se dio cuenta de que la existencia de algunos casilleros vacíos explicaba la diferencia de longitud de las palabras del Manuscrito Voynich. La enorme variedad de longitudes de palabras brindaba al voynichés de Rugg mayor verosimilitud y se parecía cada vez más al del manuscrito.

Rugg cree, sobre la base de sus experimentos de aquellos años, que la grilla de Cardano y las tablas de sílabas fueron, en consecuencia, las herramientas utilizadas por el autor del manuscrito. De modo que el sistema no es tan complicado ni

trabajoso. En apenas tres meses Rugg fue capaz de elaborar un manuscrito del tamaño y características del Voynich. Sin embargo, no se puede descartar tajantemente que no exista algún mensaje oculto entre la jerigonza sin sentido.

Rugg ha encontrado, hasta la fecha, dos diferentes métodos para codificar textos utilizando grillas de Cardano. El primero de ellos consiste en un cifrado de sustitución, donde el texto verdadero se convierte en sílabas centrales. Las mismas se rodean luego de prefijos y sufijos insignificantes usando cartas y tablas. Con las palabras resultantes se arman las frases. El segundo es una técnica antiquísima que Rugg actualizó: en vez de asignar al texto una sílaba central en voynichés, se le atribuye un número que define la ubicación de la carta sobre la tabla. Conociendo los números, se podrá poner la tarjeta adecuadamente y leer el texto oculto.

Pero estas técnicas son imperfectas, ya que no producen el altísimo grado de repeticiones que se observa en el manuscrito original. «Esto indica», dice Rugg, «que si el autor realmente usó el método cardánico, posiblemente llenó el manuscrito de jerigonza y no de mensajes ocultos. No he podido hallar ninguna evidencia de que el manuscrito contenga un mensaje codificado».

Sabemos, sin embargo, que el método científico no siempre resulta satisfactorio cuando intentamos extrapolar conclusiones de demostraciones siguiendo un razonamiento negativo: que no seamos capaces de encontrar el mensaje no significa que no pueda existir. Lo que ha demostrado Rugg, en cualquier caso, es más de lo que ningún otro investigador logró jamás. El descubrimiento crucial de Rugg es el siguiente: la fabricación de un documento como el que nos ocupa no sólo es posible sino muy fácil utilizando el método de Cardano.

### ***¿Un texto sin significado?***

Tomando como válida esta conclusión, aún queda por determinar la identidad del misterioso y travieso perdulario que lo escribió. Rugg, por cierto, tiene su propia teoría al respecto. Piensa que el autor del manuscrito fue Edward Kelley, que engañó a John Dee con él (como lo hiciera acerca de su supuesta capacidad para conversar con los ángeles) a fin de que el consejero le franqueara el acceso a la corte de Rodolfo. A esta hipótesis se ha contraargumentado con la innecesaria elaboración y complejidad del engaño pues, al fin y al cabo, se sabe que Rodolfo II era muy poco exigente y compraba todo lo que se le ofrecía. La respuesta de Rugg es que el Manuscrito Voynich fue hecho para que Dee se lo vendiera al monarca, convencido de su valor. Dee sí era un experto y dominaba la criptografía. El engaño para burlar a Dee debía ser bueno. Y para obtener un alto precio, el manuscrito debía ser largo y complejo, y parecer importante y trascendente.

Los voynichólogos se conmovieron por los descubrimientos de Rugg: verificaron sus razonamientos y hallazgos, y aunque desilusionados, todos han admitido que,

hasta que se demuestre lo contrario, parece tener razón. Rugg también los comprende: «El manuscrito es un desafío tan interesante que cuando viene alguien y dice *no es más que jerigonza incomprensible*, todos nos sentimos como si fuésemos surfistas y el mar se secase de repente.» El propio Rugg es uno de los más desazonados por sus propias conclusiones: se aproximó al manuscrito con la ilusión de que un genio anónimo del Renacimiento temprano hubiese creado un código criptográfico tal que ni siquiera los expertos que descifraron los códigos de la máquina Enigma hitleriana y la encriptación de la Armada Imperial japonesa hubieran sido capaces de quebrar. Pero parece que no es así.

El investigador afirma que, sin embargo, es casi imposible comprobar sin asomo de duda que el manuscrito sea un fraude. Señala que Stolfi ha descubierto que en verdad el 90% del manuscrito está compuesto sólo de caracteres sin sentido. Si el restante 10% es texto significativa, nadie está en situación de demostrarlo. «Pero cualquiera que venga, de hoy en adelante, a decirnos que hay un mensaje oculto, deberá traer consigo una traducción inequívoca de segmentos sustanciales del manuscrito. Hemos invertido la carga de la prueba: desde hoy, la responsabilidad de probar que hay un mensaje es de ellos.» Gran parte de la teoría de Rugg se basa en que, si la sección Herborística fuese verdaderamente un herbario medieval, ciertos términos técnicos de la botánica (*hojas, raíz, pedúnculo...*) deberían repetirse por doquier en todo el texto. Sin embargo, esto no ocurre.

Una alumna no graduada de Gordon Rugg, Laura Aylward, está actualmente estudiando las características estadísticas más avanzadas del Manuscrito Voynich, e investigando si pueden obtenerse nuevos rasgos a partir de un manejo más experto de las grillas de Cardano. En un papel preliminar publicado recientemente (fines de 2004), Aylward ha encontrado que muchas de ellas sí pueden reproducirse. Si el «muchas de ellas» pudiese reemplazarse por la expresión «todas ellas» entonces quedaría prácticamente demostrado el hecho de que el manuscrito no contiene en realidad ningún mensaje.

## ***Los discos de Violat***

Francisco A. Violat Bordonau, un astrónomo español nacido en Cáceres, ha descubierto otro método capaz de producir texto de apariencia «voynichesa» sin recurrir al lento y engorroso procedimiento cardánico que utilizan Rugg y Aylward.

Estudiando detenidamente el dibujo del folio f67r1 (la célebre luna con rostro humano, rodeada de constelaciones y de tres círculos de texto), una idea iluminó a este científico especializado en estrellas variables. La herramienta propuesta por Violat está inspirada en la estructura misma de la ilustración de f67r1: tres círculos concéntricos de cartón, unidos en el centro por un alfiler, que pueden girar libremente. En el círculo más externo se escribirán las raíces, en el del medio los



centros de las palabras y en el más interior los sufijos o terminaciones. Violat realizó sus primeros experimentos copiando los mismos textos que figuran en f67r1. Como se comprende, al girar los tres círculos, uno con respecto a los demás, quedan alineadas y pueden leerse y copiarse diferentes palabras «voynichesas» en enormes cantidades. El propio científico explica este procedimiento: «El funcionamiento es muy simple tal como he comprobado: basta con girar los círculos a mano de modo independiente para que aparezcan partículas distintas que son leídas —en una misma línea horizontal— como un todo o palabra. Lanzamos un dado (que sirve como generador de azar) y giramos cada círculo tantas líneas como éste nos señale: al leer las palabras así formadas podremos encontrarnos con términos tales como *teeodaiin* [teeod+ai+in], *aiin* [( )+ai+in], *dardarar* [dar+dar+ar], *okeey* [ok+e+ey], *okarar* [ok+ar+ar], *darar* [dar+( )+ar] y *otarar* [ot+ar+ar]». Todas estas palabras son «verdaderas», en el sentido de que existen en el manuscrito original. El sistema, por cierto, también genera palabras inexistentes, imposibles o sencillamente demasiado largas o cortas.

El uso de este artefacto (al que hemos bautizado «discos de Violat») permite explicar algunas características del Manuscrito Voynich, como por ejemplo las constantes reiteraciones de palabras, la aparición de vocablos con vocales repetidas, la descomposición de las palabras en tres partículas, etc. Queda aún por verificar si los discos de Violat permitirán reproducir las particularidades estadísticas más avanzadas que muestra el texto original; para ello serán necesarios estudios más detallados, similares a los que está llevando a cabo Aylward con las grillas de Cardano. Ocupado también en otras especulaciones, Francisco Violat Bordonau ha arriesgado una hipótesis sobre la autoría del manuscrito: él la atribuye al médico de Rodolfo II, el alquimista y astrónomo Simón Bakalar Háyek, amigo de Edward Kelley y John Dee que, casualmente, se encontró con ellos en la corte de Praga entre 1580 y 1584.

Por último, al cabo de sus investigaciones y estudios y luego de la publicación de dos medulosos ensayos sobre el particular, Violat Bordonau se confiesa, como Rugg, Aylward y quien escribe, partidario de la hipótesis de la farsa o conjura para engañar a Rodolfo con un extraordinario libro lleno de «antiguos secretos».

## ***Ultimos descubrimientos de Stolfi***

Mientras Rugg y Aylward siguen trabajando en el manuscrito, el brasileño Jorge Stolfi ha hecho otros interesantes descubrimientos.

Las figuras femeninas de la parte Médica ostentan en su mayoría unos vientres prominentes. Muchos autores aseguran que representan mujeres en estado de gravidez. Sin embargo, el científico de Stanford ha comparado las ninfas del Voynich con pinturas clásicas de autores célebres contemporáneos del libro. Así, por ejemplo,

ha determinado que todos los grabados alegóricos de Durero (como *La Fortuna*) representan a mujeres con prominentes vientres grasos. La Fortuna es, por supuesto, la mujer más deseable posible, aquella cuyo beso nos hace ricos, famosos y longevos, por lo que no es dable imaginar que un artista soberbio como el alemán la hubiese dotado de características negativas. La conclusión de Stolfi es que las mujeres del Voynich no representan embarazos, sino que el ideal de belleza de mediados del siglo XV incluía grandes y sensuales «barrigas de cerveza» (de hecho, en *La Fortuna* de Durero el vientre es más voluminoso que las nalgas y los pechos sumados).

Por otro lado, apoyándose en múltiples trabajos botánicos, ha comparado el célebre «girasol Voynich» del folio f33v con la planta americana *Helianthus annuus* (el girasol). Brumbaugh y O'Neill han afirmado que, en efecto, se trata de un girasol, por lo que han sacado la conclusión de que el Manuscrito Voynich necesariamente ha debido ser compuesto con posterioridad a 1492. ¿Es esto así?

El error, según Stolfi, es que la imagen que se ve en el Voynich ha sido comparada sólo con las variedades modernas de *H. annuus*, y no con las formas más primitivas que fueron llevadas a Europa en 1500. Tras consultar este problema con diversos botánicos, se encontraron las siguientes similitudes entre el dibujo y las fotos reales: una de las flores del manuscrito tiene un cáliz plano como la flor real, son similares los pétalos, los sépalos y los pedúnculos de las flores. De estas cuatro características hay dos que son dudosas: las dos flores restantes del folio 33 tienen cálices cónicos (inexistentes en la realidad) y el centro de las flores es muy grande en el manuscrito, lo cual no existía en las variedades silvestres de aquellos siglos (sí en las formas comerciales de hoy). Las diferencias son aún más notables: los pétalos del «girasol Voynich» son de color negro violáceo (y no amarillos como en la planta real). El centro de la flor real es amarillo oscuro o directamente marrón, mientras que el del libro es amarillo pálido con manchas blancas. Los pétalos verdaderos son puntiagudos como los sépalos, mientras que los del manuscrito presentan una extraña forma bilobulada. Las hojas del ejemplar del libro son estrelladas y se insertan por el centro, mientras que las reales tienen forma de piques y se sostienen de sus pedúnculos por el borde. Por último, el «girasol Voynich» nace de tubérculos (como la patata o la batata) y ningún girasol del mundo, hasta donde se sabe, ha nacido jamás de un tubérculo.

Stolfi hizo estudiar también otras especies del género *Helianthus*, sólo para encontrar que las discrepancias son aún más graves. De lo particular a lo general, se preguntó si podía tratarse de otra planta de la familia. *Helianthus pertenece* a la familia *Asteraceae*, que incluye plantas como la dalia, el diente de león o cardo, la margarita, el crisantemo y la manzanilla. Esas plantas son originarias de todos los continentes y han sido descritas ya en la Antigüedad clásica, por lo que adscribir el «girasol Voynich» a la familia *Asteraceae* no nos brinda ninguna pauta geográfica ni cronológica en que enmarcar al Manuscrito Voynich.

Las diferencias, como se ve, son mucho más notables que los parecidos, y ello ha

llevado a Stolfi a concluir que el «girasol Voynich» no es en realidad un girasol, sino sólo una más de las plantas imaginarias retratadas en el libro. Por lo tanto, no necesariamente debe datarse el libro después de 1492. Stolfi da por válido, en consecuencia, el rango de fechas utilizado por Rugg: 1470-1608.

Por último, Jorge Stolfi explica que muchas de las características de los signos del Manuscrito Voynich lo convierten en algo extremadamente lento y difícil de escribir y de leer. Ya hemos visto la complejidad de su ejecución utilizando las grillas de Cardano. ¿Por qué usar un método tan trabajoso para codificar un libro entero?

### ***Otros datos comprobados sobre el manuscrito***

En el simposio de D'Imperio y el estudioso Erwin Panofsky se sumaron otros conocimientos que son estudiados hoy en día: por ejemplo, el estudiante Richard Salomon sugirió cómo deben leerse las letras latinas que se encuentran junto a las ilustraciones de los folios f66r y f116v. Se trata de frases en alemán, y rezan, respectivamente, *der Musdel* (en la página con el cadáver femenino y las pequeñas vasijas) y *so nimm geiss milch* (junto a una figura humana y al dibujo de un pequeño animal que semeja un caballo o cabra). Ambas son muy difíciles de leer. La primera es transcrita como «musdel», «muszdel» o «mussdel» por distintos autores, pero a nosotros nos parece «*der Muskel*» («del o el músculo»). La segunda se traduce por «tomar, por lo tanto, leche de cabra». Otro estudioso, A. G. Watson, afirma que los números de foliación de las páginas pertenecen a la pluma de John Dee. Esto está en discusión, y queda pendiente una pericia caligráfica con el material conservado del inglés.

Por lo que parece, tal vez Rugg, Stolfi y Aylward sean las personas que mejor encaminadas van en la búsqueda de respuestas en el misterio del Manuscrito Voynich. Habrá, por supuesto, que esperar a los resultados avanzados de Laura Aylward y a subsiguientes investigaciones estadísticas de Stolfi para obtener más detalles.

Pero después del artículo de Rugg en *Cryptologia*, pocos voynichólogos serios creen que el manuscrito pueda ser descifrado algún día.

## Lo que vendrá

### *Preguntas pendientes*

El Manuscrito Voynich fue para Rugg y sus colaboradoras solamente un problema piloto para el desarrollo de su nuevo método científico.

Sin embargo, otros investigadores como Jorge Stolfi y Laura Aylward, convencidos de las grandes posibilidades de la teoría de Rugg sobre el manuscrito, continúan trabajando en la estadística destinada a demostrar que todo lo que vemos en el libro de la Beinecke puede lograrse utilizando las grillas de Cardano. Si ello fuese así, estaríamos a un paso de probar que el Manuscrito Voynich es sólo el objeto de una estafa monetaria, cuyo sujeto fue un rey enfermo y medio loco que quería averiguar los misterios de la vida por el camino más fácil.

El trabajo de Stolfi y Aylward no es ni será fácil. Resta por averiguar si las grillas, del modo en que se supone que se usaron, pueden justificar características como la aparición de palabras idénticas o cuasi idénticas una junto a la otra —en secuencias bastante largas—; el hecho de que ciertas letras o caracteres solo ocurran al principio de los renglones; si se puede lograr que los epígrafes o etiquetas de las ilustraciones parezcan ser lingüísticamente diferentes del texto principal; encontrar una respuesta para la pregunta de por qué hay pocas secuencias de palabras repetidas; por qué la longitud de las palabras disminuye de izquierda a derecha; si cada renglón, como se piensa, es un texto en sí mismo e independiente del resto de la página; por qué hay una enorme cantidad de palabras que aparecen sólo una vez en todo el libro; por qué muchas palabras no se adaptan a las estadísticas de Stolfi (es decir, que no parecen haber sido generadas por el mismo método que las restantes); por qué muchos caracteres sólo aparecen en el primer renglón de las páginas; etc. Además, hay caracteres que sólo aparecen al final de las líneas, y las palabras del comienzo de las líneas y los renglones completos que inician los párrafos son extraños a la estadística general del libro. Por supuesto, otros investigadores trabajan en las normas *gramaticales* que definirían al voynichés como un idioma por derecho propio.

### *Encuadernación y materiales*

Hay todavía montañas de estudios que pueden ser realizados sobre el Manuscrito Voynich, que acaso arrojarían nuevas luces sobre el libro en sí, sus circunstancias históricas y los detalles de su confección.

Así, se ha sugerido que se estudie su sistema de encuadernación. El manuscrito fue encuadernado originalmente, se rompió y fue vuelto a encuadernar en fecha posterior. Debería establecerse con cuidado cuáles fueron los materiales utilizados y a qué año pertenecen aproximadamente las técnicas aplicadas.

Lo mismo ocurre en el caso de los pigmentos de las acuarelas y los materiales de dibujo que el ilustrador usó en las páginas.

Técnicas modernas y muy precisas como la espectroscopía de masa podrían ayudar a descubrir nuevos datos de los materiales en sí (el papel, las tintas, etc.), mientras que la genética y la microscopía podrían analizar si contiene partículas de polen, a qué especies pertenecen en su caso, y ayudar de este modo a fechar el material.

La pericia grafológica o caligráfica debería comparar las foliaciones con la letra de John Dee y Edward Kelley, así como el texto con la escritura de Leonardo da Vinci. También sería necesario tratar de establecer si la firma es en verdad de Tepenec, y si los textos alemanes tienen relación con la escritura manuscrita de Rafael, de Pontanus, Marci, Kircher o del mismísimo Rodolfo II.

El Manuscrito Voynich es una fuente inagotable de interesantes estudios futuros, que acaso puedan ayudar a rellenar huecos en su historia.

### ***El problema de los dos dialectos***

Como se ve, queda aún mucho por hacer. Pero mucho se ha hecho: los investigadores modernos se han dado cuenta de que las dos manos distintas que escribieron la parte Herborística del Manuscrito Voynich dejaron de colaborar de repente. En efecto, las demás secciones están escritas en su totalidad por un mismo hombre. Hemos dicho que los dos lenguajes de Currier son «mano dependientes», en el sentido de que la Mano 1 escribe sólo en el idioma Currier A y la Mano 2 en Currier B. Los lenguajes no son sólo «mano dependientes» sino que son «página dependientes» (nunca coexisten dos idiomas ni dos manos en una misma página). Increíblemente, esto se extiende también a los cuadernillos enteros de la sección botánica: si la primera página del cuadernillo está escrita por la Mano 1 en Currier A, el reverso también lo estará, y todas las páginas subsiguientes hasta el final del cuadernillo. Algunos han especulado que los dos «autores» se repartieron los cuadernillos de la sección herbaria, y se reunieron luego de un tiempo. Expertos ambos en criptografía, vieron que el diferente diseño de las grillas y las tablas había producido dos dialectos diferentes, y abandonaron la colaboración. De ahí en adelante, sólo el primero de ellos escribió el resto del libro. ¿Por qué? Se especula, siguiendo a Rugg, que

deseaban engañar al experto Dee y no al delirante Rodolfo, por lo que temieron que el doctor isabelino se diera cuenta de la estafa a causa de la discrepancia de idiomas. Cabe aclarar que algunos aficionados, como Ni' Pelling, difieren de esta interpretación. Ellos creen que ciertas páginas del manuscrito muestran ambas lenguas (y ambas manos), y que hay incluso «dialectos» o formas intermedias entre el Currier Ay el B. El extremo queda aún por demostrarse.

## ***Reconstruir las grillas de Cardano***

Mientras se trabaja en esto, Rugg y Aylward están tratando de obtener un resultado mucho más difícil pero esencial: si se desea demostrar más allá de toda duda el uso de las grillas de Cardano es imprescindible reconstruir, a través del texto, las tablas originales que utilizaron los autores, así como el exacto tamaño de las tarjetas y los lugares precisos donde se les hicieron las ranuras. Esto permitirá deducir los movimientos que se aplicaron a las cartas (cuántas filas abajo o arriba, cuántas casillas a la izquierda). De este modo, el uso del método cardánico quedaría probado y el manuscrito se demostraría un fraude.

Invertir el proceso y reconstruir las herramientas originales no es tarea fácil: su dificultad se aproxima en muchas ocasiones a la imposibilidad, porque Rugg y Aylward están convencidos de que el autor introdujo muchos movimientos azarosos para ocultar a la mirada de John Dee las claras regularidades que probaban el engaño. Para hacer la tarea, se necesitan programas de ordenador muy avanzados que no existen en la actualidad. En consecuencia, Gordon Rugg está hoy diseñando a mano y a medida el *software* necesario para el análisis que Aylward desea efectuar sobre el manuscrito, incluyendo la búsqueda de nuevas regularidades estadísticas y la demostración de las ya conocidas o sospechadas. Laura afirma, sin embargo, que el alto grado de azar aplicado sobre el movimiento de la grilla y el cambio frecuente de la tarjeta ranurada en sí acaso no permita reconstruir las tablas originales. Otra cuestión que está aún por ser determinada.

## ***Perspectivas futuras***

Con respecto a la «aproximación de verificación» de Rugg a problemas complejos, el asunto tiene todo el aspecto de llegar a ser el consuelo de los voynichólogos si resulta ser que el misterio del contenido del manuscrito no tiene en verdad ninguna solución. El psicólogo británico tiene la idea de que acaso todos los misterios aparentemente insolubles puedan ser abordados desde este ángulo.

Aplicando los mismos razonamientos que utilizó con el Voynich (preguntas como «¿Qué ciencias lo *atacaron* y bajo qué pautas?», por ejemplo), Rugg está muy

interesado en asestar duros golpes a enfermedades terribles e incurables como el Alzheimer.

El mero hecho de reunir toda la ciencia que se había aplicado al misterio del manuscrito y de estudiar los aportes de diferentes disciplinas para ver en qué pensaban los investigadores lo convenció de que nadie, sorprendentemente, había explorado seriamente la hipótesis de la estafa. «Se ha afirmado que la estructura fonética del voynichés estaba más allá de las capacidades de cualquier estafador del siglo XVI, por lo que el texto tenía que ser o una lengua real o un código desconocido.» Del mismo modo en que él descubrió el «hueco de conocimientos» (la teoría de la conspiración que nadie había considerado) y, con aplicación y trabajo, consiguió demostrar que era posible, tal vez pueda descubrir en el futuro huecos, fisuras o terrenos nunca explorados en la investigación del autismo, el cáncer o el sida. Acaso no logre, al principio, obtener resultados útiles: con sólo mostrar que puede haberlos en áreas márgenes se dará más que por satisfecho.

«Debemos proceder con cuidado», escribe. «No quisiéramos entrometernos en la vida de la gente. Queremos aproximarnos a ellos con humildad y tacto, para que nos consideren sus iguales.» El psicólogo se refiere tanto a los afectados por las enfermedades que estudiará —a quienes no corresponde ilusionar con falsas esperanzas— como a los científicos, quienes podrían sentirse menoscabados si la aproximación de Rugg muestra huecos en sus trabajos o hipótesis importantes que fueron pasados por alto.

No se trata de fenómenos raros en la historia de la ciencia. Un estudio reciente demostró que dos de las revistas científicas más importantes del mundo, *Nature* (*Naturaleza*) y *British Medical Journal* (*Revista Médica Británica*), habían publicado durante años muy socorridos trabajos que adolecían de graves errores estadísticos. La tasa de fallos asciende actualmente al 11%. Esto tiene graves consecuencias: así como nadie pensó que el Manuscrito Voynich era un simple fraude, es posible que los médicos británicos estén tratando hoy a sus pacientes en base a documentación científica que sólo es cierta en un 89%.

Los expertos, como en el caso del manuscrito, tienden a cometer muchos pequeños errores, que sumados, acaban dando lugar a una documentación falsa en mayor o menor medida. En la desesperación por hacer cuadrar la realidad con sus teorías, muy bien pueden falsear los hechos o, peor, la lógica de sus razonamientos. «Si esto es verdad», dice Rugg, «entonces gran parte de nuestra ciencia puede muy bien estar basada en intuiciones equivocadas y no en los hechos». Los expertos trabajan año tras año en soledad. Pierden la visión más amplia, o, lo que es lo mismo, desarrollan «puntos ciegos» en su mirada de los problemas. ¿Qué pasaría con el médico experimentado de nuestro ejemplo si su paciente tiene una enfermedad que produce lesiones similares a la de la psoriasis pero no es psoriasis? Los atajos mentales son muy peligrosos. Estaría tratando por psoriasis a un enfermo que, por ejemplo, tiene un tipo raro de hongos en la piel. Si hubiese seguido el razonamiento

secuencial formal, habría pedido una prueba de laboratorio para confirmar su diagnóstico.

«Hacer que las cosas encajen en un patrón es rápido y eficiente. El razonamiento secuencial es formal, casi matemático. Ese médico sabe lo que usted tiene antes de que usted le describa su malestar. Está muy bien si acierta, pero sería un desastre si se equivoca», se queja Rugg. Ha descubierto muchos errores en razonamientos industriales y administrativos. Su éxito le asustó: si los expertos cometían tantos errores en talleres, fábricas, oficinas y consultorios, entonces también los estaban cometiendo en los laboratorios. Es justo lo que pensó del Manuscrito Voynich. «Estimo que gran parte de la investigación científica está basada en ajustes o desajustes a un patrón. El patrón determina qué se investiga y cómo se lleva a cabo esa investigación.»

Rugg cree que el mismo método voynichológico puede ayudar a descubrir la causa del mal de Alzheimer. Tiene planeado examinar si su sistema puede ayudar a reevaluar la investigación previa sobre esta enfermedad cerebral. ¿Se ha pasado por alto algún campo de conocimientos importante? ¿Han sido suficientemente comprobadas las conclusiones aceptadas? ¿Ha habido sutiles malentendidos o confusiones entre las distintas disciplinas que se han aplicado a este problema?

Si conseguimos usar este proceso para ayudar a los investigadores del Alzheimer, entonces el Manuscrito Voynich, un documento que parece el manual de un alquimista, en verdad habrá rendido un tributo válido a la medicina moderna.



## Conclusión

El Manuscrito Voynich ha recorrido un largo camino desde su composición entre 1470 y 1608 y los últimos descubrimientos de Gordon Rugg en 2004. Su interesante historia se ha visto poblada por multitud de personajes importantes e interesantes, y otros más que han sido involucrados con el libro, acaso incorrectamente.

El monje franciscano Roger Bacon, Northcumberland, Ascham, la reina Isabel de Inglaterra, Edward Kelley, John Dee, el emperador Rodolfo II, Pontanus, Georg Baresch, Marcus Marci, Athanasius Kircher y otros tuvieron o pueden haber tenido que ver con el manuscrito.

Tras su redescubrimiento en el siglo XX por Wilfred Michael Voynich, tuvimos que reconstruir su destino entre la Carta Marci y la Villa Mondragone, sorprendiéndonos al descubrir que la Compañía de Jesús y especialmente los padres Beckx y Strickland tuvieron gran influencia en su supervivencia y actual exposición al público y los científicos.

Después, comenzaron las indagaciones modernas. Así como Baresch y Marci rogaron a Kircher que lo tradujese, de igual modo Voynich lo intentó durante los dieciocho años que le restaban de vida. Nada obtuvo tras sus esfuerzos.

Los investigadores modernos oscilaron entre la más desbocada fantasía y los más serios estudios lingüísticos, matemáticos y de teoría del conocimiento.

¿Estamos hoy, gracias a los trabajos de todos ellos, más cerca de conocer el contenido del extraordinario libro?

Es menester aceptar que no, y que, lentamente, uno a uno, todos los científicos van sucumbiendo al férreo razonamiento de Gordon Rugg y aceptando, a su debido tiempo, que lo más probable es que no haya en todo el libro ningún significado en absoluto. Su secreto sería, en ese caso, no solamente imposible de desentrañar sino directamente inexistente. El autor del manuscrito se convertiría en el bromista más grande de la Historia y, sin duda, en el más exitoso: su perfecto y bien tramado engaño ha obligado al hombre a invertir ingentes sumas de dinero y años y siglos de investigación para resolver un enigma que en verdad no sería tal. Nadie ha conseguido engañar a la humanidad al completo y a tantos y tantos grandes especialistas durante más de medio milenio.

Más extraño se vuelve el asunto si, como afirma Rugg, todo se debió a la

ambición de despojar a Rodolfo II de 600 ducados, una suma que él podía gastar sin titubear pero que, para hombres como Dee y Kelley (y Kepler y Newton y Brahe y Mozart y Van Gogh, si vamos al caso), representaba la prístina línea divisoria entre la vida y una lenta y espantosa muerte por inanición en medio de la miseria.

Pero el Manuscrito Voynich, tenga o no algún significado, ha rendido ya algunos otros frutos importantes.

Gracias a él se ha reconstruido mucho mejor (especialmente por Rafal T. Prinke) la historia de los revolucionarios socialistas en el exilio que conspiraban contra el zar a principios del siglo XX. Una parte sustancial de la historia moderna ha sido vista, gracias al motor que representó el enigma Voynich, bajo una nueva luz hasta hoy desconocida. Muchos detalles hubieran quedado sin saberse de no ser por el libro.

Las relaciones entre la corte del Sacro Imperio y el trono británico se conocen también mucho mejor desde que los nombres de Dee y Kelley se asociaron con el Manuscrito Voynich. También la historia jesuita se ha beneficiado desde que fue analizada para tratar de establecer qué había sucedido con el volumen entre su desaparición en 1666 y su redescubrimiento en 1912.

Sabemos hoy mucho más, asimismo, acerca de la historia de los manuscritos medievales, de la botánica y la astronomía tal como la entendieron aquellos hombres, por no hablar de los avances en los conocimientos sobre cómo confeccionaban los libros los autores de esos tiempos olvidados.

También los criptógrafos modernos han aprendido gran cantidad de cosas gracias al estudio del Manuscrito Voynich. Gracias a él han podido poner a prueba sus métodos y teorías, han creado nuevas técnicas y descartado o mejorado otras, avanzando en el arte de descifrar códigos y cifras.

A pesar de todo, acaso lo más importante sea que el estudio del manuscrito Voynich permitió a Rugg, Hyde y Aylward poner a prueba su método aproximativo, que se reveló correcto y eficiente. Es cierto que no tuvo éxito en la traducción —algo que todos hubiésemos deseado— pero sí demostró ser útil al analizar las teorías propuestas y las ciencias utilizadas, obteniendo la importante conclusión de que la única hipótesis pasada por alto puede muy bien ser la correcta.

El método verificador de Rugg se perfeccionó gracias al estudio del Manuscrito Voynich hasta abarcar la siguiente secuencia completa: reunir conocimientos de una disciplina mediante entrevistas y conferencias, determinar las técnicas y tecnologías críticas que debían aplicarse en ese campo concreto, buscar errores y malentendidos entre disciplinas, analizar las jergas para encontrar discrepancias en las definiciones de ciertos términos clave, buscar errores clásicos utilizando herramientas de análisis de la falla humana, rastrear incorrecciones subyacentes en las verdades aceptadas y sugerir métodos de investigación a través de lo que surge de todos los pasos anteriores.

El manuscrito cambió también el modo que tenían los científicos de afrontar sus propios campos de trabajo: antes creían que su ciencia era única, que exigía herramientas especializadas exclusivas y que sus modos de aproximación y sus modelos de pensamiento eran únicos. Estudiando el libro, Rugg les demostró que estaban equivocados. Ni lingüistas ni filólogos ni criptógrafos fueron capaces de darse cuenta de que el Voynich muy bien podía ser una burla: hizo falta la intervención de un psicólogo arqueólogo analista de ordenador para abrirles los ojos. Rugg enseñó también que una sola herramienta puede resolver muchos problemas: el mismo psicólogo que encontró la teoría olvidada acerca de un libro del Medioevo puede, usando los mismos razonamientos, encontrar una hipótesis jamás estudiada acerca de una terrible enfermedad del cerebro.

Rugg se ha asociado hoy con Peter Crome, director de la Facultad de Medicina de la Universidad de Keele y profesor universitario de geriatría. Entre ambos aplicarán el método aproximativo a la enfermedad de Alzheimer. Hace dos años que Rugg y Crome trabajan juntos, y no son los únicos.

Después de haber leído el trabajo de Rugg con el manuscrito, otros científicos se han puesto en contacto con él. Los astrofísicos de Keele trabajarán con él para tratar de descartar teorías incompatibles pero coexistentes sobre física. Un bioquímico de la Universidad de California en San Diego quiere que lo ayude para desentrañar los orígenes químicos de la vida. Un investigador británico de la Universidad de Warwick está aplicando el método de Rugg al terrible síndrome de déficit de atención e hiperactividad que afecta a tantos niños en el mundo. Un historiador del arte y profesor emérito del Instituto Politécnico de Rensselaer está usando el modelo de trabajo de Rugg con el Manuscrito Voynich para resolver varios misterios —que han durado siglos— acerca de los asentamientos griegos y romanos en Europa.

Rugg se muestra humilde: «Puede que yo haya tenido suerte una vez y nunca más», dice. «Pero pensemos que podemos ayudar en lo del Alzheimer, o en la física. Piénselo».

Mientras todas estas colaboraciones comienzan a andar sus respectivos caminos, en la Biblioteca Beinecke de New Haven, Connecticut, un viejo libro aguarda aún, encerrado en su vitrina.

El Manuscrito Voynich, aunque tal vez sea una mentira, ha cumplido asimismo otras importantes tareas. Ha estimulado la imaginación de los hombres en un aspecto constructivo, ha rodeado nuestras vidas de misterio y está ayudando a cambiar el modo anquilosado y confuso de pensar de algunos de nuestros científicos.

Detrás de un vidrio se guarda su misterio. Es el único manuscrito medieval indescifrado que nos queda, un objeto único y por lo tanto precioso.

Aunque nunca logremos descubrir todos sus secretos, aunque este último y soberbio enigma literario de la historia se nos resista para siempre, ya ha hecho

bastante por nosotros.

Acaso su hacedor sonreiría al pensar que puede ayudarnos mucho todavía.

## Apéndice

### *Acerca de las fuentes*

El presente libro, como todos los que tratan sobre temas similares, ha debido sortear los sempiternos obstáculos de la escasez de fuentes, y, cuando las hay, de la discrepancia entre ellas.

### *Las fuentes*

Los datos biográficos sobre Habdank Wojnicz son parciales, fragmentarios y muchas veces contradictorios y mutuamente excluyentes. Desde su mismísimo apellido hasta las fechas de su nacimiento y su muerte siguen hoy en discusión. Incluso su principal biógrafa, Arme Freemantle, apunta erróneamente su apellido polaco como Babdank. Otros han escrito que su apellido familiar era Woynicz, cuando corresponde escribirlo con *j*.

La sospecha de que el propio Wojnicz intentó durante su juventud ocultar en lo posible todas las referencias hacia sí mismo cobra sentido a partir de las persecuciones que sufrió, y es sintomático que de las dos fuentes en que se basa Freemantle, la más importante no es un libro sobre el Manuscrito Voynich sino una biografía del espía británico —infiltrado en Alemania y la URSS— Sidney Reilly. Arme Freemantle toma muchos otros datos sobre Wojnicz, además, de la estudiosa soviética Evgeniya Aleksandrovna Taratuta, especialista en Wojnicz y autora de un libro clásico sobre él y su esposa, publicado en Moscú en 1960. Lamentablemente, son célebres el amor por el secreto y el ocultamiento que el estado socialista ejerció siempre sobre investigadores y científicos, así como la estricta censura que sufrieron los libros de esa nacionalidad hasta 1991. Por ello, no es raro que la información sea escasa y contrapuesta, pues el resto de las fuentes de Freemantle son en su totalidad soviéticas y sin traducción a otros idiomas fuera del ruso. Posiblemente haya aún muchos datos interesantes y desconocidos en esas fuentes, pero son difícilmente accesibles a los autores que no dominan el ruso.

Un libro de E. M. Sowerby sobre libros raros se convierte en otra fuente de

información sobre nuestro hombre. Aunque contiene pocos datos sobre Wojnicz, sabemos que Sowerby lo conoció muy bien.

La tercera fuente importante es el libro de Otto von Schleinitz *Die Bibliophilen*, que, si bien contiene sólo un párrafo sobre Wojnicz, es altamente confiable, porque la información fue suministrada personalmente por éste al autor.

Por desgracia, el resto de las fuentes sobre Wojnicz no tienen traducción al inglés ni, por supuesto, tampoco al castellano. La principal de ellas es la biografía de la esposa de Wojnicz, obra de T. A. Shumakova. Lo demás consiste en multitud de páginas web, muchas de ellas interesantes y confiables, pero publicadas sólo en ruso o ucraniano.

Insólitamente, la mayor parte de los datos más recientes, serios y fiables se encuentran ampliamente disponibles en Internet. La única condición es que el investigador domine el inglés técnico.

Por ejemplo, el mejor intento para ordenar y organizar los datos biográficos de Wylfrid y Ethel Wojnicz es el efectuado por el genealogista y experto polaco en lenguas antiguas Rafal T. Prinke, y es de libre acceso en su propio sitio.

También esencial es el trabajo de René Zandbergen, sin el que cualquier esfuerzo por dilucidar el ayer y el hoy del Manuscrito Voynich sería incompleto y seguramente erróneo.

Los trabajos de Stojko y Jorge Stolfi se encuentran disponibles en sus propios sitios, mientras que el de Rugg está publicado en la página de *Scientific American*. Hasta los resultados preliminares del trabajo estadístico de Laura Aylward se hallan a disposición de cualquiera,

## ***Las discrepancias***

Detallaremos ahora, brevemente, las principales discrepancias entre las fuentes. Hemos elaborado este libro intentando seguir las opiniones que gozan de mayor consenso, las que se apoyan en mejores y mayores evidencias, o, cuando esto no ha sido posible, acatando los consejos de los autores más prestigiosos. Los escritores no logran ponerse de acuerdo respecto de la fecha de la muerte de Wilfred Voynich. Mientras que la mayoría indica 1931, el único autor que insiste en 1930 es Von Schleinitz. En apoyo de los primeros acuden los autores rusos en que se basa Freemantle.

Sobre la amistad entre Stepniak, Kravchinsky y Wojnicz las fuentes se contradicen. ¿Se conocían de antes o sólo se encontraron en Londres a instancias de los Karauloff? Más increíble aún, en una misma obra —la de Freemantle— se exponen las dos teorías. Dice primero que Wojnicz y Stepniak se conocieron en Londres. En el párrafo siguiente, se cuenta que fue en la *Volia* en Moscú. Un renglón más abajo, vuelve a afirmar que no se vieron nunca hasta su encuentro en Inglaterra.

Otros autores coinciden en la amistad previa de Stepniak y Wojnicz.

Voynich parece haber sido sentenciado al destierro interno en 1887. Sin embargo Schleinitz, una vez más, discrepa con las fechas y dice que Wojnicz escuchó su condena en 1885. Si ello fuese cierto, toda la cronología anterior estaría equivocada.

La biografía de Kelley aquí relatada —y en verdad, todas las que existen— no está en modo alguno demostrada. Por ejemplo, toda la información de que disponemos acerca del período de los viajes de Kelley y Dee por el continente se basa sólo en los dichos de un sirviente del primero de ellos.

La fecha de la Carta Marci también ha provocado controversia, porque su última cifra puede ser un 5 o también un 6. Es de 1666 o acaso de 1665. Algunas buenas razones históricas permiten que los autores modernos se inclinen por la primera lectura, pues se sabe que Marci la envió pocos meses antes de su propia muerte.

¿Y a quién se refiere Marci con el pronombre «él»? ¿Al tal doctor Rafael? ¿Al emperador? ¿Al elusivo propietario anterior del libro, a quien Marci nunca llama por su nombre? Los expertos creen que a Rafael, y así lo hemos dicho nosotros.

El «propietario anterior» fue evidentemente Georg Baresch, pero nuestras fuentes acerca de él son muy pocas: su propia Carta Baresch, la Carta Marci, los registros del Clementinum, la *Philosophia Vetus Restituta* escrita en 1662 por Marci y otras dos cartas de Marci a Kircher que trataban sobre otros asuntos.

Hablando ya de los tiempos contemporáneos, Zandbergen nos dice que Arme Nill le vendió el Manuscrito Voynich a Kraus luego de la muerte de Lily, ocurrida el 12 de julio de 1961. Prinke dice, por el contrario, que fue en 1960, cuando la viuda «aparentemente» estaba aún viva.

## Ilustraciones

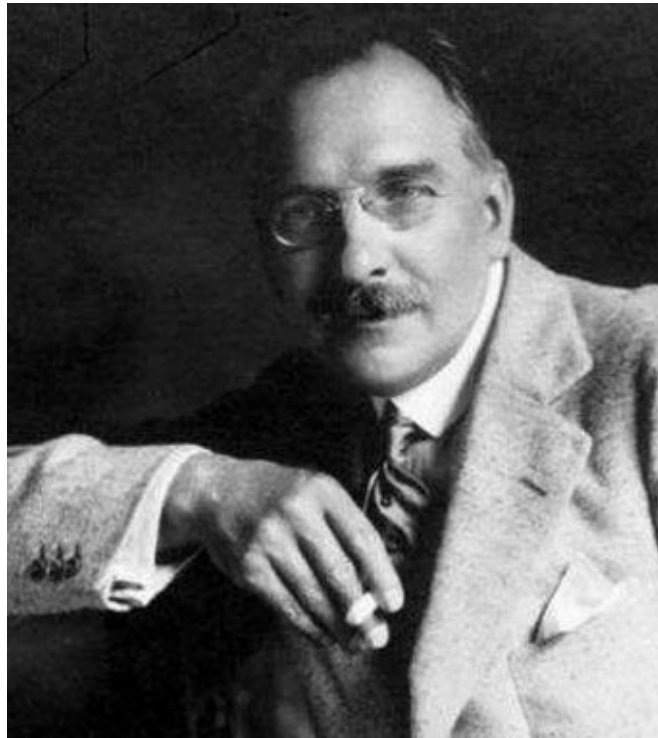


El alquimista John Dee (Bridgeman).



El falsario Edward Kelley (Age).





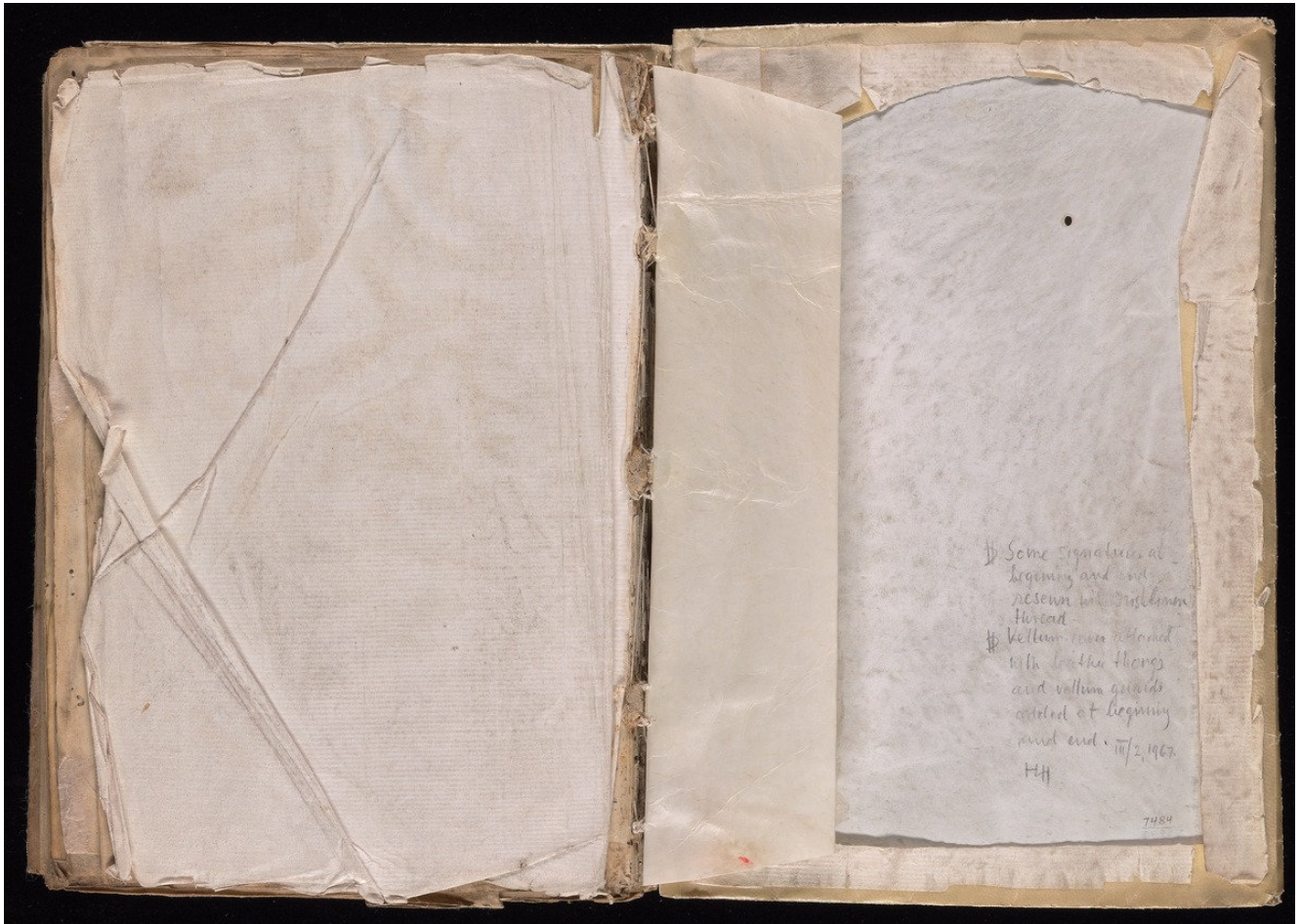
Voynich, el descubridor del manuscrito.



El emperador Rodolfo II (Hans von Aachen).



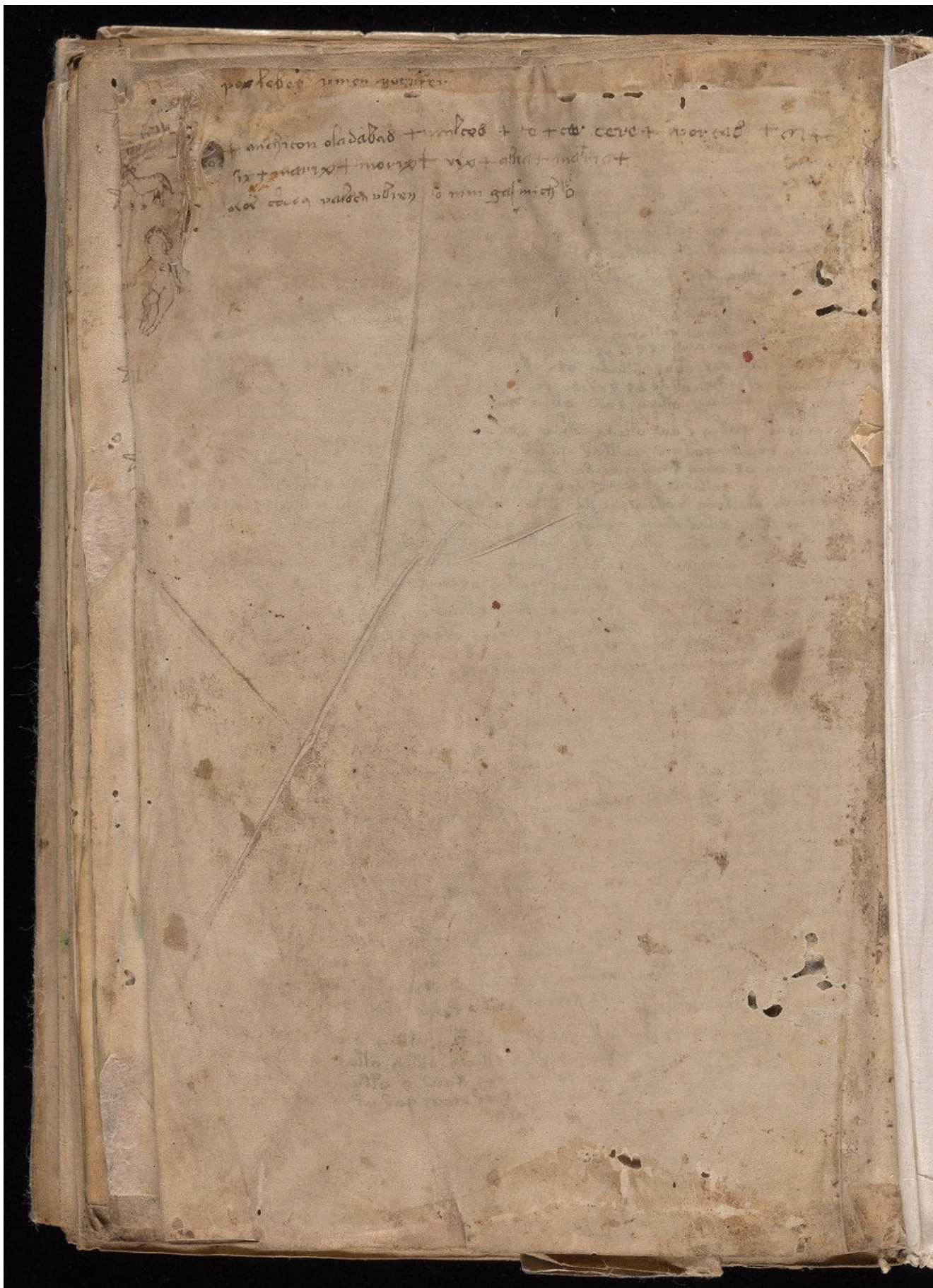
Athanasius Kircher (Archivo fotográfico Santillana).



Some signatures at  
beginning and end  
resemble the English  
Hercule  
Hercule was obtained  
with leather thong  
and vellum covers  
added at beginning  
and end. 10/2, 1967  
HJ

7484

Retiración de contracubierta, con la encuadernación a la vista (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).



116v. Una cabra con una niña en el ángulo superior izquierdo. La última línea de texto dice en alemán: «So nimm geiss milch» (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).





Hecox decosqz dca cclqband dca cca Hecosa croatla  
 2oiffroba qobaz q lica dand qllera qllera qllera Hecox dand  
 qolla crox dca dca qllera croatla dand dand dand dca  
 dca dca dca dca dca dca dca dca dca dca dca dca dca  
 Hecox crox crox dca dca dca dca dca dca dca dca dca dca  
 dca dca dca dca dca dca dca dca dca dca dca dca dca  
 qollera qllera dca dca



11r. Extraños árboles y sus raíces (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).



11v. Especie de cono o piña (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).



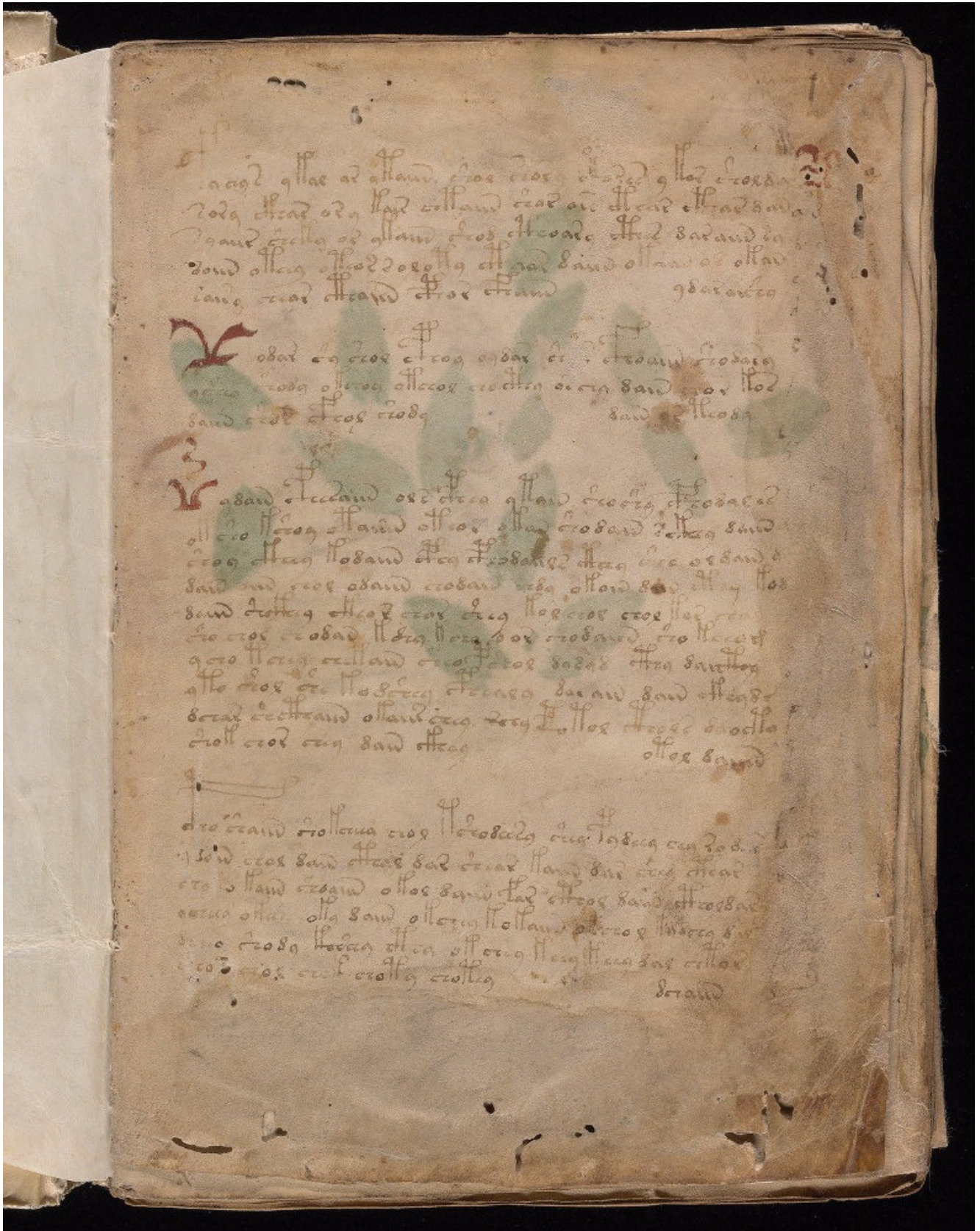


15v. Página que, según Stojko, habla del «ojo del Dios bebé» (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).



16v. Arriba, lo que llamamos «La pasionaria Voynich» (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).





1r. Primera página del manuscrito, con la firma de Tepenec raspada (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).



22v. Extraordinaria planta: cada una de sus partes es imposible de identificar (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).

Handwritten text in a medieval script, likely a form of Gothic or similar, arranged in several lines at the top of the page. The text is somewhat faded and difficult to decipher precisely, but appears to be a list or a set of instructions related to the plant illustration below.



25v. Un dragón devorando una planta (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).



33v. El célebre «girasol Voynich» (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).



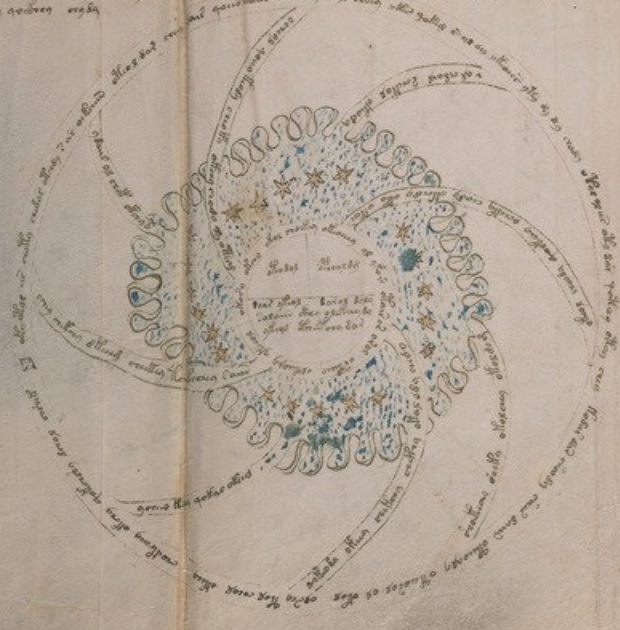




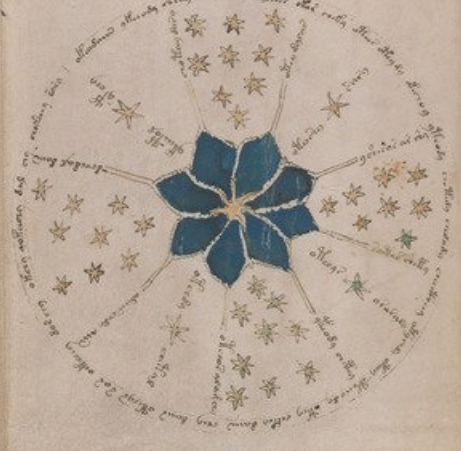
57v. Símbolo ilegible bajo un círculo mágico? (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).



Handwritten text in a medieval script, likely Latin, located at the top of the left page.



Handwritten text in a medieval script, likely Latin, located at the top of the right page.



68r. Una imagen que aparenta representar una galaxia espiral. A su derecha, constelaciones que no existen (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).



68v. Bello diagrama astrológico de constelaciones que no existen (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).



70r. Diagrama astrológico con Piscis en el centro (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).



70v. Una carta astrológica con el signo de Aries al centro. Bajo su vientre, una palabra a la que se ha intentado identificar con el nombre «Lionardo» (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).

Handwritten text in a medieval script, likely a form of Old Spanish or Portuguese, located at the top left of the page. The text is arranged in several lines, with some words appearing to be repeated or in a specific sequence.

Handwritten text in a medieval script, likely a form of Old Spanish or Portuguese, located at the top right of the page. The text continues the sequence from the left side.



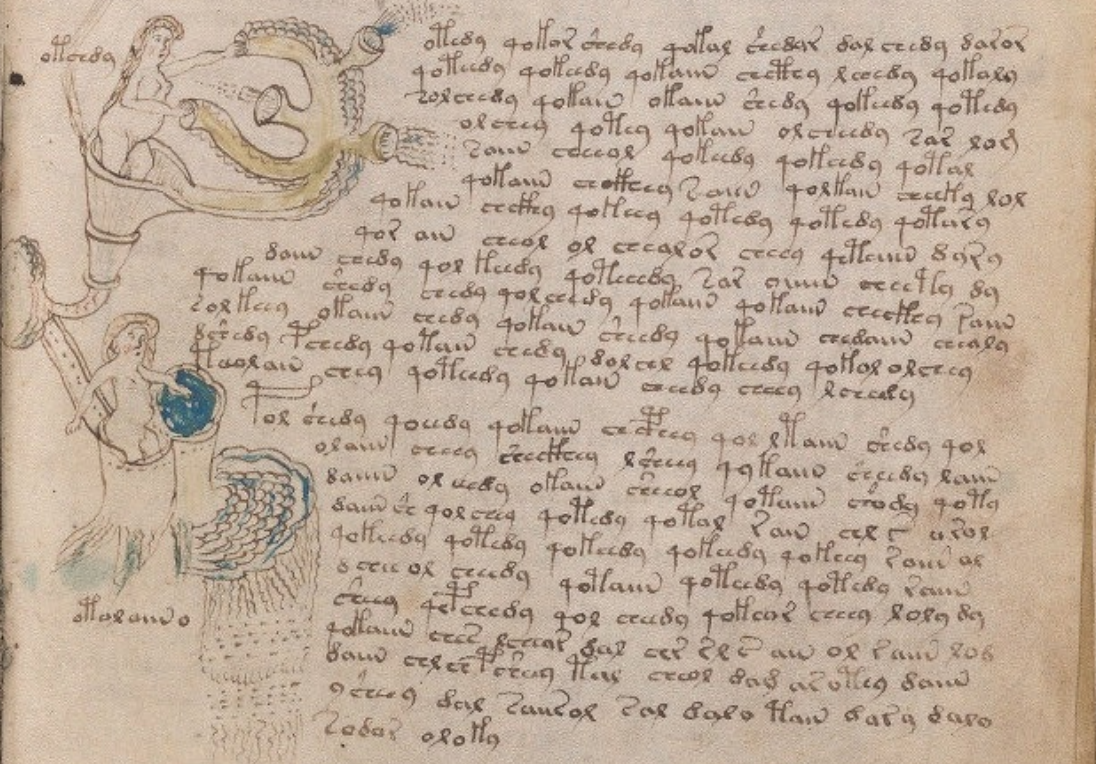
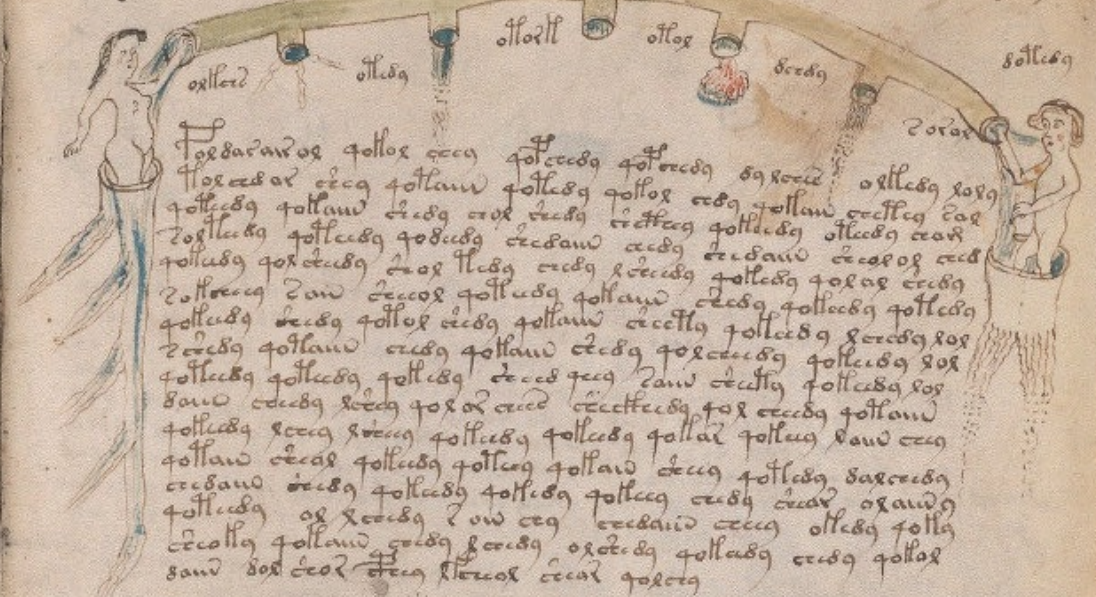
Handwritten text in a medieval script, likely a form of Old Spanish or Portuguese, located in the middle section of the page, below the central illustration. The text is arranged in several lines.



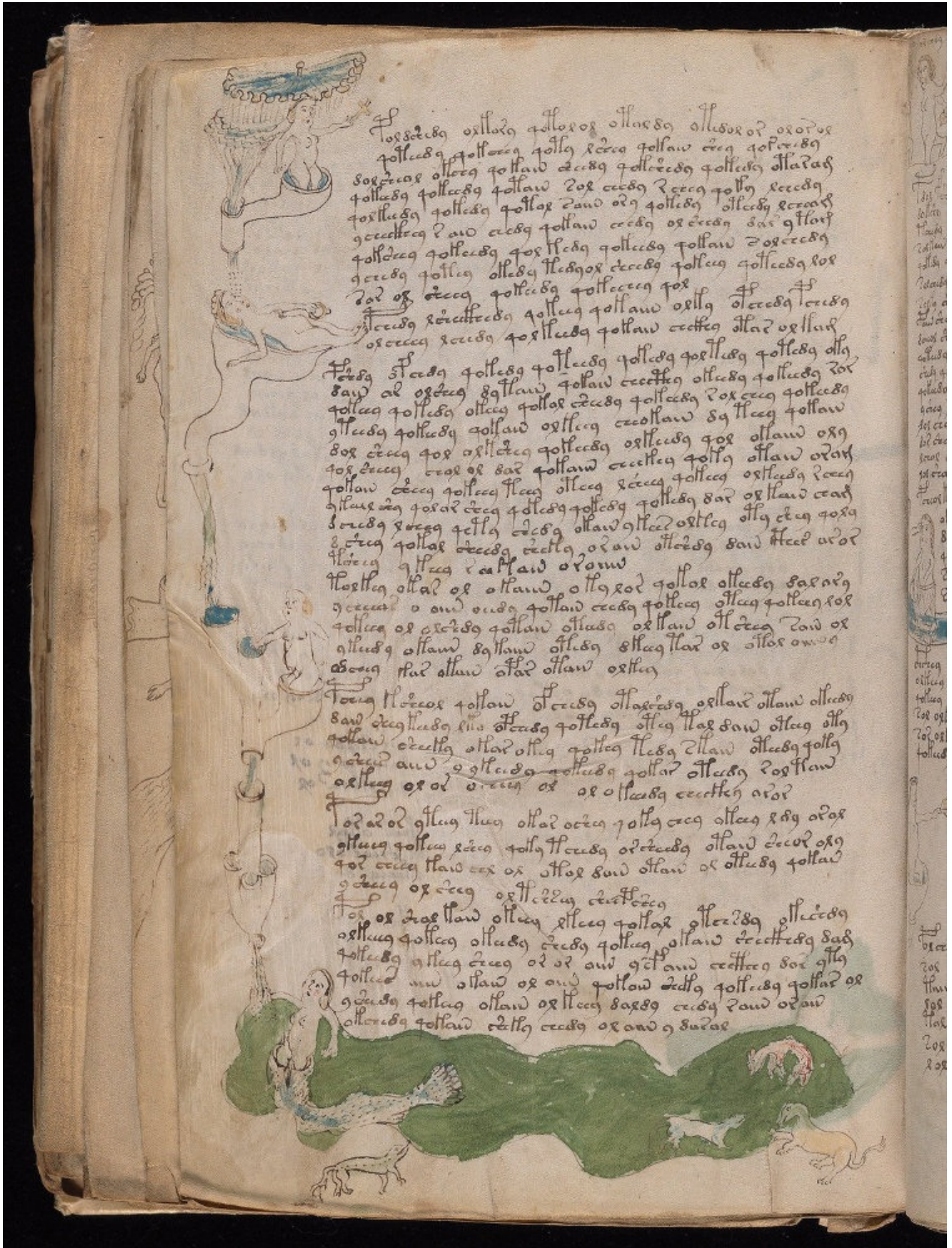
75v. Ninfas en la çducha? (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).





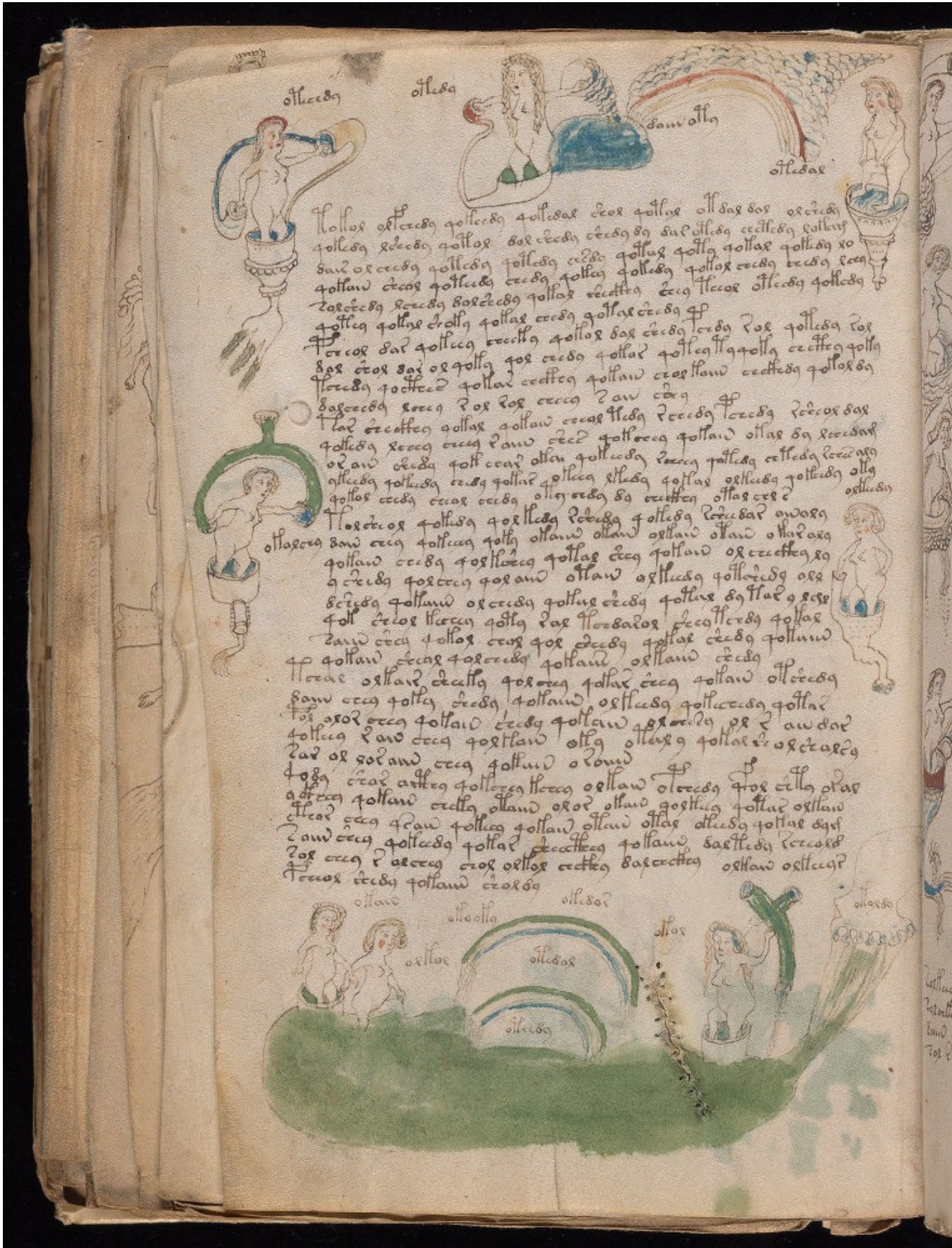


77r. Extraordinarios dibujos de mujeres en cisternas (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).



79v. Arriba a la izquierda, mujer con crucifijo (único símbolo religioso de todo el manuscrito). Al pie (de izq. a der.): sirena, iguana, animal inidentificable, pez, felino o dragón (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).





82v. Varias mujercillas con tres arcoíris (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).





86v. El increíble folio séxtuple del reverso de f86 (la «página de las rosetas»). En el ángulo superior derecho, mapa del Viejo Mundo a medio terminar (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).



89r. Frascos, partes de plantas... ¿medicina herborística? (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).



Proe croe oltocag croth  
Hecilla ce Hecoad cro  
crobal deo is

tofal crod crod croc  
oltocag de l crocag de lla  
Hec oltocag Hec oltocag  
croth Hecoad crod dard

Hec oltocag croc  
dard croc Hecoad dard  
crod crod dard dard de  
to crod dard croth Hecoad

cro oltocag croe croth dard  
dard oltocag croe croc Hec  
qecia Hec oltocag croc oltocag  
croe dard croth dard croc  
oltocag dard croc dard  
dard croc dard croc dard  
de croth dard croc oltocag

Proe crocag croc Hecoad crod  
oltocag de dard dard al  
crod dard croth croc dard  
dard croc dard croc croc  
croc croc Hecoad croc dard  
croc croc croc dard dard  
croc dard

croc dard croc dard croc  
croc dard oltocag dard dard  
oltocag croc croc dard dard  
croc

cro croc dard dard croc dard  
cro Hecoad dard dard dard  
dard croc dard dard dard  
dard croc dard croc dard  
dard croc croc dard dard  
croc dard croc dard dard  
croc



8r. Vegetal totalmente desconocido (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).





99r. Colección de torres y partes de plantas (Beinecke Rare Books and Manuscript Library, Yale University).

## Bibliografía

- BRUMBAUGH, R. S., *The Most Mysterious Manuscript: The Voynich «Roger Bacon» Cipher Manuscript*, Illinois, Carbondale, 1978.
- CALVERT, Fjona G., *El libro de los hechizos*, Madrid, Edaf, 1985.
- D'IMPERIO, Mary E., *The Voynich Manuscript: An elegant enigma*, Walnut Creek, Aegean Park Press, 1981.
- DOS SANTOS, Marcelo, *Bitácora del Manuscrito Voynich* (incluye el análisis completo en castellano de cada uno de los folios), <http://manuscritovoynich.blogspot.com>, Buenos Aires, 2005 (con actualizaciones y ampliaciones diarias).
- , «El Manuscrito Voynich», en *Revista Axxón*, n.º 140 (<http://axxon.com.arrev/140/c-140Divulgacion.htm>), Buenos Aires, agosto de 2004.
- DUNAN, Marcel; MOSCA, Rodolfo; PAGLIANO, Maurizio; et. al. (dir.), *Historia Universal*, t. II-IV, Buenos Aires, ANESA, 1974.
- FREEMANTLE, Anne, «The Russian Best-seller», en *History Today*, 25:9, septiembre de 1975, pp. 629-637.
- GONZÁLEZ, Felipe G., *Curso práctico de electrónica digital, circuitos integrados y microprocesadores*, Pereira, CEKIT, 1993.
- JOHNSON, Paul, *A History of the Modern World*, Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1983.
- MUCHEMBLED, Robert, *Historia del Diablo (Siglos XII-XX)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, S. A., 2002.
- PÉREZ-RUIZ, Mario M., *El Manuscrito Voynich*, Santiago de Chile, Océano, 2003.
- PRINKE, Rafal T., *Biographical Information on E. L. Voynich and W. M. Voynich* (<http://main2.amu.edu.pl/~rafalp/WWW/HERM/VMS/biografie-old.html>), Varsovia, diciembre de 2002.
- REPOLLÉS, José, *Exorcismos*, Barcelona, Bruguera, 1976.
- SCHLEINITZ, Otto von, «Die Bibliophilen. W. M. Voynich», en *Zeitschrift für Bücherfreunde*, 10, 1906, pp. 481-487.
- SIMON (rec.), *El Necronomicón*, Sarhan, Elías (trad.), Madrid, Edaf, 1992.
- SOWERBY, Millient E., *Rare People & Rare Books*, 2.ª ed., Williamsburg, 1987.

ZAMBERGEN, René, *The Voynich Manuscript* (<http://www.voynich.nu>), 2004.



MARCELO CLAUDIO DOS SANTOS (Buenos Aires, 1961) es escritor, periodista y divulgador científico, hijo del folclorista argentino Carlos Alberto Dos Santos. Cursó estudios de medicina, dirección cinematográfica e informática, y ha sido guionista y productor de cine y televisión. Colabora regularmente en varias revistas (*Film, M Cine, Comentarios* o *Axxón*), donde publica artículos de divulgación científica y críticas de cine y literatura. Su obra más conocida, *El manuscrito Voynich*, es un ensayo sobre uno de los documentos más insólitos e inclasificables de la historia. También ha publicado, entre otros trabajos, la antología de cuentos de ciencia ficción, fantasía y terror *Últimas visiones* (2002) y la monografía *Jacques de Molay: el último Gran Maestro de los templarios* (2006).

# Notas

[1] En bibliotecología, los anversos se llaman «folios rectos»; los reversos, «folios versos». Se abrevian, por ejemplo, f l r y f l v respectivamente. <<